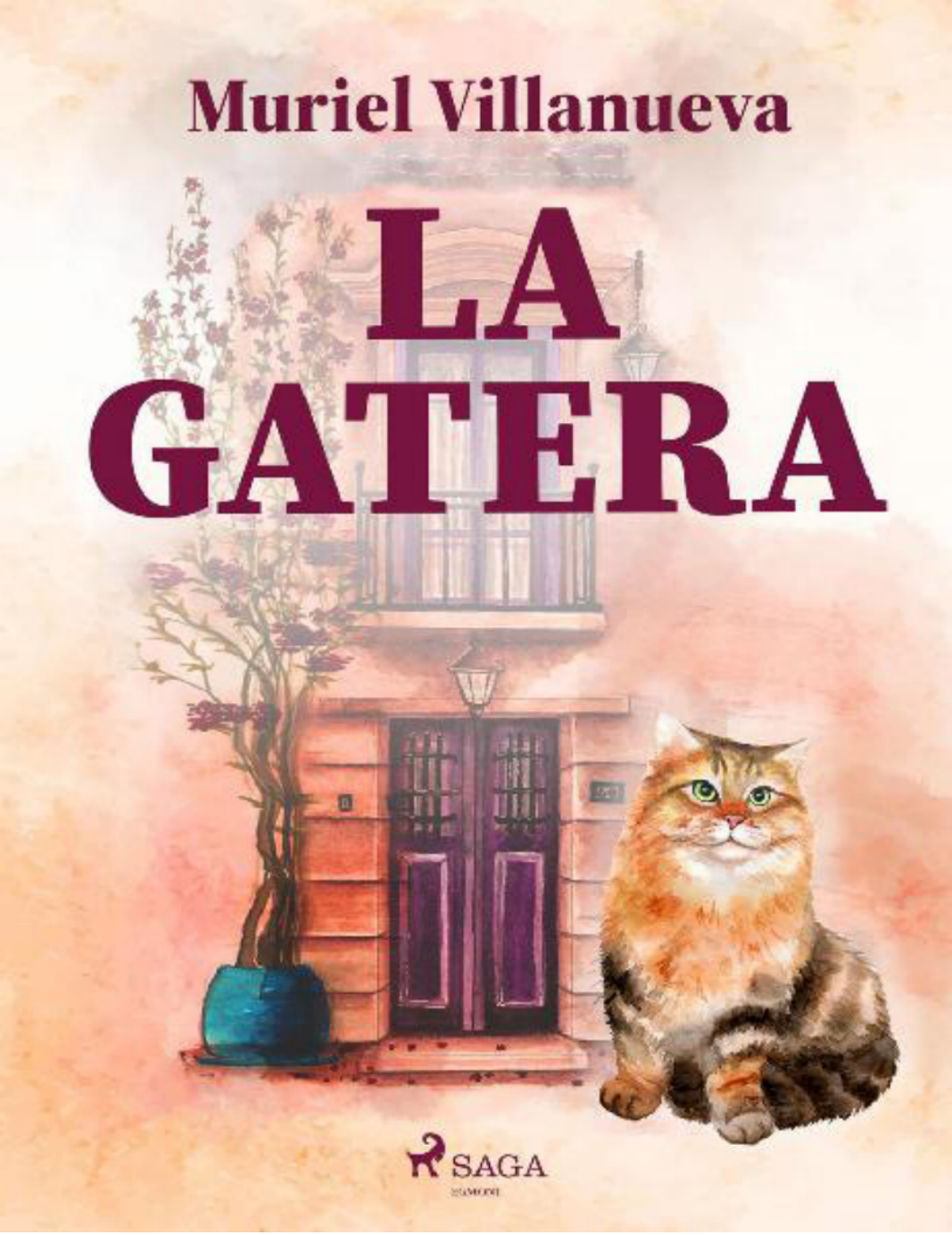
Muriel Villanueva

LA GATERA



SAGA

Muriel Villanueva

LA GATERA

SAGA

Muriel Villanueva

LA GATERA

SAGA

Muriel Villanueva

La gatera

Saga

La gatera

Copyright © 2018, 2022 Muriel Villanueva and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788726998054

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

Muriel Villanueva (Valencia, 1976) es escritora y profesora de escritura. Licenciada en Teoría de la Literatura y Diplomada en Educación Musical, ha publicado más de una quincena de libros: poesía y narrativa para niños, jóvenes y adultos. En castellano, la encontramos en su novela Dos madres (2006), la novela infantil Duna. Diario de un verano (2015), la trilogía juvenil La esfera (2016) y el álbum ilustrado Amarillo y redondo (2018), además de La gatera, merecedora del Premi Just M. Casero y del Premi de la Crítica dels Escriptors Valencians. La autora ha sido también traducida al coreano, el portugués y el polaco y ha recibido otros diversos premios, como Les Talúries de poesía o el Premi Carlemany de novela.

A Roger, occhi miei

—¡La misión del arte no es copiar la naturaleza, sino expresarla! ¡No eres un vil copista, sino un poeta! [. . .] Ni el pintor, ni el poeta, ni el escultor deben separar el efecto de la causa, los cuales dependen invenciblemente uno de la otra.

Honoré de Balzac ,

La obra maestra desconocida

La ruptura, el aislamiento, la cerrazón en sí mismo como la causa principal de la pérdida de sí mismo. No aquello que sucede dentro, sino lo que acontece en la frontera de la conciencia propia y la ajena, en el umbral.

Mijaíl Bajtín ,

Estética de la creación verbal

AGOSTO

Entré en el portal con una sola mochila que pesaba como un muerto. Detrás de mí, la cuadrícula del barrio Ampliación, mareada de nubes, y una puerta pesada, de hierro pintado de negro y cristales limpios. Delante de mí, una alfombra larga y roja cortando en dos el amplio espacio blanco, una portera barriendo a la derecha y, al fondo, una escalera de aquellas de mármol con los escalones desgastados como charcos que se han secado al sol. Que empiezan vastas pero que en cuanto subes se van haciendo estrechas porque los techos son la hostia de altos y el cuadrado por donde trepa la escalera también es amplio y pretencioso pero la escalera chano chano para arriba para arriba arrimada a la pared, erosionada y callada, vacía. Pero con ese arranque dilatado, con ese pasamanos que también adelgaza más arriba pero que nace en una columna modernista imponente de madera torneada, de tallista, que brilla más por los trapos y por las palmas sudadas que por el barniz. Y en el centro, en el cuadrado que dibuja el interior de la escalera cuadrada de la pared, en el cuadrado que contornea el pasamanos si lo miras en picado: el ascensor. De esos de dos portezuelas de madera y cristal, con espejo manchado y banco forrado de terciopelo azul. A lo largo de estos primeros días solo he visto en él a la señora del quinto segunda, una pasa blanca con ojos de bebé. Yo no creo que use mucho el banco ni el ascensor porque me ha tocado vivir en el principal y ya será mucho si un día llego cargada o con alguien, no sé.

Se supone que es un lujo vivir en el principal. Y de ahí viene la jerarquía de las balconadas. Uno de mis pisos tiene una tribuna que da a la calle, uno de esos balcones acristalados, yo qué sé, de dos metros por diez o doce de largo. Una pasada. Y al otro lado, al final del piso interior, tengo una terraza en el patio de luces que flipo. Me quedo a vivir en el de la tribuna, el que da a la calle, no sé, no es que tenga más luz, porque el otro tiene luz de tarde, pero total, yo por las tardes estaré en clase. Claro, el ruido de la calle igual molesta, pero el otro tiene el patio de una escuela dentro del patio de luces, y por las mañanas, pues se oyen gritos y todo eso. De todos modos yo por las mañanas igual quiero dormir si salgo de noche, no sé, dicen que la vida nocturna en Mim es movidita, y más siendo estudiante. Me han admitido en el grado de Literatura con la nota de mi selectividad antigua y veo a la abueli en el cielo haciendo bolillos para los bordes

de su nube y sonriéndome desde su mecedora, con lo que se enfadó cuando quise quedarme en el pueblo y hacerme jardinera, después de haber sacado tan buena nota, que decía que pobre de mí si lo estaba haciendo por no dejarla sola y yo pensaba abueli, pero si es solo para joder al espectro de tu nuera, mujer. Y que las plantas me gustan, también, porque no hablan y no te miran mal.

«Da igual» (salida de flashback a lo Holden Caulfield), el hecho es que hice la solicitud y ahora ya estoy matriculada. Me apunto a eso porque a algo hay que apuntarse, pero a mí lo que me interesa no es la crítica literaria ni la literatura comparada, a mí lo que me interesa en la narrativa de ficción y el teatro. Órbitas concéntricas a la de la realidad, que se acercan y le hacen sombra y le hacen fotos, pero que no pueden tocarla por más que alarguen el brazo, la mano, los dedos. Realidad y ficción.

Qué fuerte. Dos pisos y pasta para no trabajar en la vida. No sé yo. Igual me la pulo y después ya me centro. Formar una familia, buscar trabajo. . . Porque yo creo que estar toda la vida desocupada, por más que me guste escribir, debe de ser un poco fuerte, sentirte una inútil y tal, y comerte demasiado la cabeza.

He soñado que yo misma, con una especie de pico, o de martillo inmenso, hacía un agujero en la pared que separa los dos pisos, el muro que separa las habitaciones que nacen en cada uno de los recibidores, el eje de simetría. Barría los escombros y ya podía ir de un piso al otro sin pasar por el rellano. Pero no sabía cómo hacer el acabado del suelo y del agujero de la pared, si poner como quien dice el marco de una puerta, si arreglarlo yo misma con aguaplast o qué. Claro, el agujero era un desastre, hecho a golpes de martillo. Lo que me dolía más era el suelo. Los ladrillos hidráulicos de un lado y otro, curiosamente, no son iguales: en este lado son floreados; en el otro, geométricos. Eso me gusta. Pero en medio, bajo lo que era la pared, ha quedado un trozo sin ladrillos, muy feo. Y me ha costado mucho quitar el zócalo y todo, claro, un destrozo. Eso me sabía fatal.

Soñaba que pasaban los días y buscaba y buscaba por el barrio y preguntaba por las tiendas y no encontraba ni un solo albañil que viniese a hacerme una especie de marco para la puerta nueva y dejar el agujero más arregladito. Encontraba a uno y le llamaba y ya iré mañana y ya iré mañana y no venía nunca y al final yo ya no sabía si volver a tapar la pared o qué coño hacer. Me he despertado y, como en un instinto, he ido a acariciar la pared aquella que separa los pisos.

Se me ha hecho raro que no hubiese agujero. He salido al rellano en bragas y camiseta, descalza y de puntillas sobre el mármol, y he entrado en el otro piso, que está helado y limita con este por el recibidor y por la habitación que tiene a continuación, antes de la curva del pasillo (todo simétrico a este lado, como un piso entero dentro de un espejo, pero con otra decoración). Ni una grieta. He dado golpecitos con los puños a la habitación limítrofe y ni una grieta.

Hoy he llegado a casa y había un gato naranja y gordo que se me debió de colar ayer por la mañana, al volver, medio dormida, del otro piso. Del patio de luces, supongo.

Lo del agujero lo sueño a menudo. Mejor, así no sueño tanto con el accidente.

Me parece que intentaré alquilarlo, el otro piso. Siento una araña en la garganta al pensar que todavía estén ahí los muebles y toda la decoración de mi tía abuela: retratos al óleo de payasos, cortinas de terciopelo granate, bolillos, tazas con cumbres doradas borradas allí donde se guardan los labios, ollas con dibujos de flores naranjas y marrones, revistas antiguas con fotos de los monarcas europeos, tiradores con forma de horca. La cómoda del dormitorio de la tía, rellena de papeleo y de cartas familiares, que me da escalofríos. Y todavía huele a reclusión. Yo algunas mañanas (que allí en el patio por las mañanas hay sombra y en estas épocas aún se agradece y además aún no hay niños en el colegio) voy a leer, porque en la tribuna me da el sol, que ya lo agradeceré en invierno, pero ahora no. Atravieso el piso sin mirarlo demasiado y me voy al patio. Allí hay una caseta metálica que nunca he abierto y una hamaca bastante cómoda, de un PVC blanco ya sucio. Pero para leer y tal me sobra. Todavía hay plantas, pero es curioso que no haya ni una que tenga flores. Todo son acacias fálicas, y una cotyledon macrantha, un aloe, y también crasuláceas, en concreto una echeveria elagans y una kalanchoe tomentosa o, dicho comúnmente, unas rosas de alabastro y unas orejas de gato. Plantas verdes, carnosas, fuertes, que han sobrevivido dos meses de sol desde la muerte de la tía pero que ahora riego con la manguera haciéndome la imprescindible.

En la tribuna del otro piso (el piso en el que vivo, el del tío abuelo) sí que hay flores: begonias, margaritas, gladiolos, dalias y camelias. De todos los colores. Me hace gracia, parece como invertido. Habría dado

para una novela, que los tíos estuviesen enrollados, invertidos y enrollados. Pero me da que eran monjas de clausura, lo que no quiere decir que no estuviesen enrollados, pero ya se me entiende.

Al patio vengo a leer y a escribir, como ahora. Solo el patio y el gato este naranja que me está olfateando el pie descalzo me echan para atrás cuando pienso que lo que tengo que hacer es alquilar este piso. Y quedarme solo el otro. Aunque no necesite la pasta. Baratito.

Este fin de semana ha estado muy bien. He despejado cabeza y piso. Ya lo tengo todo claro. Las cosas del tío abuelo no me daban tanto mal rollo como las de la tía abuela. Definitivamente yo me quedo el piso de la tribuna. He tirado algunas de ellas, las justas, las que realmente no me servían para nada. Del piso de él, quiero decir, del que me quedo. Del de ella no toco nada de momento. He tirado sobre todo cuadros de barcos, cortinas caladas, colchas con volantes, y la ropa, sobre todo la ropa. Pero aún me he quedado algunos jerséis de lana que me quedan enormes pero que me encantan. Jerséis de abuelo, oscuros, con estampados retro. El resto, todo fuera. Me he quedado la única corbata que tenía (azul y oscura y con anclas doradas), las fotos (que son muy pocas: la comunión, la mili, y diría que alguna de mi padre de pequeño, que creo que es él porque por detrás hay cosas escritas y parece la letra de la abuela) y cosas en plan antiguo que me encantan: un reloj de bolsillo parado, un reloj modernista de pared, un libro de poesía casposa y tal. Y la cabecera de la cama, alucinante, de tallista bueno, de nogal y con un almohadillado de terciopelo verde, que incluso para él debía de ser ya una herencia. Muebles no hay que comprar. Dejo los que tenía él, pero he tirado algunos para dejar los espacios más amplios, y he movido la distribución. Aunque haya ruido, me voy a dormir a lo que antes era el comedor, pegado a la tribuna, inmenso: dormitorio y estudio, brutal. Por las noches ya veré la tele en la salita de al lado de la cocina, que me hará de comedor y ya está. La separa de la cocina una puerta blanca, de cristales traslúcidos, doble. Allí cabe hasta un sofá. Quizás un sofá nuevo sí que compro. Rojo. Y me sobran cuatro habitaciones vacías, así que haré realidad un sueño y me haré un vestidor de quince metros cuadrados al lado del dormitorio. Como una princesa.

He separado de las paredes los muebles que quería quedarme, los he tapado con sábanas y ha bajado a ayudarme el nieto de la del quinto segunda, que ahora ya sé que se llama Mercè. El chaval se llama Arnau, muy buen tío, un chico con la cabeza color calabaza y bien amueblada, me parece. Lo había conocido una tarde que él cogía el

ascensor y me dije sube con él y ve haciéndote con los vecinos. Le comenté que ahora vivía yo en el principal y que me llamaba Raquel y le alargué la mano. El preguntó: ¿Principal primera o principal segunda? Y tuve que decir: Los dos. No preguntó que por qué los dos. Creo que ya lo sabía, sabía todo el cuento de los gemelos mustios que solo tenían una prima en el pueblo, que murió, y solo dejó una nieta. Dijo que se llamaba Arnau y que no vivía aquí en el edificio, que venía a ver a Mercè. Y ahí quedó la cosa. Me pareció muy joven, mínimo diez años menos que yo, pero me atraparon sus ojos asimétricos, tan negros, teniendo el pelo tan fino, tan claro, tan corto, tan caliente.

La semana pasada con el tema de los muebles y tal llamé al ayuntamiento y me explicaron el día que debía bajar a la calle los muebles que no quería. Pensé total, desde el principal, los puedo bajar si alguien me ayuda. Y para el quinto segunda. Me presenté muy educada y tal y pregunté a Mercè por Arnau. Vendrá mañana, me dice, por la tarde, ¿quién lo busca? Y al día siguiente le esperé en el portal y le expliqué el plan y que le pagaría. No me lo quería cobrar pero al final dijo que la pasta le iría bien para salir y esas cosas. Así que me ayudó a tirar todo lo que no quería, que al final era un mogollón de cosas, y este fin de semana me ha ayudado a pintar de blanco y a resituar los muebles. Ahora la cosa ha quedado muy espaciosa, muy blanca, sin cuadros, con los muebles necesarios (que para una sola persona en ciento cincuenta metros cuadrados son cuatro salpicaduras), muy limpio, como telegráfico.

Estoy contenta de haberme largado del pueblo. Cambio de móvil, porque me llamarán por trabajo y creo que ya he trabajado lo suficiente la tierra. Lo que me ha pasado es increíble, como una carta del Monopoly: «Has heredado tal y cual de tu tíos de Mim». Fue intuitivo, no contarlo, y he hecho bien. Me daba vergüenza. Es como un deux ex-machina, pero aquí va al principio y no al final y por lo tanto no es trampa sino un desencadenante.

SEPTIEMBRE

Lo más duro será renunciar al patio de luces, si alquilo el piso. Y no es que necesite la pasta, pero es que me parece insano haber cambiado la casita de la abueli, de sesenta y tres metros cuadrados, por dos pisazos que suman trescientos, sin mover un dedo. Creo que vivir al lado de un piso vacío, permitirme el lujo de mantener un piso vacío, solo porque me sale de los cojones (o de los ovarios) venir a la terraza a escribir o a leer, creo que es de locos.

El otro día, como último aviso, la lluvia me jodió tres o cuatro libros que me había olvidado apilados al lado de la hamaca. Ya voy de rica. Ya no me fijo en las cosas. A la que vuelvo me los encuentro todos mojados. Lo peor, el Dr. Jekyll y Mr. Hyde, que estaba abajo del todo, hecho pasta de papel, insalvable. El de arriba del todo, La transformación, es una edición de tapa dura y todavía podré secarlo al sol, como medio tomate. En medio, dos tochos de Tolstoi que ya podrían haberse ido nadando si hubiesen querido, pero no hubo suerte. La típica tormenta de inicios de septiembre, así que hoy por la tarde ya ha hecho sol en el patio, que es cuando he pensado que un poco de sol aún se agradecía. Y justo hoy, pues, he ido por la tarde y no por la mañana. Y me he encontrado el panorama. Pero la culpa no es de la lluvia. La culpa es mía por no meterlo dentro, o al menos en la caseta metálica que hay allí mismo en la terraza, porque ahora tengo pasta y tiempo para comprar y leer dos o tres libros a la semana y ya no recuerdo cómo era antes. Antes, biblioteca, comprar solo los mejores, ediciones cutres, y buscar espacio en los pocos estantes. Eso es lo que me da miedo de tener pasta: que dé igual perder cosas. Aunque a saber perder cosas a ver quién me gana.

Sí, ya lo sé, que las personas no son cosas. Perdón. Pero los libros tampoco. Las novelas no.

Me encanta La Librería de Madera, en el barrio Centro, porque tiene arcos y porque tiene dos salidas a dos calles tan diferentes que desde fuera dirías que son dos librerías, y me gusta entrar por un lado y salir por el otro. El suelo cruje. E iría bien tener patitas de Gregor Samsa, pero en el fondo me gusta, el crujido. Como todo el mundo hace crujir el suelo, al final te acostumbras. Y no sé qué tiene esa librería que la

gente lleva actitud de biblioteca y hay como un silencio de gente que quiere estudiar cuando todo el mundo sabe que solo fisgoneamos. Cruj-cruj y narices que esnifan libros. Somos como gatos negros, pero sin la elegancia de los gatos negros.

Ya había pedido la edición de bolsillo de Lolita y no les quedaba ningún ejemplar. Tenía en las manos una edición ilustrada del Bartleby, tapa dura, y me estaba debatiendo entre el date el gusto y el Raquel, ya tienes un Bartleby, no seas caprichosa. Pero estaba allí acariciando cada imagen con las yemas de los dedos temblorosos, pasando páginas intentando que el roce no se oyese sobre el crujido de los viandantes mudos cuando, en el oído, se me la colado una voz que me decía buena elección. Estaba tan metida entre los muros de Wall Street que no había oído el crujido de sus pies de gato al acercárseme. Estaba bueno. Como de mi altura, pequeñito. Unas zapatillas de las que me gustan a mí, desgastadas, con los cordones rojos anchos, con franjas naranjas sobre el verde oscuro, tres franjas diagonales con los bordes recortados en zigzags minúsculos. Vaqueros añejos, con los talones desmochados por las suelas de las zapatillas. Camiseta roja y veterana, con una caída que solo da el tiempo, sexi. No tenía pelos en los brazos. Afeitadito, con el pelo moreno crecido tras todo un verano de salitre y sol, y mal puesto, como el mío. Y el culito firme. Ya había dado media vuelta.

Al final no he comprado nada, porque hoy me sentía culpable de haber hecho tanto gasto con los libros últimamente, sobre todo por el drama de los libros remojados en el patio de luces. Además ahora empezará la uni y tendré que comprar muchos de lectura obligatoria. Ya cruzaba hacia el otro lado de la librería, para salir por arriba y tomarme un cortadito y pensarme si me acercaba a La Cueva del Libro antes de volver a casa, cruj-cruj, y me lo he encontrado mirando lomos de libros de fotografía que no tocaba. No me he atrevido a decirle nada, pero en cuanto he pasado él ha dicho ¡ey!, ¿qué?, ¿nada?, ¿no te has decidido? Yo me he hecho la estupenda con un bueno, es que tengo otra edición y, total, para tener una copia, preferiría no hacerlo, I would prefer not to. Lo he dicho sin mirarle a los ojos porque era como si tuviese la frase preparada por si me lo encontraba, pero en el fondo me daba vergüenza ser tan pedante, aunque no sabía si pillaría la cita. Él ha sonreído sin sacar las manos de los bolsillos y ha movido la cabeza a modo de despedida. Y ha seguido a lo suyo.

Yo he salido hacia la cafetería para ir tirando hacia la calle Alta pero me lo he repensado y al final he bajado hacia La Cueva del Libro a pedir Lolita y he tenido suerte. Y me ha caído en las manos Madame

Bovary, que tengo ganas de tener, así que la releeré.

Ya está, he cambiado de móvil. Si tengo que dar el número a alguien nuevo que conozca, ya, que sea este. El otro fuera. En todo caso saben dónde estoy. Y últimamente, total, solo me llamaban cuando se moría una planta y querían otra nueva.

Este mediodía he visto a la señora Mercè y le he preguntado por Arnau. La he acompañado hasta el quinto en ascensor, las dos como dos enamoradas sentaditas en el banco de terciopelo azul del ascensor modernista. Yo en vaqueros y camiseta, sin saber dónde poner las manos, ella con las manos sobre el monedero, sobre la falda sobria. Como abuela y nieta: Qué día tan bonito, qué gusto de sol. Dice que ahora que empieza la universidad, ya, Arnau no vendrá tanto entre semana pero la visitará también algún sábado. Por la mañana. Pero que nunca se puede quedar a comer, que tiene que volver con su familia. Me ha extrañado. ¿Entonces no es su nieto?, le he dicho mientras le daba el brazo para ayudarla a levantarse del banquito. Abre la puerta, hija, me pide. Y responde: No, como un ahijado, pero bah, si me parece que no está ni bautizado. Y ha hecho tintinear sus pulseras con un gesto de la mano como de dejémoslo estar y no me he atrevido a preguntar más. Después, en cuanto he abierto las portezuelas y ella ya estaba fuera del ascensor, ha dicho: Ya me apaño sola, nena, vete. Y con el bastón golpeando el mármol, poco a poco, ya avanzaba hacia su puerta diciéndome adiós con el tintineo de la otra mano, de espaldas.

En el rellano de Mercè la claraboya del techo del agujero de la escalera queda tan cerca que parece que estés en otro edificio, de tanta luz. He salido un segundo del ascensor para asomarme a la balconada (aquí cada rellano es como un balcón sobre el portal) y visto desde aquí el portal es muy pequeño y tiene como un imán que hace que te baje la sangre y parece que te corran hormigas por las piernas.

Hoy en la filmo reponían Frankenstein, la del 31, de James Whale. Entro, pim pam, y me siento. La sala casi vacía. Así que yo, tercera fila. Al centro. Entra el tipo de hace tres días, con la misma camiseta roja, y se me sienta al lado. ¡Al lado! Debe de tener algo más de treinta, como yo, give or take. Entre las uñas, pintura azul, verde y blanca. Yo lo miro y el tío ni me mira ni me dice nada. Yo paso y

pienso que, si quiere, que hable él, ¿no te jode? Y ya me he puesto en plan con una zapatilla sobre la rodilla de la otra pierna, en plan paso de ti, chato, que lo tengas claro, pero sin decir nada. Y con un dedo yo iba enrollando los hilos que colgaban de los bordes de mis vaqueros, mojados de lluvia, esperando que mi pelo no muy largo llegase a envelarme el perfil. Ha empezado la peli y él no ha hablado en todo el rato, ni pío. Solo una de las veces que lo he mirado se ha girado a mirarme y ha sonreído y parecía una sonrisa de bandera blanca. He's alive!, decía el doctor Frankenstein en la pantalla. Y me ha hecho gracia. Cuando se ha acabado la peli he pensado que ahora este me propondrá ir a tomar algo por aquí cerca. Nada. Ni pío, el tío. Ni un papelito con el número de móvil. Y yo soy gilipollas. No me he atrevido tampoco a decir nada. El tío ha hecho aquel movimiento suyo de cabeza a modo de despedida mientras ya se levantaba y se ha pirado con las manos en los bolsillos de los vaqueros. El culito perfecto, eso sí.

Yo creo que Lost se llama Lost no porque los personajes de la serie hayan ido a parar a una isla desierta y se sientan perdidos, sino porque ya estaban perdidos, eran personas perdidas y desorientadas de la vida. Y también he pensado que, entonces, no era casualidad que todos los personajes hubiesen ido a parar allí, sino que con el rollo mágico o el rollo que sea que tiene la isla esa, pues que alguna fuerza suprema los había metido a todos en el mismo avión para que, al encontrarse todos allí, pues que fuesen reencontrándose también un poco con ellos mismos.

Eso es una obviedad como una catedral, pero yo, que ahora ya estoy viendo el segundo capítulo de la sexta temporada (me he comprado una pantalla y un proyector para la salita del sofá, y ya lo tenía todo bajado antes del verano pero aún no había podido verlo, y por poco no consigo esquivar el bombardeo de hipótesis, imágenes y críticas sobre el esperadísimo final de la serie), estoy viendo otra vez la primera temporada, que está editada en DVD y comprármela era una sueño que yo tenía ya cuando todavía no tenía pasta para comprarla. Ahora, mientras voy viendo el inicio de la sexta, estoy repasando el principio del todo y, qué fuerte, los veo a todos más perdidos antes de subir al vuelo del Oceanic 815 que cuando llevan ya un montón de tiempo en la isla sin saber cómo volver a casa o, si mucho me apuras, algunos que ya habían conseguido volver, en lugar de quedarse se han echado atrás porque en el fondo prefieren estar lost. Quiero decir que casi están menos perdidos en la isla que en la vida real, por así decirlo. Por eso la serie se llama Lost, estoy segura. Si ves el principio

ves a Charlie pillado con las drogas, a Jack acomplejado por el padre, a la Freckles a punto de ser encarcelada, a Sun y al otro a punto de divorciarse, a Locke solo en el mundo, enamorado de una tipa que lo atiende por teléfono por horas, y de Sawyer ni hablemos, etcétera, etcétera.

Lo que pasa es que hoy he soñado que yo me despertaba en la isla en plan Jack, minuto uno del capítulo uno. Llego corriendo a la playa, narrador en mi cogote y tal y cual. Entonces, después de correr un rato por allí, flipo porque aparece en el horizonte el chulito de la camiseta roja, mirándome, y yo lo veo y se lo comento a la Freckles pero la Freckles me dice pero ¿qué dices, tía? La miro y pienso que está buenísima mientras ella dice que no lo ve, solo lo veo yo, como Jack ve a su padre, que solo lo ve él. Y antes de irse me hacía el movimiento de cabeza a modo de despedida. En la serie el padre de Jack está muerto y se le aparece. Entonces me he preguntado si, en el sueño, el chico de la camiseta no representaría a mi hermano.

Después, el chico volvía a aparecer y ya lo veía todo el mundo, todos los supervivientes del Oceanic 815, y el tío todo integrado con la gente, en la cueva, como si nada, y yo gritando que yo ya había visto la serie y que ese tío no venía en el avión, que ese tío era un the others, que era un infiltrado como Ethan, ¿no lo véis?, ¡que este tío no venía en el avión!, ¡que ha aparecido y que acaba de llegar de la otra punta de la isla! Yo gritaba y nadie me escuchaba.

Todo esto, para explicar que me he dado cuenta de que no es casualidad que todos los del avión de Lost, la serie quiero decir ahora, estén perdidos en la vida. Es fácil coger al azar a un puñado de gente y que todos, absolutamente todos, estén perdidos. Como si me cogieran a mí, y al colgado de la camiseta roja. O a cualquiera. Quiero decir que estos van de escogidos, pero que eran fáciles de escoger.

He pensado que, antes de que empiece el curso, iré al claustro de la universidad y pondré carteles de esos que vi, con un flequillo de copias de mi número de teléfono debajo. Me despido de esta terraza. Si a la persona que venga no le gusta el gato naranja, me lo llevo al otro piso. Lo siento porque no podrá pasearse por el patio de luces. Pero verá la calle, que aunque ya la conoce yo sé que a los gatos les gusta hacer el cotilla con pose de me da igual, no me interesa. Tengo que buscarle nombre al gato naranja.

Tengo que pensar qué cobrar por el piso. Me pasearé por el claustro de

la uni y compararé precios. Pero vaya, que aquí caben cinco estudiantes. Yo creo que igual lo pongo baratito y que vengan dos o tres. A ver quién viene. Tengo que pensar si dejo estos muebles. O ya lo dirán ellos. Los que vengan.

Y me jode decirlo, pero la cómoda del dormitorio de la tía tiene que quedarse. Tiene que quedarse. Tiene que quedarse, Raquel.

OCTUBRE

Solo se lo había dicho a la portera y a Arnau. Por eso me extrañó.

Ahora aprovechaba los últimos momentos en el patio antes de que se ocupe el piso de la tía, y Arnau ha sacado la cabeza naranja por la tribuna de Mercè. Hace pssss, pssss. He levantado la cabeza y lo he visto ahí arriba en el quinto como siempre. A partir del primero, los pisos interiores también tienen tribuna, claro, la única terraza es la del principal. Ahora la moda de las últimas semanas es hacer pssss pssss desde la tribuna del quinto y, si estamos de acuerdo, ya baja y se toma una clara aquí conmigo. Eso los sábados, porque ya hemos empezado la uni.

A veces nos cruzamos también por allí por la universidad, a mediodía, pero no coincidimos en ninguna asignatura, ni por horario ni por grado, porque él hace el de Filología. A mediodía él acaba y yo empiezo y, si te lo cruzas, lo ves, porque la cabeza hace unos reflejos naranja encendido que parece que si lo tocases te quemarías. Yo voy por las tardes porque las mañanas son para mí.

El primer día que vi allí a Arnau fue cuando colgué los carteles, que todavía no había ni clases. Aquel día me vio él y vino a tocarme un hombro. Le expliqué el tema de alquilar este piso y tal. No hay nadie más en la uni que pueda saber que aquellos carteles y yo somos la misma persona. No sale mi nombre y nadie sabe aún mi teléfono. Por eso digo que me extraña mucho, porque solo lo sabían Arnau y la portera y él me ha asegurado hoy mismo que no lo conoce de nada. Se lo he descrito de arriba abajo, las zapatillas verdes desgastadas con las franjas naranjas y los cordones rojos, los vaqueros, la camiseta roja. . . Y me dice, con la lata de clara en la mano, sentado sobre una maceta vacía que tengo aquí boca abajo (que giró él el primer día que vino porque no he sido capaz ni de comprar una segunda hamaca ni de sacarle una silla de la tía), total, que me dice desde la maceta. . . (Hostia, ahora escribiendo esto me ha entrado una culpa enorme al pensar que lleva tres o cuatro sábados sentándose en una maceta vacía boca abajo, soy burra. Ahora, total, si alquilo el piso ya da igual, porque vendrá a la tribuna del otro piso y allí hay dos mecedoras.) Bueno, yo le estaba describiendo a Arnau el aspecto del otro chico y me dice: Frena, frena, Raquel, pero ¿qué dices? ¿Me estás

describiendo a un tío por la ropa? ¿Qué pasa, que solo lo has visto una vez? ¿Cómo me describes a una persona por la ropa que lleva? Y entonces me he dado cuenta de lo grillada que estoy. Y aún peor, me he dado cuenta de que estoy a punto de meter en mi casa a un tío que es un roñoso que no se cambia de ropa. Es verdad, siempre lleva la puta camiseta roja de los cojones. Después ya le he hablado de sus pelos aturdidos y dice que no lo conoce, que seguro, que sus amigos no llegan ninguno a los veintidós y aún menos a los treinta, que no, que no. Y que además él no le ha contado a nadie que yo alquilo el piso, porque todos sus compañeros viven todavía con los papás y nadie busca piso. ¿Habrá sido la portera? Yo qué sé. A ella también se lo dije, pero de pasada.

El caso es que el otro día, que hacía un sol alucinante de esos que se te calienta el cráneo, ya por la Gran Vía de camino a la clase de Teatro y teatralidad de Carlota Gris, que está preciosa con la tripa esa de embarazada, voy caminando por la acera, que ya había cruzado la calle Larga y todo, y se me acerca el tío vestido igual que el día de la librería y que el día de Frankenstein y me dice hola, he oído que alquilas un piso. Y yo, vacilona, digo ¡hostia, si sabes hablar! Y él me insiste diciendo pero si ya hablamos el día de Bartleby (dos palabras, dijo, el muy gilipollas: buenaelección). Bueno, ¿qué me decías, del piso? Me interesa. Pues 250 cada habitación. No lo quiero compartir, ¿cuánto quieres por todo? 500, le digo. Pero si tiene cinco habitaciones, lo puedes alquilar todo por 1.250. Gracias por la multiplicación, chato, he dicho 500. (Creo que iba de chula porque el tío está bueno y se ha pasado un mes sin aparecer y lo quería castigar.) ¿Y esa rebaja?, me pregunta, y dice además, ya te aviso de que yo pinto y usaré una habitación para pintar y cuando recuperes el piso hasta tendrás que fregar el hidráulico de rodillas. No quiero el piso lleno de gente, quiero pocos y bien avenidos, yo te lo alquilo por 500 y ya es cosa tuya si te busca a alguien más. . . Si al final sois tres o más ya hablaremos. . . Y para la habitación en la que pintes compramos un plástico preservativo y protegemos el suelo. . . Y sobre todo, sobre todo, sobre todo, tienes que regar las plantas del patio, eso sí que es innegociable, deal?, le digo, y le extiendo la mano (como hacen en las series, que siempre dicen deal?, y me encanta). Y el tío tope serio, sin reírme la gracia, en plan peli, dice: Deal, con un inglés perfecto, el cabrón.

Y se fue sin darme el nombre ni el número de teléfono y no ha vuelto a aparecer. Pero yo cuento con ello.

Ahora Arnau ya no hace pssss pssss desde la tribuna del quinto. Ahora hace una perdida y si se la devuelvo es que puede bajar. Siempre se la devuelvo. Él siempre puede bajar. Con esos ojos que no aceptan metáforas. Eso solo es los sábados. Si no nos cruzamos por la uni, solo lo veo los sábados. Él también va a ver a Mercè algún martes por la tarde, pero yo tengo clase.

Aunque perder la mía fuese la pérdida más irreversible de todas, me cuesta entender que un chico normal dedique seis o siete horas semanales a hacer compañía a una abuela. Él dice que gran parte se la pasa leyendo y repasa apuntes. Y que le ayuda un poco con las plantas y a veces con la compra.

Él está, supongamos, leyendo el Canigó que, por cierto, le parece un palo, y entonces ella cierra el murakami de turno (sí, sí, la tía solo lee y relee Murakami, y desde que lo sé no me extraña tanto que tenga tres gatos) y dice: va, Arnau, mientras pone las manos mustias sobre las rodillas con intenciones de poner en funcionamiento las bisagras de su pequeño cuerpecito oxidado.

Ella siempre se sienta a leer en una butaca de terciopelo color yema que tiene en los brazos servilletitas de ganchillo que son obra y regalo de mi tía abuela (todo eso me lo cuenta él). Lleva una bata lila que brilla un poco con un bordado encima de rombos. Ella lee delante de la tele, pero la tele no la enciende nunca, y Arnau duda de que funcione. Está cubierta con una tela blanca, un pedazo de una antigua sábana que ella ha recortado y recosido por los bordes. Sobre la sábana, un portafotos vacío, de plata. Bajo la tele, una caja de madera de raíz (eso lo dice así Arnau, que es nieto de carpintero) rellena de fotos antiguas.

Un día él preguntó: ¿Qué hay en esta caja? ¿Puedo mirar? Y ella dijo: ¡Bah!, haz lo que te dé la gana, papel para reciclar (tampoco es que ella recicle nada, claro, pero lo dice por decir). Había dos fotos de gente que él no conoce de nada y también algunas medias fotos en las que ella salía y en las que faltaba la otra mitad.

Y yo digo: Arnau, ¿cómo es que no las conoces de nada, a las otras personas de las fotos?, si serán tus tíos, o tus padres, otros nietos, yo qué sé, ¿no? Y él me dice: ¿Por qué tendría yo que conocerlos? ¿No son familia tuya? ¿Por qué tendrían que ser familia mía? Ella dijo que era tu madrina, ella me lo dijo, en el ascensor. . . creo, ¿o fuiste tú quien me dijo soy su ahijado? Pues no es familia mía, y yo no estoy bautizado. Vale, vale, tío, no te enfades, le digo mientras abro la nevera para sacar las latas, descalza, para joder a mi madre. No me

enfado, es que te encanta hacer preguntas. ¿Puedo hacer otra?, esta es diferente. Arnau alarga el brazo para cogerme la birra de las manos. Desde una manga negra y corta se extiende hacia mí un brazo largo y unos dedos de príncipe. O de princesa. Sin humos. Sí. Su sí se suma al Ssssh de la lata que tiene en las manos al abrirse. ¿Cómo es que no leéis en la tribuna? ¿Qué hostias hacéis en el salón delante de la tele apagada con la de luz que hay en la tribuna? Y yo qué sé, Raquel, mujer, yo me pongo donde ella me dice y ella me invita a estudiar en el salón. Sois raros de cojones. Mira quién habla. Y da un sorbo y me parece que se esconde detrás de la lata, pero qué va. . . El tío no aparta la mirada, y tiene la mirada como. . . No sé, me salen un montón de frases de otros y no encuentro ningún vocablo que me sirva. Y pienso que mejor, que eso quiere decir que lo siento muy adentro y que, si no, que baje Petrarca a explicar bien por qué no encuentro las palabras.

En mi tribuna algún sábado por la mañana da el sol, bueno, cada mañana da el sol. En la de Mercè da el sol por las tardes porque queda en el lado de mi terraza. Por eso los martes por la tarde, y también porque ella está más desactivada, no salen del saloncito, aunque sería cuando les daría el sol más de lleno que los sábados por la mañana, claro. Ella con su murakami de turno (a mi abuela le habría gustado Haruki Murakami, no sé cómo no lo pensé) y él con sus apuntes o sus lecturas obligatorias en el sofá también yema (que va a juego con la butaca). Delante dice que tiene una mesilla de mármol, bajita, para escampar apuntes. Los sábados todo empieza igual pero ella acaba por cerrar el libro con un suspiro y decir: Arnau, venga, levanta el culo, que nos dé el aire. Él puede acabar tranquilamente el párrafo o el capítulo o el tema mientras ella llega a la tribuna arrastrando los pies y abre los cristales de par en par. Entonces vuelve a llamarle: Arnaaaaauuuuu. Yo me río porque él imita muy bien la voz de ella. Él también se ríe, y los ojos se le deshilachan y a mí se me deshilacha la columna vertebral. Cuando se nos acaba la risa él continúa, con la mirada profunda, el muy cabrón. Lo sabe, sabe que me gusta. Le da igual la década que nos separa. A mí no. El pico sí, la década no. Me gustaría que algún día se quedase hasta la tarde para verle la mirada a la sombra, sin que el pelo la eclipsase. Pero no la sombra del resto del piso. La sombra de la tribuna, que es otra sombra.

Cuando me dijo cómo se llama me quedé de piedra. Ricard. No he tenido cojones (u ovarios) de escribirlo hasta ahora.

No habla mucho y el primer día me costó preguntarle el nombre. No

hemos hecho contrato. Y dice que no vendrá nadie más a compartir el piso.

Vino con una sola mochila y con un maletincillo de pintor parecido al que aún guardo (regalo de mi décimo cumpleaños), de madera manchada de colorines, sin ningún otro objeto personal, y dijo que se quedaba los muebles si podía pintarlos. Le dije haz lo que quieras con los muebles pero riega las plantas. Y cuida del gato, añadí como si fuese Holy Golightly, de Desayuno con diamantes: «We're after the same rainbow's end, my friend», le canto. (Mi madre contaba que su madre contaba que, si meabas donde acaba el arcoíris, si eras chica te convertías en chico y si eras chico te convertías en chica.) Él hizo que sí con la cabeza. Por la noche lo oí arrastrar muebles, entre sueños, y espero que no me rayara los ladrillos hidráulicos y que no se deshiciera de la cómoda del dormitorio. Me dejó una nota cuadrada cuadriculada con uno de los cuatro lados rasgado por los minúsculos circulitos. Me ha invitado mañana por la tarde a tomar un vinito rosado en el patio para que vea cómo le ha quedado el piso. Espero que no crea que tiene que darme explicaciones. A mí me da igual cómo deje el piso.

Desde que sé cómo se llama, he vuelto a soñar con el accidente.

NOVIEMBRE

Le ha quedado guapo. No ha tirado ni un mueble, se los ha quedado todos, y los ha redistribuido.

La cosa fue así:

Habiendo aceptado su invitación, me pasé ayer por la tarde y, claro, ya no tengo llaves. Al querer llamar a la puerta, la encontré entreabierta. Tampoco me atrevía a entrar sin llamar aunque estuviese abierto, porque ya no tengo el derecho. Pero dije Ricard unas cuatro veces y no me respondía, total, que viendo que era la hora y que él había dejado abierto. . . Olía todavía a pintura. El recibidor ya era verde, pistacho, precioso, del que a mí me gusta. Ricaaard. Nada.

Me asomé a la habitación que linda con mi casa, al lado del recibidor. La ha dejado vacía (y luego me dijo que no me ofendiera, que era demasiado piso para él, que había querido concentrarlo todo hacia uno de los lados y que, obviamente, había elegido el lado del patio). Esa habitación de al lado del recibidor ha quedado blanca y de momento no la ha repintado ni nada. En las paredes han quedado las eles de los cuadros (los cuadros sí que los ha tirado todos) y su silueta dibujada debajo: rectángulos de polvo gris sobre el blanco.

Al girar a la izquierda, el pasillo también verde ahora tenía las puertas, a la derecha, de un rojo intensísimo, sangre, y a la izquierda, naranjas de piel de naranja, naranja puro. Y yo flipando. Ricaaard. ¿Cómo es que yo había dejado en blanco mi casa? Me eché la bronca (¡cobarde!) y pensé en seguida que se nota que el tío se dedica al arte.

Y para acabar de flipar, las habitaciones, el comedor, la cocina, todo, siguiendo la misma pauta: la pared en un color y todos los muebles en otro. Cada habitación combinando dos colores diferentes, excepto la habitación donde pintará (que es el antiguo comedor, al fondo del todo y ya tocando a la terraza, gemelo invertido de mi dormitorio, el fondo profundo de mi espejo), que ha quedado de un blanco nuevo y limpio, para hacer borradores en las paredes. El loco ha pintado todos los muebles. Lo mismo le ha dado que fuesen del peor contrachapado de los setenta que de nogal macizo de un siglo atrás. Pero claro, yo le dije que hiciera lo que quisiera, como si los tiraba. Y el hecho es que queda que te cagas. Contrastan los muebles negros sobre una pared

blanca inmaculada, los muebles blancos sobre una pared de un negro noche, los muebles de un azul océano sobre una pared color naranja melocotón y, en el dormitorio, la cama y la cómoda de amarillo limón sobre una pared de un marrón de roble seco. Limón ácido. La hostia. Cuando se lo expliqué a Arnau, se rió: ¿Por qué las mujeres siempre adjetiváis los colores? Pero dijo que tenía ganas de verlo, él también, y yo le llamé cabeza de calabaza y cabeza de zanahoria y de mazorca, y él me llamó cabeza de chorlito y le hice cosquillas y dijo: ¡Eh!, ¡que lo digo por el color!, ¡lo digo por el color!

Sobre las paredes Ricard ha pintado marcos, como unos que vi en aquella boutique pija de la calle Alta, que allí los tienen para colgar fotos de modelos con la ropa de la tienda pero que a menudo están los cuadros solos. Están vacíos, quiero decir, que él ha dibujado la moldura sobre la pared en el mismo color de los muebles, pero falta el contenido.

Ricaaard. Por encima de la hamaca del patio, que estaba de espaldas, salía un brazo que me saludaba y me decía que fuese. Por el otro lado del respaldo de la hamaca salía en dirección al suelo otra mano que acariciaba al gato naranja, que me miraba con los ojos cerrados.

Son catorce años de diferencia, entre Arnau y yo. Yo hasta ahora me lo he tomado como una amistad con derecho a roce. Pero nada más. Me sorprendió mucho que me dijese eso. El martes pasado, en la uni, en el edificio nuevo, por las escaleras. Yo subiendo y él bajando, dice: ¡Ey!, ¡hola!, ¡espera un momento! Normalmente yo, si va con alguien, no le digo nada, saludo con la mano y tal o le froto los pelos minúsculos con la palma de la mano (que es como frotar terciopelo) y sigo para arriba porque ya lo veo los sábados. Pero el martes me dice: ¡Ey!, ¡hola!, ¡espera un momento! Me paro, aunque voy con la más ancha de mis camisetas, y encima azul marino, y él va con un polo marrón ribeteado de naranja que es una cucada. Se despide del grupito, que iban dos chicos más y unas cuantas chicas. El tío se despide de ellos y se queda plantado delante de mí. Nada, dice, que como siempre estamos en tu casa los sábados, como ya es un poco un hábito. . . supongo que ya cuentas con que nos vemos el sábado. . . Él siempre baja sobre la una de casa de Mercè y se queda conmigo hasta las tres, que tira a comer para su casa. Yo digo: Sí, contaba con ello, pero no es ninguna obligación, que no tiene que convertirse en un compromiso, tranqui. . . Y al tío mientras hablo se le escapa una sonrisa de medio lado y entorna los ojos un poco y yo pienso me cago en la puta, qué catorce años ni qué hostias, a tomar por saco, que está

como una galleta sobre una galleta con chocolate en medio. Y digo: ¿Qué?, ¿de qué te ríes? Y dice: Nada, nada, que lo decía justamente por lo contrario, que había pensado que igual un sábado de estos me invitabas a comer y después yo te invitaba al cine, ¿qué?, ¿qué me dices? Y yo glups, ¿me está tirando los trastos o se los he tirado yo sin querer?

Y una mierda, sin querer. Sin querer no.

Camino

en tres por cuatro

desde el

cuarto escalón.

Corres

en compás ternario

y aún estás

en el dos.

Me paro en seco.

Me giro a vuelco

de dado y siento.

Me siento.

He soñado que me despertaba convertida en un monstruoso insecto con una camiseta roja, panza arriba y con las patas levantadas. Y no podía girarme. Me he despertado y era yo y he estampado el jodido libro de Kafka que tenía en la mesilla contra la pared. Me he vuelto a dormir y he soñado que me despertaba convertida en un monstruoso insecto con un camiseta roja, panza arriba y con las patas levantadas. Y no podía girarme. Entonces, dentro del sueño, me despertaba del sueño que había dentro del sueño y soñaba que había sido un sueño y que era yo y he estampado el jodido libro de Kafka que tenía en la mesilla contra la pared. Mientras el libro volaba el tiempo se alargaba

y tenía tiempo de ver un pequeño y monstruoso insecto en la pared. El libro se estampaba justo contra el insecto y se quedaba un segundo pegado a la pared y después resbalaba y dejaba una mancha roja en la pared que repasaba la resbalada del libro. Entonces me he despertado y he visto el libro en el suelo, abierto por la caída, y la pared muy limpia. Blanca.

DICIEMBRE

No sé si soy demasiado atrevida pero cuando venga Arnau, Arnau de mis ojos, Arnau Occhi Miei, le diré: Arnau, no he tenido tiempo de comprar nada y no soy demasiado buena cocinera (mentiré, porqué aprendí a cocinar de papá, que parecía mudo pero se expresaba (además de haciendo sus famosas pelis mudas de arte y ensayo) cocinando) pero no te preocupes, que te invito a un japonés que hay aquí cerca, ¿te gusta el pescado crudo? No sé si soy demasiado atrevida pero la verdad es que el atrevido fue él, que hizo el plan de pasar el día juntos, ¿o no? Si le gusta el pescado crudo tenemos mucho ganado, quiere decir que es sensible al orgasmo de poseer un sushi que se va deshaciendo en la boca. Ahora está con Mercè y bajará en unas horas. Me pondré una falda. Quizás hasta me peine y todo. Me ha costado mucho elegir zapatos, yo creo que tengo que comprarme unos, que aquí todo son botas.

Flipante. De vez en cuando nos sorprenden, en la facultad esta. Toma con el prefacio de Jean-Loup Rivière a la edición de los Escritos sobre el teatro de Roland Barthes. Dice: «¿Qué es, pues, ser adulto? Sería haber tomado conciencia de nuestra mortalidad, haber aprendido a vivir ni en la negación —hago como si fuese inmortal—, ni en el terror de una aniquilación inminente. El teatro es una experiencia filosófica en que la vida permanece viva en el mismo momento en que revela su trama negativa. Y es sin duda cuando está más viva que da paso a la muerte.» Yo pensaba que solo lo decían los Estopa: «La vida no es igual si no puedo morirme». Yo es que hace veinte años y pico que soy una zombi que ha vuelto de la tumba, que podría haberme muerto, que tendría que haberme muerto y por eso hago teatro. Noche y día. Y no sé si sabré amar a Arnau. Arnau Occhi Miei. Tan real, él. Realidad y ficción.

Después dice también una cosa que no entiendo. Cita al propio Barthes: «No es tanto (me parece) por la pintura que la fotografía toca el arte; es por el teatro. [. . .] Si la fotografía me parece más cercana al teatro, es a través de un relé singular (quizás soy el único que lo ve): la Muerte». Entonces explica que los primeros actores eran los que hacían de muertos, pintados de blanco, y que «la fotografía es como

un teatro primitivo, como un cuadro viviente, la figuración inmóvil y maquillada bajo la que vemos a los muertos». Sigo sin entenderlo pero me suena cojonudo.

Cuando le dije a Arnau que no era muy buena cocinera, él hizo esa sonrisa suya, de medio lado. Es que no puedo, con esa sonrisa. Le sale un hoyuelo en la mejilla izquierda. (Ver Lolita, Vladimir Nabokov, segunda parte, capítulo 26: «Los hoyuelos se producen por adherencia de la piel a los tejidos más profundos». Arnau, adhiérete a mis tejidos más profundos.) Estilo Sawyer, el de Lost, pero en pelirrojo aterciopelado, que es muuuucho mejor. Yo dije: ¿Qué?, ¿qué pasa? Y una mierda que no eres muy buena cocinera, debía de estar pensando, pero solo dijo: Nada, nada, estaba pensando en cosas mías, perdona, ¿qué decías? Nada, que si te gusta el sushi. ¡Pues claro!, me dice. Y yo pensé ¡bingo!

Esta conversación se desarrolló en la tribuna, por supuesto, pero con una cerveza doble malta. Fuera no hacía sol. Él dijo: No te había visto nunca con falda. Tuve que esperar hasta la segunda cerveza a que dijese: Pues te queda muy bien, la falda. Él fija la mirada, yo quiero fundirme, ahora, ya. Después, dos minutos de silencio con el ñec-ñec de las mecedoras dando por saco. Él llevaba una camiseta negra de manga larga, sencilla pero muy nueva, negro intenso. ¿Qué?, ¿vamos a comer?

Cerraba los ojos cuando tenía un sushi en la boca, el muy cabrón. Habíamos pedido un vino blanco. La camarera viene y pregunta: ¿Quién lo probará? A mí que me lo hagan probar y tener que decir está bien, está bien, ya puede servir, me pone frenética. Y Arnau, a los diecinueve años, dice: Yo. Mira la copa, la coge, la huele, lo prueba y dice: Está bien, está bien, ya puede servir. Yo me quedo alucinada con sus maneras, me acerca la boca al oído haciendo un puente con la espalda por encima de la mesa cuadradita y me dice flojito: No tengo ni puta idea. Y nos reímos. Y después cerraba los ojos cuando tenía un sushi en la boca. A mí me gusta cuando los tíos parecen tiernos pero esconden una masculinidad sorpresa.

Hablamos de cosas. De la uni. Y dice que le gusta escribir poesía (suerte que no escribe ficción y que todavía podemos buscar una intersección de órbitas). Que Mercè quiere pagarle un curso de la Escuela de Escritura Creativa, y que él no quiere. Y yo, diluyendo una buena dosis de wasabi en la salsa de soja, le pregunté: ¿Por qué? Porque lo que hago por ella lo hago por ella, responde. Y obviamente

me quedé con ganas de preguntar más, pero ya voy intuyendo que la relación Arnau-Mercè es como un tema intocable, del que no quieren hablar ni él ni ella. Y él, vertiendo en la copa el vino que no quedaba en la botella y haciendo un gesto con la mano a la camarera en plan traiga otra, dice: Pregunta, pregunta. Y yo sonrío mientras el vaho del wasabi (creo que me he pasado un poco con la dosis) me sube y me sale por la nariz como una nubecilla verdecita invisible.

Y él dice: No la conocía de nada, de hecho ella no conoce a nadie, no le queda nadie, ya no quiere ni guardar las fotos. Dice: Yo un día estaba leyendo Espejo roto en un banco de madera de la Gran Vía, hacía sol y tenía la tarde libre y no tenía ganas de ir a casa. Ella llega arrastrando los pies y se sienta a mi lado. Con un abrigo verde oscuro precioso, pegadito al cuerpo, y ella es muy delgada, ya lo sabes. Y se queda allí en silencio y yo venga a leer, venga a leer. Ella con la vista al frente, fija, sin importunarme, sin mirarme ni nada. En un momento dado dice: Tú no vendrías a visitarme de vez en cuando, como un ahijado, ¿verdad? Yo levanto la cabeza y la miro y veo que no me mira, tiene la mirada perdida al frente y no mueve un músculo; se aferra al monedero negro y tiene los nudillos blancos, es un monedero de esos que cierran haciendo cruzarse dos bolitas doradas, ¿sabes? Total, que sigo leyendo. Y ella callada. Y yo sigo y sigo y voy leyendo pero me desconcentra su presencia. Al final cierro el libro y cojo la mochila y lo guardo. Me levanto, me cuelgo la mochila y mientras lo hago y me abotono la cazadora me percato de que me ha mirado muy de soslayo por un segundo. Cuando yo la miro ella sigue como estaba, la mirada al frente, aferrada al monedero, los zapatos planos negros perfectos, paralelos, al frente, juntitos. Yo le digo: Señora. Señora. Señora, ¿me ha dicho algo? Me agacho y me pongo delante de ella, porque yo en cuclillas soy de la misma altura que ella sentada en un banco. Señora, insisto. Me muevo como un péndulo buscando su mirada y ella me la va rehuyendo como una niña cuando la riñen. Señora. . . Nada, que no, que no me miraba. Pero, ¿sabes qué, Raquel? Mercè tiene una mirada tan rota que, no sé, aunque me rehuía yo la miré a los ojos y le dije: Sí que iría señora, pues claro. Y entonces me fui. Nos reencontramos en el mismo banco tres o cuatro veces más antes de que ella se atreviese a volver a hablarme otra vez.

Cuando Arnau acabó de narrar la escena yo me quedé de piedra y él me miró con los ojos empañados (no sé si por lo que acababa de explicar, por el vino blanco, o porque ya me quería): ¿Quieres un mochi?

Buah. El mochi estaba buenísimo. Si el sushi se te deshace en la boca, el mochi te explota dentro. Yo no me atrevía a hablar ni a volver a

sacar el tema, se había creado un silencio muy frágil.

¿Y tú?, me dice. ¿Yo qué?, ¿Qué si tengo madrina adoptiva?, pensé, pero no dije nada. ¿Tú de dónde has salido, Quelita? Y lo dice pasando un brazo a cámara lenta por encima de la mesa vestida de rojo, un brazo, una mano que viene directa hacia mí, a ponerme un mechón de pelo detrás de la oreja. De San Enrique de Edim, improviso, por decir algo, ¿y tú? Yo soy del barrio del Puerto, me dice, ¿y eso tuyo es un pueblo de aquí cerca?, me pregunta marcando hoyuelo. Yo me río de mí misma y digo: No, me lo he inventado, soy de Comala, como Pedro Páramo, ¿te suena? Claro, tienes razón, se nota por lo viva que estás, ¿no te jode?, venga, en serio, ¿de dónde eres? De Moranda. Arnau me mira y levanta una ceja y yo le insisto: Ahora lo digo de verdad, soy de Moranda, lo de antes era para ver si colaba, que no tenía ganas de que supieses cosas porque quiero empezar de cero. Arnau no se enfada, sonríe, después recuerda: ¿San Enrique de Edim?, ¿de dónde te has sacado eso? Y digo: Ya sabes, San Henry de Edimburgo. Él da tres golpes de cabeza, asintiendo en silencio y después dice, con su insoportable sonrisa de medio lado: Henry Jekyll. Jaque mate. Voy de lista y este ha leído más prólogos que yo. Venga, mujer, explícame todo ese rollo que dices. . . Y yo me levanto, me aliso la falda verde oscuro con las manos y digo: Va, Arnau, que pido la cuenta. Y él suelta: Pero qué bien que te queda la falda, hostia. Lo dice con su masculinidad sorpresa.

A Ricard hacía tiempo que no lo veía y me he dado cuenta porque le ha crecido bastante el pelo. Dice que viene del trabajo, pregunto cuál, y responde que ha encontrado trabajo a media jornada haciendo copias de llaves. Sin contrato, claro. No le parece difícil y se saca un pequeño sueldo con el que le sobra para el alquiler. Como además quiere profesionalizarse con el tema de la pintura y dice que quizás empieza a interesarse un poco más por la fotografía, que puede dar dinero y tal y que, total, él no necesita demasiado, pues ya está.

El gato naranja viene a verlo, entra y sale por el patio, y duerme con él a menudo. Deja muchos pelos en la colcha pero a él le importa poco. Yo no podría. A veces Ricard no duerme en casa en un par de noches y se olvida de la comida del gato, y cree que se busca la vida y que por el patio de luces debe de tener a alguien más que también se debe de pensar que el gato depende de él. Pero hemos decidido que abriremos una gatera en la pared que separa los dos pisos, y así también podrá venir a mi casa, que parece que le gusta.

Toda la conversación ha sido este mediodía subiendo del portal al principal, mármol a mármol, y ha hablado mucho por como es él. Ha preguntado si quería un café. Le he dicho paso un momento por casa y voy. Al verme en el espejo del recibidor me he dado cuenta: Ricard se parece a Ricard. He dejado la mochila sobre la pequeña cómoda blanca de al lado de la puerta de salida, he cogido solo las llaves de mi piso y he ido para allá.

Solo tengo que poner un pie en el rellano; pivoto sobre él y ya estoy en casa de Ricard.

Entro y quiero volver a mirarme pero me doy cuenta de que él debió de tirar el espejo del recibidor. Bueno, creo recordar que estoy presentable y en cualquier caso Ricard no tiene una masculinidad sorpresa sino una masculinidad explícita que no me atrae nada. Al pasar por una de las habitaciones he visto que ha hecho un retrato hiperrealista del gato naranja sobre un cielo azul con nubes renacentistas dentro de uno de los marcos falsos de moldura pintada en azul océano sobre la pared de la habitación color naranja melocotón. Lo he encontrado en la cocina, azul celeste sobre verde de hiedra joven, y me he dado cuenta de que llevamos las mismas zapatillas. Entonces he recordado que las de él ya las había visto y que cuando me compré las mías no pensé en ello.

Empezaba a haber algo de sol en la parte más alejada del patio y Ricard ha ido a sentarse a la maceta boca abajo de Arnau. Con las manos se toca mucho el pelo, atrás. Le ha crecido bastante. Es fino. Yo me he sentado cómodamente en la hamaca de PVC, con los pies cruzados y con el café entre las manos. Con Ricard me da igual si voy en vaqueros viejos y jerseys retro del tío.

Le he dicho has abierto la caseta, ¿has encontrado la llave? Y me dice que estaba abierta, no lo habías ni intentado, Raquel, había cuatro cacharros viejos y los he tirado, espero que te parezca bien, ahora ya está vacía y bien limpia. ¿Qué meterás ahí?, le pregunto. Estoy pensando en hacer un laboratorio de revelado y positivado de fotografía. Ah, mola, y veo que cuidas bien de las plantas, gracias, y si quieres consejos de jardinería, ya sabes, le digo, y él dice tranquila, que en eso me apaño solo.

Piensa en voz alta y explica el nuevo trabajo de duplicar llaves y dice que quiere comprar aparatos de calidad para el tema de las fotos. Pregunto si no es mejor hacerlo en digital, con ordenador y tal, y no me responde. Pregunto por su cámara y no me responde. Creo que tampoco debe de tener. Yo pienso que quizás todavía ahorra para

comprársela y él va pensando sin hablar y haciendo que sí con la cabeza, sin mirarme. Ha dicho por la tarde no puedo, pero el sábado por la mañana voy. ¿Adónde? A comprarme una cámara buena. He pensado que no debe de tener dinero para una cámara buena y sin que lo llegara a decir él ha dicho tengo unos ahorros y qué mejor manera de invertirlos, si eso me dará ingresos después, haré bodas y bautizos, comuniones no.

Entonces es como si Ricard hubiese desaparecido y me hubiese quedado sola en el patio con el cafetito caliente. Lo he perdido de vista mientras su última frase venía como una nube de hilos voladores a estrangularme los pensamientos. Me he ido en plan flashback al día de mi primera comunión.

Me costó la hostia convencer a mis padres (un drama increíble, pero cómo hemos educado a esta niña, qué es lo que hemos hecho mal, mi madre no entró en la iglesia y mi padre se quedó al fondo del todo con los brazos cruzados) pero después me hacía la moderna con las amigas diciendo que me obligaban y que yo en el fondo no quería hacer la comunión; ellas se sumaban, querían ser más guays que yo y decían que pasaban de Dios pero que lo hacían por los regalos; y yo decía que me cagaba en los regalos pero que lo hacía por el vestido de princesa, que era la única verdad. Había querido meter en el lío a Ricard y él se había negado, había dicho que no pensaba hacer la comunión con una mierda de disfraz de marinerito. También me costó que ese día entrase presentable en la iglesia y que no se emperrara en llevar aquella chaqueta roja que había tejido la abueli y que ya empezaba a quedarle pequeña. Ricard se pasó toda la ceremonia haciéndome fotos del cogote y en el silencio de la iglesia se iba oyendo el clec del obturador. Cuando yo ya salía y todo el mundo hacía fotos de cara al resto de niñas, él todavía estaba dentro haciendo fotos a las bóvedas. Nunca vi aquellas fotos. Ni ninguna de las fotos que hizo. Ni la cámara, encontré. No sé si la abuela debió de tirarlo todo, a saber. Solo conservo aquella chaquetita de punto roja, que por suerte y extrañamente él no llevaba puesta el día del accidente.

Da igual. Me he levantado y Ricard parece haberse dado cuenta de que venía de un flashback y cuando he dicho adiós sin preámbulos solo ha hecho un movimiento de cabeza a modo de despedida. Y me ha sonreído por primera vez. Le he dejado la taza de café vacía en la pila de la cocina. Al pasar por delante de la habitación color melocotón he visto al gato naranja sobre el mueble azul océano, justo delante de su retrato hiperrealista, y era realmente como si estuviese ante un espejo. Cuando la mímesis es tan descarada como para hablar de dualidad y falsedad es cuando puedo pensar que sí, Ut pictura

poiesis.

Hoy es la primera vez que escribo sobre Ricard. No salía en mi diario desde que cumplimos diez años. Ni como recuerdo. Y recuerdo cuando Ricard le dio un beso con lengua a una niña y me dijo escríbelo, escríbelo en tu diario, y di que me ha dado un bofetón pero que yo sé que le ha gustado. Lo escribí pero le dije que se comprase un diario para él y él dijo que no escribía, que él hacía fotos, que también era para tener recuerdos. Y yo le solté que en las fotos no se puede explicar que chupar la lengua de una niña sea tan suave, idiota.

He soñado que venía la abueli a despertarme y yo le decía abueli, tú no vendrías a quererme como una madre, ¿verdad? Pues claro, bonita, pues claro, me respondía.

Ricard sale cada noche. A mí me daría pereza salir tanto. A veces lo oigo volver acompañado. Y sí que sabe decir más de tres o cuatro frases seguidas, y tiene lengua. Y sabe repetir la misma frase ocho o diez veces seguidas, también.

Cuando Arnau dijo lo bien que me quedaba la falda, yo, que iba a pedir la cuenta, tuve que pararme porque él ya me había puesto la palma delante del ombligo. Yo medio sonreí mirando al suelo, tierra trágame, y él me dijo: Mírame. Mírame. Lo miré solo un segundo y al segundo segundo ya no podía seguir mirándolo y volví a mirar al suelo, ahora concretamente a aquellas botas verdes que llevaba porque soy incapaz de comprarme unos zapatitos. Arnau dijo: Estás muy guapa. Y quitó la mano. Yo miré otro segundo a sus ojos negros (que es como mirar el cielo nocturno cuando estás sentado en el fondo de un pozo en plan Tooru Okada, el de Murakami, «En el cielo no se veía una sola estrella. Solo podían verse desde el fondo del pozo.») y fui a pedir la cuenta a la barra, mientras con los dedos pinzaba los extremos de un jersey negro que me marcaba demasiado la cintura e intentaba ir bajándolo y hacerlo volver a su sitio.

Saliendo del japonés, yo, agradecida de que no hiciese eso de abrir la puerta y dejar pasar, dije: ¿Qué?, ¿qué pasa con el cine?, ¿no me invitabas? Y él dijo: ¡Pues claro! Arnau tiene un pues claro muy característico, un pues claro de terciopelo naranja. Fuimos a Cinemim y vimos Avatar en 3D y en VOS. Yo sé por qué eligió esa peli, aunque

sea comercial. Después de ver Avatar miras a un estudiante de filología de Mim que dice que le gusta escribir poesía y que pertenece a la especie humana, y, por más que tenga catorce años menos que tú, te das cuenta de que nada te impide hacerle todo lo que quieres hacerle.

De todos modos yo me porté bien, y él no tanto, pero también. Solo se emperró en darme un abrazo de esos largos que yo tengo tendencia a escupir.

Ahora no sé si me toca a mí decirle algo. No nos hemos cruzado ningún otro día por la uni y mañana empiezan las vacaciones de Navidad.

La invitación venía en un sobre dorado y la oí rozar la grieta bajo mi puerta, sobre la línea blanca que separa el mármol del rellano del hidráulico de flores. Cuando me acerqué oí aún las zapatillas que se arrastraban hacia el ascensor, y el clec-clec de las dos puertas al cerrarse, antes de la sacudida que anunciaba la subida. No me atreví a abrir la mirilla porque chirría, pero sabía que era ella.

Me agaché y cogí el sobre dorado. Necesitaba un abrecartas y recordaba conservar uno del tío abuelo, de plata y con empuñadura de marquetería, que debía de estar en algún cajón. Me metí hacia el interior del piso y, abriendo portezuelas y registrando cajones, salió una fotocopia en color de aquella foto de nosotros cuatro (happy family: mami, papi, niño y niña) que la abuela guardaba y que yo no veía desde que, finalmente, al morir ella, la pude quemar.

Ver en mi mano derecha una fotocopia temblorosa de aquella foto que había descartado volver a ver me arrancó media sonrisa, concretamente sonrieron la mitad derecha de mi boca y el ojo derecho. Sobre un fondo de hojas de otoño desenfocadas y troncos torcidos, la familia feliz. Mamá: con pelo a lo Madame Bovary (en palabras de Flaubert, con «la raya al lado con los cabellos enrollados por abajo, igual que un hombre»), camisa de exploradora, pantalón caqui hasta las rodillas y chirucas del treinta y nueve. Delante de ella, Ricard, con nueve años: el pelo desordenado, camiseta de D'Artacan (y los tres mosqueperros, de la serie aquella de dibujos de la época), pantalón pistacho hasta las rodillas y chirucas del treinta y cuatro. A su lado, papá: calvo por arriba y con cola de caballo, camisa de explorador, pantalón caqui hasta las rodillas y chirucas del cuarenta y dos. Delante de él, yo: idéntica a mi hermano, el pelo desordenado,

camiseta de D'Artacan (y también los tres mosqueperros, porque yo quería la de Julieta (la novia de D'Artacan) pero con mamá no hubo manera), y mi cintita roja arrojándose al vacío desde el bolsillo de mi pantalón pistacho. Al margen de la imagen decía, en boli, 1983.

La llevé al recibidor y la metí allí en el primer cajón de la pequeña cómoda blanca, pensando en llevarla a enmarcar algún día de estos.

Vuelvo a la salita de al lado de la cocina y por fin encuentro el abrecartas. Hiero el sobre de Mercè y lo destripo limpiamente. Dentro, una cartulina de color rosa con el perímetro haciendo olas. Con letra negra cursiva y mayúsculas con espirales leo:

Señorita Raquel,

Tengo el honor de invitarla mañana día treinta y uno de diciembre a las veintidós horas a una cena humilde y formal en mi casa. No hace falta que compre ni cocine nada, pues ni que decir tiene que su presencia será suficiente y gratamente valorada como motivo de pregona estimación. El gato será bienvenido, habrá croquetas de atún, turrón de cola de merluza y tres gatos que le brindarán amistad. A las veintitrés treinta el señorito Arnau se sumará a la celebración para recibir juntos el próspero año nuevo, que le deseo lleno de buena ventura. Como quien calla otorga, si le va bien no se requiere respuesta.

Siempre suya,

Mercè

La abueli siempre cantaba este cuento: «Don Melitón tenía tres gatos y los hacía bailar en un plato y por las noches les daba turrón, que vivan los gatos de don Melitón». No me he quitado la canción de la cabeza en toda la cena. Ha sido la cena más familiar que recuerdo desde que murió la abuela, y la cena familiar más concurrida desde el accidente.

Después del tatín de manzana ha llegado Arnau con un pantalón grisáceo y un jersey de punto azul. Mi gato naranja se ha emperrado en husmear la caja de madera de raíz que Mercè guarda bajo la tele y ella le ha dicho: ¿Quieres que la miremos juntos, cotilla? Ha cogido al gato y se lo ha puesto en el regazo y yo he pensado que se llenaría de pelos el vestido rojo tan bonito que llevaba pero no le he dicho nada. Ha dicho: Niño, trae las fotos. Arnau le ha acercado la caja y yo me he

quedado con la vista clavada en el portafotos de plata vacío que hay sobre la tele, cubierta de blanco, hasta que ella, al abrir y volcar la caja, ha levantado una nube de aromas a papel viejo por encima de la mesa, después de apartar su plato (vajilla de porcelana con capullos de rosa y colibrís, con restos de tatín y de salsa de grosella). Ha empezado a enseñarle al gato lo que quedaba de las fotos: Mira, ¿ves?, mi mamá. ¿Ves aquí?, esto era mi casa. Y. . . yo, sí, soy yo, pensaba que quizás era. . . No, mi hermana no. Y aquí debía de haber alguien que ya no tiene parcela en mi azotea, ¿ves?, y esta soy yo, con mi hermano. Y esto es París, ¿verdad? ¿Y este señor? ¿Este? Este no sé, niño, tráeme las tijeras, ¿quieres?

Ya había fotos cortadas (había cortes de hace poco y había cortes de hace mucho) pero hoy, después del cambio de año, todavía había más. Con los pedazos sobrantes ha hecho un fuego pequeño en la pila de la cocina. Si no es nadie a quien eche de menos, ha dicho mirando a los gatos, que daban vueltas por la cocina, inquietos, mirando las llamitas, a ver por qué tendría que querer mirarlo, yo, a mis años. Ella dice echar de menos, pero se refiere a recordar. Después ha mirado ella las llamitas y se ha sacudido de la falda los pelos de gato: Bah, igual no están ni vivos.

Yo hice lo contrario; primero se quemaron los papás, después quemé las fotos, y hoy todavía espero aquí sentada a ver si me olvido.

Sueño con la fotocopia de la foto quemada de mi happy family, que duerme en el cajón de arriba de la cómoda blanca de mi recibidor, dentro del portafotos de plata vacío que hay sobre la tele cubierta con una sábana blanca en el saloncito de Mercè.

Mercè, usted no vendría a quererme de vez en cuando, como una abuela, ¿verdad?

He soñado que se lo preguntaba. Y que me decía que sí, pues claro, bonita, pues claro.

ENERO

Ricard no debe de trabajar los sábados y ha vuelto de madrugada, supongo que calado. Sin embargo, se la levantado pronto; y con la boca todavía pastosa ha venido a pedirme que si le hacía un café. Se me ha sentado en la cocina a quitarse las legañas y he recordado el tema del gato. Le he dicho que haré venir a alguien para hacer el agujero y me ha dicho que de acuerdo. He empezado a hacer el café y me ha dicho que le gustan los muebles. Y el azulejo este de cenefas que tienes aquí en las paredes, en plan reforma época seventies, dice, con una intención tan moderna y ahora tan retro, dice, me encanta. Entonces le pregunto que por qué pintaste por encima los azulejos de tu cocina, ¿eh? Y me dice pues porque ya tenemos los tuyos.

Va en calzoncillos, descalzo, con una camiseta vieja. Se sienta con las plantas de los pies sobre el asiento de escay de la misma silla, flexible para ser un chico. Le pregunto por ella, ¿es siempre la misma? No me responde. ¿Azúcar? Sí. Yo no, yo sacarina. Lo mezclo todo. Te he sacado de la cama, me dice. No, hombre, tranquilo, acababa de abrir un ojo hacía dos minutos, cuando has entrado, me han despertado los truenos. No, no es siempre la misma, me dice, a veces sí, a veces no, pero no suele ser la misma, no creas, que cuesta encontrar a alguien que valga la pena, no me tomes por un malnacido o uno que va jugando con las tías, pero es que ya me hacía falta, tenía ganas de probar. Y removiendo el azúcar como si fuera virgen hasta hace dos semanas me dice son suaves, las mujeres, tan suaves. Y se queda mirando un punto del infinito, una cenefa en un azulejo del infinito, de la cocina de un infinito que ya no está. La cuchara de plata se ha quedado inmóvil entre sus dedos y la tacita blanca. Qué suaves son, dice, y se lo bebe todo de un trago, de un movimiento de cabeza que convalida por el movimiento de cabeza a modo de despedida. Me acaricio la tripa y compruebo que soy tan suave como ellas, él dice gracias por el café y yo arranco mi día. Me siento muy cansada, no he descansado nada bien, pero quiero estar al tanto de Arnau, Arnau Mes Yeux, que en hora y media ya estará saliendo de casa de Mercè.

FEBRERO

Arnau con jersey creo que es una preciosidad. Creo que es un hombre de otoño, y da igual que sea invierno. Un hombre de hojas secas, de riachuelos, de salamandras, de rocas con musgo, y de deshielo. Posiblemente sí, posiblemente sea también un hombre de primavera. No creo que le gusten el frío ni el calor. A mí el calor sí. Él tiene una voz que si hubiese que describirla crearías cuarenta o cincuenta sinestesias y unas veinticinco metáforas y no lo conseguirías.

Nos hemos encontrado en la uni. Llevaba un jersey gris y azul, cuello de pico, marrón. Dice: ¿Tomamos un café?, invito yo. Digo que de acuerdo y bajamos a las catacumbas esas horribles de la universidad. Nos sentamos en el bar, una cueva desventanada con mesas continuas compartidas. Le digo que el sábado se me olvidó preguntarle si conoce a algún albañil, que tengo que hacer un agujero entre los dos pisos para que entre y salga el gato naranja. Dice que en mi barrio no, que preguntará a Mercè. Pero, ¿Ricard no se hace cargo del gato?, me pregunta. Ricard no está siempre, digo. Y Arnau pregunta: Pero, ¿no vive allí?, ¿no duerme allí cada día? Empiezo a sentir claustrofobia y digo: Y yo qué sé, va y viene, llega tarde, no sé. . . Tengo una idea, dice, lo hacemos nosotros, el agujero, en plan la peli Cadena Perpetua, ¿sabes?, en plan Tim Robins cuando se escapa de la cárcel, vamos rascando la pared. Y él gesticulaba con las manos por encima de la mesa y yo he pensado Arnau, Occhi Miei, es el alma lo que tú me estás rascando, con un pico pequeñajo sutil, sutil, vas haciendo agujero. . . Y digo: ¿Qué dices? Y dice: Que sí, mujer, que no puede ser tan difícil, que solo es para el gato, no hay que quitar ni el zócalo. Digo: ¿En serio? Dice: Venga, que sí, el sábado nos ponemos a ello, tú compra el pico y ya verás.

Y he soñado, efectivamente, que Tim Robins, con un pico pequeño, venía a picarme el pecho e iba haciendo agujero y he soñado que me despertaba y que todo estaba lleno de mi sangre.

Me dijeron que los tíos murieron de viejos pero posiblemente se suicidasen. O el uno mató al otro justo antes de suicidarse. Porque he pensado que es muy curioso que muriesen a la vez. Y no creo que fuese en plan Romeo y Julieta, porque eran todos Capuletos, estos, y

sería un incesto que ni Shakespeare. Cosas de gemelos, supongo, y ya no tiene importancia. Pero aún no entiendo por qué no me morí con Ricard, tuve ganas de ello mucho tiempo, al menos durante un par de años, que recuerdo que repetí séptimo y todo, y suerte de la abuela. Tenía tantas ganas de desaparecer que ya habían pasado seis meses desde la explosión y todavía hacía ver que no había recuperado la audición del oído afectado y que aún me dolía la rodilla. Hice tal drama que las cosas de Ricard se escabulleron enseguida. La abuela no quería que yo tuviese nada que pudiese recordármelo. Y también me quedé sin ropa, porque la compartíamos toda y a la abuela le pareció un mal rollo y la regaló o no sé qué. Me escondí la chaqueta roja que ella le había hecho a él, para que no la regalase, y después un día me la vio y le dije: Deja que me la guarde, deja que me la guarde que es lo único que me queda de Ricard. Ella me miró, cruzando los brazos por delante del delantal, y dijo: Pero, ¿no te acuerdas de que la hice para ti? Y salió de mi habitación (que a mí no me parecía mi habitación, porque solo hacía un año que había ido a vivir a su casa y que yo no tenía casa porque la de mis padres era de alquiler y aquello ni lo sentía mi casa ni nada de nada). Agradecí que me mintiese, era su manera de decirme: Puedes quedártela, bonita, y haremos como si siempre hubiese sido tuya y ya está. No me guiñó el ojo, porque no sabía, lo que sí sabía era sacar la lengua haciendo un canuto, y yo no lo sabía hacer pero sí sabía guiñar el ojo. Y por las tardes, a la hora en que yo volvía de la escuela y atravesaba su patio minado de margaritas blancas, ella me esperaba en la cocina minúscula con el bocadillo de philadelphia preparado. Nos sentábamos y ella me miraba comer y me decía: No mastiques con la boca abierta, Raquel. Y después intentábamos enseñarnos mutuamente a guiñar el ojo y a sacar la lengua haciendo un canuto. Y mientras tanto, si yo aplastaba el dedo sobre el hule de cuadritos para recuperar migajas de pan que me pretendía llevar a la boca, la abueli me pegaba en la mano. Y después cogía una margarita del jarrón de cristal que ocupaba el centro exacto de la mesa y me la colocaba detrás de la oreja sana.

MARZO

Arnau apareció el miércoles a las cuatro y media en la puerta de la 2.3, en el edificio nuevo de la facultad. Me esperaba con el pelo desaliñado y sentado en el banco de madera que hay pegado a la pared, con la mochila en el suelo, entre las piernas, leyendo a Espriu: Ariadna en el laberinto grotesco. Cuando chirrió la puerta del aula, de donde yo salía de la primera clase de Écfrasis, levantó la cabeza y cerró el libro de un solo gesto. Yo pensé horror, hoy llevo este jersey anchote heredado del tío abuelo que me queda como el culo, y este moñito erizado y exiguo con pretensiones de cola de caballo que me deja cuatro pelos rebeldes volando sobre las orejas. Todo eso me dio tiempo a pensar entre la puerta de la 2.3 y el banquito. Arnau dio tres golpecitos al banco con su mano derecha, delgada y perfecta, y dijo: Siéntate. Y guiñó un ojo negro. Entonces se agachó encorvando su espalda de caballero errante y sacó la carpeta de la UM de la mochila (yo no había ni recogido la mía de conserjería, porque tenía la Torre Gram ahí dibujada y me parecía una polla con la punta tan poco redondeada que no me apetecía nada). Se puso la carpeta sobre los muslos y abrió las gomas con cuidado. Tiene manos de espuma. Sacó dos entradas para el Requiem de Mozart (en la Capilla del Puerto) y me las puso, haciendo una V, delante de las narices. ¿Cómo sabías que me encantaba el Requiem de Mozart? Dice: Intuición.

Así que ayer a mediodía me pasé alrededor de hora y media del vestidor al recibidor y del recibidor al vestidor y pensando ¿por qué coño no tengo un espejo en el vestidor? ¿Cómo se lo monta Ricard para vivir sin espejos? ¿Cómo me lo monto yo para mirarme una sola vez justo antes de salir de casa? Y eso el día que me miro. Total, que ayer, hora y media para escoger modelito para el concierto, y ni así. Tenía entendido que es un contexto bastante informal, sillas plegables y tal, la gente poco arreglada. No era eso. Solo pensaba que así no le gustaré, así no le gustaré, así tampoco le gustaré. No sé por qué tengo faldas, si no tengo con qué combinarlas, ni zapatos con los que queden bien. Bastante tengo con no saber andar con tacones, y ni hablar de maquillarme. Pensé que ahora que me sobra pasta, podría bajar sin problemas a la calle Alta y comprarme un modelito y unos zapatos con hebilla.

No tengo ni una amiga con la que ir de compras. Pensé que igual

Ricard me acompañaba, debía de hacer una horita que había vuelto de la ferretería. Yo ya había descartado ir a clase y me tomé la tarde para resolver el tema. El concierto era a las nueve y habíamos quedado al principio de la calle del Puerto a y media, porque al parecer se llena rápido. Me volví a vestir normal, guardé la escampada de ropa que tenía sobre la cama y salí al rellano.

Ricard ya tenía sobre la silla roja (único mueble del recibidor, pintado de verde pistacho) el pequeño pico que le había pedido que trajese de la ferretería, modelo Tim Robins. De hecho decidimos que al final solo uno, que si lo hacíamos con dos, uno por cada lado, igual no tomábamos bien las medidas y acabábamos por hacer dos agujeros. Ricard me recibió con el gato naranja en brazos. Volvíamos a llevar los dos las zapatillas de tres rayas y, encima, él también llevaba una camiseta de Taxi Driver. Hice el gesto de guardarme el pico en el bolsillo e hizo el gesto de asentimiento con la cabeza. Acaricié la cabeza del gato y lo dejó en el suelo.

Le dije tío, hoy tengo una cita con un chico que me encanta. Y dijo ya, con Arnau, ya me lo dijiste. No recordaba habérselo contado y me leyó el gesto en la cara y dijo sí, mujer, me lo comentaste hace un par de noches, que nos encontramos en la barra del Dark. Hostia, era verdad, el miércoles por la noche habíamos coincidido Ricard y yo en la barra del Dark, borrachos del todo, penoso. Si no me lo dice, ni habría recordado que yo había estado allí, es verdad, y él estaba con una tía pelirroja preciosa, y ahora que lo pienso, creo que compartimos el taxi. Me preocupó recordar que había estado bebiendo sola en la barra del Dark.

Da igual, lo que cuenta ahora, para no perder el hilo, es que Ricard, ayer al mediodía, más sociable que de costumbre, me dijo claro, mujer, claro que te acompaño de tiendas.

Fue al estilo Pretty Woman. Entrábamos a las tiendas de la calle Alta, a las más caras, y nos miraban de arriba abajo: los dos con las zapatillas mal atadas, vaqueros y camisetas de Taxi Driver (la suya de De Niro con la pipa (Are you talking to me?), la mía más sutil (modelo taxista normal)). No tienen ni puta idea de la cantidad de pasta que va linkada a mi tarjeta de crédito. Nos miraban con cara de estamos a punto de llamar a seguridad, piraos de aquí, pareja. Al final entramos en una tiendecita imperceptible, con una puerta modernista pequeña como la de mi vestidor. Abrimos la puerta, suena una campanilla, nos colamos dentro, cerramos la puerta, y aparece del fondo invisible, más allá de una curva, un chico delgado, de negro, descalzo por la moqueta, pelo cortísimo, con las manos juntas y una sonrisa que

desnudaba unos dientes de anuncio: Buenas tardes. Y yo arponeo a Ricard con la mirada, y Ricard callado como un cabrón en plan no, chata, te toca hablar a ti. Miro al chico y le digo: Tengo un concierto esta noche, y no es que sea en el Liceo, pero sí es con alguien muy especial. Me avizora y dice: Entre tú y yo, quieres estar espectacular. Me doy cuenta de que el tío tiene mucha pluma y me relajo y digo: Sí. Sonrío y clavo la vista en el suelo. Pasa, dice. E ignoramos la ropa aséptica de la entrada que me había hecho escoger aquella tienda. El pasillo es largo, vacío. Al fondo, después de una pequeña curva, se abre una sala inmensa, roja, en la que solo falta un cordón umbilical del cual columpiarse en plan liana. Al llegar me giro y veo que Ricard no nos ha seguido. Ahora recuerdo haber oído la campanilla hace justo unos segundos. Qué malnacido.

Salgo de la tienda al cabo de dos horas completas con cinco bolsas llenas de ropa que me marca la cinturita tan mona que tengo (palabras del vendedor) y con instrucciones de bajar a la calle Estrecha a buscar lencería fina. También me ha recomendado una zapatería.

A las ocho y media estoy en la salida del metro, habiendo pasado por casa y por casa de Ricard: le he enseñado las compras y ha dicho con una sonrisa que se había dado cuenta de que no lo necesitaba para nada.

Estoy allí, esperando a Arnau. El pelo ya me llega a los hombros, llevo una cintita roja que he comprado a última hora y que ahora encuentro ridícula y que de un estirón va a parar al bolso. Llevo dos gatitos de plata colgados en las orejas y un collarcito a juego con el perfil de un ratón. Lencería blanca, fina, sin bordados ni calados, lisa pero ribeteada en turquesa. Camiseta ceñida, azul turquesa, de tirantes de seda de color verde claro. Chaqueta del mismo verde, con los puños turquesa y los botones de nácar, marcando la formita del cuerpo. La falda nace en mi cadera, ciñéndola en turquesa, pero acaba bajando y abriéndose en pliegues que enseñan un alma verde. Todavía aprieta un poquito el frío, menos mal, porque el abrigo verde oscuro me camufla un poco. Llevo unos zapatitos de hebilla, del color del abrigo, y unas medias rojas que iban a juego con la cinta que llevaba en el pelo y que ahora combinan con el bolso, con el bolso no sé qué hostias hacer, nada me hace sentir más grotesca que haber traído un bolso que no tiene ni cómo coño colgármelo, por qué cojones lo habré comprado si estoy a punto de vaciar el contenido en los bolsillos del abrigo e ir a tirarlo a la primera papelera de la esquina cuando veo que Arnau ya sale del metro.

Me siento menos ridícula cuando veo que me trae flores, un ramo rojo muy pequeñín, y que va guapísimo.

Encontramos buen sitio. Me quito el abrigo y me dice: Uauuu. Antes del Requiem hacen el Stabat Mater de Pergolesi. El Requiem es brutal. Nos entremiramos al final del Dies Irae y Arnau me sonríe. Ya no nos remiramos pero Arnau me coge la mano cuando empieza el Rex Tremendae. Yo no me atrevo a hacer el gesto de estrechar un poco esa mano (yo no sé cómo una mano tan blanda puede hacerme tan suya) hasta la mitad del Confutatis. Tengo la tripa como una bola de blue-tack y los pies encogidos y cruzados bajo la silla. Lloro en el Lacrimosa, porque me encanta y me doy cuenta de que estoy oyendo mi réquiem en directo, la conciencia de la muerte, cuánta belleza, los Estopa y Roland Barthes, Wolfgang Amadeus Mozart y Ricard, y Ricard y yo. Disimulo, pero no cuela, y Arnau me acaricia una rodilla uno, dos, tres segundos, con la mano libre.

No tenemos demasiada hambre y tiramos hacia mi casa. Te acompaño, dice. Le digo que se le acabará el metro y me mira y suelta: ¿Y qué? Cuando entramos al portal hay alguien que sale y no necesito buscar las llaves. Entro la primera, me sigue Arnau, que se ha autoinvitado a tomar unas tostadas con queso y un vinito. Al cerrarse la puerta detrás de él, las luces se apagan y yo alargo la mano derecha para buscar el interruptor en la oscuridad del portal inmenso. A medio camino mi mano topa con su mano izquierda, que me la coge y me la lleva al hombro de su abrigo negro de Bogart, y allí la deja para venir a buscarme la cintura. Y con su mano derecha me tira el bolso y el ramo y me hace repetir la operación simétrica y todo está a oscuras y una lengua se acerca a limpiarme la mejilla.

Cuando me he despertado esta mañana Arnau estaba desnudo, sentado en el suelo delante de la pared que me separa de casa de Ricard, rascando su base con el pequeño pico, y con un café con leche al lado.

Un sueño. Estoy sentada en un banco de madera de la Gran Vía con un abrigo verde nuevo, aferrada al bolso rojo que no sé por qué hostias compré. Cuando me doy cuenta, tengo al lado a Arnau leyendo un libro de color yema. No lo conozco todavía, es Arnau pero en el sueño soy consciente de que no lo conozco, aún tengo que conocerlo. Yo estoy pelada de frío y él lleva las zapatillas verdes con rayas naranjas y la camiseta roja de Ricard. Va en manga corta y yo estoy pelada de frío. Lo miro descaradamente de arriba abajo, ¿es que no piensa hablarme? ¿No ve lo sola que estoy? Lee. Miro al frente apuntalando

la barbilla sobre un horizonte imaginario y lee. Cada vez que pasa una página hace un pequeño resoplido y cada resoplido es algo más ruidoso que el anterior. Cuando él resopla yo le espío de reojo. En una de esas miradas mías se gira él también a ojearme, de golpe, y cierra el libro. Y yo digo: ¿Qué?, ¿qué pasa?, ¿qué quieres que diga?, ¿no ves que todavía no nos conocemos de nada?, te toca a ti hablarme, ¿no?, ¡empieza tú! Entonces Arnau, que es tan dulce él y tan sensato, tan espabilado pero tan blandito, coge el libro que estaba leyendo y lo estampa contra el suelo y dice: Que sea la última vez que me haces llevar la ropa del Ricard de los cojones, y espabila, que te estás equivocando conmigo. Le digo: Entonces tú no vendrías a visitarme de vez en cuando, ¿verdad? Él dice: Sí que iría, Raquel, pues claro, pero tú no me quieres a mí, quieres a Arnau. Y se va. Y yo estoy a punto de decirle te olvidas del libro pero me quedo mirando al suelo y en lugar del libro veo un espejo despedazado que no he oído romperse. Y fragmento a fragmento me recompongo una imagen mía y no soy yo. No tengo ni bolso ni abrigo verde. Yo también hago de Ricard.

Cuando me he levantado he hecho dos cosas: he tirado las zapatillas que tengo idénticas a las de Ricard y he escrito un SMS a Arnau para decirle que le quiero, te quiero, Occhi Miei. Creo que él me lo ha dicho unas cinco o seis veces ya y yo siempre me he quedado muda.

Ricard y yo solo coincidimos a mediodía, cuando él vuelve de la ferretería, antes de que yo me vaya a la uni. Hoy cuando yo acababa de comer se me ha plantado en casa con fotografías pasadas a papel, 40x50, a ver qué me parecían. Le digo ¿así que te has montado el laboratorio fotográfico en la caseta del patio? Y dice ni hablar, he comprado la cámara y un ordenador potente, como dijiste tú, y me las imprimen aquí en la esquina, que lo hacen de coña. ¿Y la caseta del patio?, pregunto. Nada, vacía, ya veremos, algún uso le daremos.

Había muchas fotografías de pies, de zapatos. Anónimas. Y también unos zapatos que pendulan en los extremos de sus propios cordones, colgados de un cable que cruza nuestra calle a 20 metros de altura y que a mí me hacen mucha gracia. Hay algunas movidas, de pies que andan. Las mejores son las que siguen a los pies y es el suelo el que está movido. Hay una foto de los cuatro pies del gato naranja andando sobre la reja que separa el patio del patio de delante. También hay un autorretrato de las zapatillas verdes con franjas naranjas, las que son como las que yo tiré. He fruncido el ceño para preguntarle que cómo es que no hace fotos de las puertas, Ric, ¿por qué de pies? Porque si no tienes pies, Rac, ¿para qué quieres una puerta? Y me pregunta si

puede hacerme una foto con mis zapatos de hebilla, las que te compraste para ir a escuchar tu réquiem. Las busco en el vestidor y me las calzo. Y vamos a la tribuna y me siento en una mecedora y me hace una foto en picado de los pies subiendo y bajando.

Y pienso que la fotografía es como un teatro primitivo, la figuración de los pies inmóviles bajo los que vemos la muerte. Roland Barthes dixit, y yo me lo adapto.

La mecedora se para. El gato nos mira esperando que sigamos con la conversación o algo.

Ricard se cuelga el cordón de la cámara en el hombro rojo y dice ahora subo a casa de Mercè a hacerle una foto de los pies, ¿me acompañas? Raquel fija la vista en las plantas que hibernan a contraluz y dice ni se te ocurra, a Mercè ni tocarla, Mercè no te necesita para nada, no te metas en mi vida, Ric, haz tus propios amigos y deja en paz a los míos. Ricard vuelve al ataque, solo una foto, mujer, tampoco es para ponerse así, si es que me encantan sus zapatos. Raquel insiste, no quiero que te vea ni la sombra, Ric, tú para Mercè como si no existieses, ¿me oyes?, aquí cada uno a su órbita, chato.

Creo que lo ha entendido. Espero que lo haya entendido.

Cuando me toca Arnau es como si me tocase yo pero mucho mejor. Como si su cabeza fuese la mía pero sin estar yo, o como si yo entrase en su cabeza sin poder mandar del todo. ¡No! En realidad es como si él estuviese en mi cabeza, como si me leyese el pensamiento o, mejor dicho, como si me leyese los sentimientos, como si las puntas de sus dedos estuviesen conectadas a mis labios, pasando por mi cabeza (o quizás sin pasar) con esos hilos conectores como de alga terrestre, de los árboles de la peli Avatar. Las yemas de sus dedos reptan como una lengua húmeda por el cáliz y por la corola y despeinan con maña mi androceo para acabar conmigo en el centro neurálgico de un gineceo que tiembla.

La piel interior de mis antebrazos deslizándose

[hacia arriba por tu espalda

y tu barba incipiente lijando mis mejillas y tus

[yemas ingrávidas adentro,

adentro,

y afuera,

orbitando alrededor de mi centro de gravedad.

Hemos ido a cenar unos creps salados al Guillaume, y en las paredes había cuadros que se vendían y en la carta hay una nota que dice que, si quieres exponer tus cuadros o tus fotos, que lo puedes hacer. He pensado en Ricard y en la colección de fotos de pies de vivos que un día estarán muertos y he cogido una tarjeta del local para él. Al volver a casa, Arnau ha dicho: ¿Por qué no llamas un momento a casa de Ricard y le cuentas lo de la exposición de fotos? Le he dicho que mejor que no le molestásemos y que se lo explicaría yo mañana, que era demasiado tarde. Dice: Mujer, me hacía gracia que me lo presentaras. Digo que bien, que llame, pero que igual no está. Ya le he dicho que Ricard no es muy sociable, en la escalera solo habla conmigo, entra y sale al trabajo, entra y sale de noche. Se lo he dicho porque yo sabía que no abriría nadie.

Ya lo sé, ya sé que Platón me expulsaría.

Y ahora acaba de irse Arnau, y Ricard, por lo que veo, creo que saldrá un rato. Ahora diría que por las noches entra y sale siempre con la misma chica. Yo ya seguiré con el agujero para el gato mañana por la mañana.

He soñado con el accidente. Teníamos doce años. Lo que he soñado es, como siempre, que Ricard no se moría. No sé por qué tenía que morirse si iba a mi lado y yo no me morí. Y realmente, aquel día, no el sueño sino aquel día, por un momento me pareció que no se moría. Incluso por un momento me pareció verlo andando fuera del Citroën, alejándose. Pero había tanto humo y tanta gente de otros coches que debí de imaginármelo. Yo misma había comprobado antes de salir del coche que nuestros padres estaban muertos. Pero a Ricard ya no lo vi, después del impacto. Lo primero que hice al reaccionar y tomar consciencia de la situación fue mirar hacia la izquierda y Ricard ya no estaba, o me pareció que no estaba, pero, claro, yo estaba en estado de shock. Mi padre todavía tosió con la cabeza calva sobre el volante y la coleta medio deshecha antes de dejar caer los brazos muertos. Mi

madre estaba estampada contra el cristal, con medio cuerpo sobre el motor, ya destripado el capó verde, porque no llevaba cinturón. Del motor salían llamitas pequeñas y de su camiseta celeste también.

De repente se abrió mi puerta y una mano tiró de la manga de la sudadera gris como si tirase de la cera que te pegas para depilarte. Nos alejamos, él tirando y yo cojeando y con el brazo por delante, y nos tumbamos sobre las yerbas, más allá del margen de la carretera. Yo me quedé boca abajo y metía la cabeza entre los puños y con los puños agarraba la yerba seca y con la cabeza empujaba el suelo abajo, abajo, abajo, pero la tierra no me dejaba entrar. Las rodillas me fueron viniendo hacia el pecho y yo era una bolita que quería entrar en la tierra, ser parte de la tierra, que todos somos tierra y en tierra hemos de convertirnos, ni polvo ni hostias: tierra, que es donde tienen que dejarse las cenizas de los muertos. La mano del desconocido me acariciaba el pelo. Y lloré como no había llorado en la vida. Veía aún el rostro, el pecho, el vientre de mamá dándome la espalda sobre el motor en llamas. ¿Quién me borraría de la retina el vientre de mi madre en llamas? Quiero ser tierra, que se abra la tierra, la mano me acariciaba la cabeza y lancé un grito que cuando sueño a veces me despierta, un grito que es como el grito de una mujer que pare o como el grito de un mudo que se quema las palmas de las manos.

A veces el grito me despierta, pero otras veces el sueño se escapa hacia adelante. Mi sueño reproduce la realidad sin metáforas. Este sueño mío, el del accidente, ni Freud ni pollas.

Después de mi grito noto sobre la espalda el peso del hombre desconocido que me ha sacado del coche, que deja caer todo su peso sobre mí y me abraza con brazos y piernas como una hoja de col, envolviéndome entera. Sus manos envuelven mi cráneo, sus piernas me envuelven los flancos, su espalda recubre la mía. Se oye una explosión que nos ensordece y me queda el eco de un silbido en los oídos y me quedo sorda de un oído (y aquello duró días, semanas, meses). Me regiro bajo su cuerpo vestido de ropa suave y ya se está haciendo de día. Al girarme, sus manos se cuelan entre mi espalda y la tierra y me aprieta contra su cuerpo y mientras sollozo me llena de besos los párpados húmedos, las mejillas, la cabeza, para redimirse.

En el sueño solía ser mi padre, pero hoy era Ricard. No mi hermano, sino el vecino. Pero en realidad era un yupi de unos cuarenta años, quien me ayudó. Un tío que bajaba hacia el trabajo en su Mercedes y que con las prisas y la chulería hizo estamparse nuestro Citroën y me dejó huérfana. No se separó de mí hasta que llegó la ambulancia, cuando del coche ya salía más humo que llamas. El enfermero solo

tenía que ocuparse de mí porque el yupi estaba perfectamente, mis padres eran carbón y Ricard no aparecía. La doctora estaba emperrada en hacerme pruebas de audición y yo me obstinaba en preguntar por mi hermano. Pregunté por Ricard entre treinta y cuarenta veces, por lo menos. Y me decían: Pues debía de estar en el coche, bonita, lo sentimos, pero debía de estar con tus papás, todavía. Y yo: No, ya había salido. Y yo intentaba irme corriendo, porque, conociendo a Ricard, estaba segura de que era capaz de haberse puesto a andar después del choque, sin llorar ni nada, sin hablar ni nada, como un zombi, ir andando campo a través, cruzando caminos, pasando de todo. Yo intentaba salir corriendo y me retenían por la fuerza entre la médica y el conductor de la ambulancia, mientras el enfermero iba a buscar un chute de tranquilizante para dejarme idiota. No pude correr tras Ricard, a quien yo hacía ya a dos quilómetros, porque además de estar coja me tenían bien cogida.

Al llegar la abuela (y después de diez o quince minutos de abrazos y golpecitos en la espalda), la médica le dijo que pidiese hora lo antes posible para hacerme una audiometría. Y yo insistí a la abuela en que había que buscar a mi hermano, pero yo efectivamente ya estaba muy idiota, además de semisorda, allí sentada en el umbral de la puerta de detrás de la ambulancia, coja y con las piernecitas colgando. Ella no riñó al tipo del Mercedes, que estaba aferrado a mi mano y yo aferrada a la suya. Abueli, tenemos que ir a buscar a Ricard, se ha ido. El tipo dijo: Señora, yo no he visto a nadie salir del coche, diría que la niña se equivoca, está nerviosa, y el niño, lo siento, pero debía de estar dentro, y siento mucho no haberlo visto con tanto humo y no haberlo sacado del coche a él también. La abuela me miró como pidiendo permiso para decir lo que tenía que decir. Me percaté de que ella llevaba el pijama debajo del abrigo y de que tendría que hacerse cargo de mí a partir de entonces. Me percaté de que no se había lavado la cara antes de salir de casa. Y de que se hacía mayor. Pensé que seguro que Ricard se había caído detrás del asiento de papá y yo no lo había visto bien. De hecho no había oído su puerta ni nada. Seguro que yo, con los nervios, al no verlo bien sentado en su sitio, había entrado en pánico. Ricard no había salido del coche, y ya era ceniza, y la abuela me querría mucho. Bajé la mirada hasta las manos de la abuela, sobre mis rodillas. El yupi me apretó más la mano que me acariciaba. Y, evitando que hablase la abuela, dije: Ya lo sé, ya lo sé, no hablaré más de Ricard.

En el sueño, el yupi suele ser mi padre (pero con más pelo, y corto) y, cuando yo digo eso, desaparece a la vez que aparece Ricard en el horizonte, cruzando el fondo desenfocado de la pantalla que muestra el primer plano de la abuela. En el sueño de hoy el yupi era Ricard, mi

vecino, y no desaparecía; y mi hermano no pasaba por el horizonte.

Como Arnau cada vez viene más y como Ricard es copista de llaves, le he pedido (en cuanto ha dicho que le encantaba mi tortilla de manzana) que me clone la llave de mi piso para mi niño. Ha dicho que perfecto y que él fregaba los platos y, cambiando de tema, ha dicho que nos arriesgaríamos, que traerá otro pico pequeño para rascar la pared también desde su casa, que si tomamos bien las medidas no tienen porqué quedar dos agujeros. Quería que lo midiésemos contando pies, dice, como los dos tenemos las mismas zapatillas. . . Y recuerdo que yo ya las tiré y le digo pero ¿qué dices?, ¿tú todavía tienes aquellas zapatillas? Y lo he mirado tan extrañada que ha dicho que traerá una cinta métrica.

Hoy he estado pensando en si me cortaba el pelo. Ricard me ha comentado, mientras me daba un masaje en el cráneo en mi tribuna soleada, que su compañera le ha recomendado una peluquería, y ha dicho que parezco una niña y que eso le gusta, y me ha puesto frenético parecer una niña y me ha dicho que conocía una peluquería cerca del Tándem (el restaurante aquel de los cuadros de las bicicletas) que seguro que me gustaba. Ricard dice que irá hoy y he pensado acompañarle. Paso de parecer una niña. Hemos quedado para ir más tarde.

Cuando se ha ido me he quedado perdida acariciando el cuello del gato y pensando pero, ¿ha dicho mi compañera?, pero, ¿el friki este tiene novia?, ¿al rollito ese le llama compañera?

Martes por la tarde. Llego tarde a clase de Literaturas del yo. No me he cobrado el tiempo de leer El tiempo recobrado. No tiene gracia. A veces soy muy idiota. Cierro mi piso. Corro escaleras abajo. De dos en dos. Me pongo la chaqueta. Y a la vez me cuelgo la mochila. Y a la vez voy buscando los cascos del i-pod entre los bolígrafos, el móvil, el lápiz de memoria. El cable tiene nudos. Entre el cable y mis ojos, mechones de pelo. Ya estoy en el portal. Entra Mercè. Aguanto la puerta. La portera dice: Sácame la basura si quieres que te la baje yo. Después, después. Mercè arrastra los pies. La miro entrar. Caracol-col-col, saca los cuernos al sol. Me mira de soslayo. Venga que no tengo todo el día. Un beso con rebote entre los surcos blandos de su mejilla

derecha. Ella mueve la cabeza: Que vaya bien, guapa. Salgo sin acompañar la puerta. Oigo el patapam desde la esquina. Choco con Arnau que dice: Eeeeyyyyy. . .

Y el sol ha dejado de avanzar por un momento porque el eje de la Tierra ha hecho un clec invisible y solo me he dado cuenta yo pero la rotación de la Tierra ya no hacía la rotación desde que Arnau ha dicho eeeeyyyyy con esa voz de musgo de un verde vivo con luz propia, húmedo, con aroma a cueva y gusto de riachuelo, terciopelo, carbonara, seda, níspero, atardecer, almohadones, brie en tostada, brie con miel, sushi, hojas de bosque, crema, constelaciones, peces luna, calcetines con puntos de goma, algodones, algodón de azúcar, champiñones con ajo y cebolla, cristal mate, cueva de sal, ventana un pelín abierta, lluvia arenosa, flores pequeñas, olas de río estrecho, infusión de marihuana, lana en ovillo, ciruelas secas.

Ni veintisiete sinestesias pueden describir su voz. Bah.

Me he parado en seco y me he quedado estatua, como en un juego de niños, como una lagartija sobre una roca al sol. Yo no decía nada, porque sus ojos negros me estaban robando el juicio y la curvatura de su última pestaña, en espiral, me hacía la puñeta. Arnau sonreía y decía: ¿Qué, Quela, adónde vas, a la uni? Yo hacía que sí con la cabeza y él me decía: ¿Llegas tarde? Yo hacía que sí con la cabeza y él me ponía las manos en la cintura.

Ella bajó la mirada, él llevaba la mochila en la espalda y el abrigo de Bogart colgando de un brazo. Ante ella, un jersey azul oceánico con un cuello en V. Un dedo largo, suave, blandito, pero que no admitía réplica, le subía la barbilla y la obligaba a mirarlo. El mechón de pelo la protegía. La mano de él venía a buscarle la nuca y deslizaba desde la raíces hasta las puntas la goma que le retenía la coleta y se la guardaba en el bolsillo mientras la melena de ella, no muy larga, iba a buscarle las mejillas y los ojos. La mano de Arnau le apartaba de delante de los ojos todos los mechones de pelo que habían caído y su voz le decía: Eres preciosa. Y le daba un beso que tenía gusto de agua y tacto de espuma. Ni de coña me corto el pelo, pensó Raquel, no y no.

Además he recordado algo.

De pequeña veía tan guapo a Ricard que a los ocho años quise cortarme el pelo para parecerme a él y los papás no supieron pararme. La mamá me animó y todo. Entonces parecíamos dos Ricards; aunque éramos idénticos, él era una cucada y yo estaba horrible. No supe

nunca qué era más patético: haber querido parecerme a él, estar horrible o la intersección agriculce de ambas cosas.

Cuando ha venido Ricard a decirme venga, va, vamos a la peluquería, le he dicho que me lo he repensado, lo siento, ve tú. Y él ha dicho ah, pues yo también paso. Efectivamente parece una niña. No sé dónde ha metido su masculinidad.

Como Ricard llega ya cansado de hacer de copista cuando yo todavía tengo que ir a la uni y todo, de vez en cuando le espero con la comida hecha, le invito, y así nos ponemos al día. Tiene ya por costumbre fregar los platos él y así me devuelve un poco el favor. Nos explicamos cosas, pero sobre todo él a mí. Me apasiona lo que hace con las llaves: después que ese ruido imposible, al acabar de duplicar la llave, soplarle por si quedan virutas, acariciar las nuevas cordilleras como si fuese una talla en madera, toda una obra de arte (las palabras son suyas). También me explica que los fines de semana sale a hacer fotos por el barrio, por el metro y por el puerto. Ahora proyecta por fin exponer las fotos de pies en el Guillaume, y dice que está ilusionado. Pero sobre todo me explica cosas de esa princesa nueva que tiene por novia. Ya veo yo que no sale tanto por las noches a buscar pelea.

Con un espagueti colgando de los labios, a medio aspirar, me ha dicho que siente si ha hecho ruido muchos días al llegar tarde y me cuenta que necesitaba una fase de desfase. Mientras con la lengua se repasaba el tomate de los labios he sonreído un poco y me ha dicho ya sé qué estás pensando, Rac, que suena a contradicción, pero es eso, justo eso, te juro que es una fase de desfase, pero ahora ya me he centrado. Y dice he estado follando a diestro y siniestro porque, aunque no te lo creas (baja la vista mientras enrolla los últimos espaguetis), yo nunca había estado antes con una mujer, me he portado bien toda la vida. Y yo deseo chupar el plato pero no me atrevo y solo digo que qué mierdas portarse bien, Ric, eso no es ser bueno, eso es ser idiota. Y dice ya, sí, claro que sí, tienes razón, pero, ¿qué quieres? ¿Y tu princesa pelirroja?, ¿qué?, ¿has sentado la cabeza? Creo que sí, dice, no sé si estoy tan enamorado como tú lo estás de Arnau, la verdad, porque a ti se te ve colada, colgadísima, pero es como una necesidad física, ¿entiendes? Pues claro que lo entiendo, Ricard, pues claro que lo entiendo. Yo no sabía que el cuerpo de una mujer era. . . eso, Rac, lo que es. ¿Y qué es? Ya sabes lo que quiero decir, mujer, no me obligues a decirlo. Ricard ha dicho eso y se ha camuflado detrás del vaso rayado. Le he mirado los pies recordando las zapatillas verdes con franjas naranjas y cordones rojos e iba descalzo. Les hacemos una

foto y están muertos.

¿Tú cómo llevas el agujero para el gato, del lado de allá?, le digo para cambiar de tema. Y él pregunta ¿estás segura de que lo necesita? Hombre, Ric, eso me lo dirás tú, que lo ves más, ¿no? Pues, mujer, está bien que tenga más espacio, supongo, y creo que ver la calle, coches, gente, desde tu tribuna, y comerse alguna flor. . . que allí solo hay hojas verdes y carnosas. . . igual le mola. ¿Y cómo está?, hace tiempo que no lo veo. Muy bien, me dice, porqué a Natàlia le encanta y le deja dormir con ella. Entonces pienso en Arnau, Arnau Mes Yeux, y en dormir con él, que nunca puedo.

El papá no, pero la mamá. . . Si no hubiese explotado una vez socarrada, o si hubiesen podido recoger los pedacitos torrados y coserlos, si una masa de carne picada con forma de mamá recosida y a la brasa hubiese sobrevivido y hubiese visto que Ricard no estaba. . . La mamá socarrada, hecha trocitos de carne recosida, diciendo: Habría preferido que sobreviviese él.

Ella que, como la señora Bovary, había dado a luz un domingo al alba. . .

«—¡Es una niña! —dijo Charles.

»Emma giró la cabeza y se desmayó.»

Que se joda, la mamá, ceniza mezclada con cenizas de Citroën mezclada con la tierra de veinte macetas de margaritas del patio de la abuela. Jódete, me recogió la abueli. A la abueli le daba igual que yo fuese yo y me compró ropa nueva, imbécil, ropa nueva, rosa, con volantes, y tú te moriste.

Después de llamar a la puerta de Ricard, han llamado a la mía. Y no eran horas, la verdad, y Arnau tiene llave, pero he ido porque aún estaba leyendo, porque me he enganchado a releer Nabokov. He abierto la mirilla, ñec, y ella me ha dicho con poco volumen y mucho aliento (aliento de albaricoque): Hola, soy yo. Yo le he dicho: Me parece que te has equivocado de puerta, ¿eh?, Ricard vive aquí al lado. La mirilla es lo bastante grande como para que ella viese mi dedo apuntando a la otra puerta. Y me ha dicho, guiñando un ojo: Ya, pero es que no estás aquí al lado, estás aquí, y llamo aquí, venga va, vamos a tu casa. Y ha sacudido la cabeza hacia su izquierda.

Suerte que a ella no le ha hecho copia de las llaves.

He abierto la puerta mirando al techo y me ha repasado de arriba abajo y, claro, ya ha visto que no era él. Me ha repasado la cinta roja del pelo, la camiseta de gatitos del pijama, el pantalón rosa con puntitos blancos, las chancletas amarillas. Pero he pensado pues si no le gusta que no mire. Ella ha dicho: Perdona, que me parece que me he equivocado, ¿verdad?

Ha sonreído sin decir nada y ha empezado el descenso por las escaleras. Antes de la curva ha girado la cabeza despeinada, pelirroja, almohadillada, y ha dicho: Buenas noches, ¿eh?

Perdona, Natàlia, aliento de albaricoque.

He soñado que estrangulaba a Ricard.

He soñado que el pico modelo Tim Robins era inmenso y que yo destrozaba la pared que separa los dos pisos y cojeaba sobre la montaña de escombros y entraba en el otro piso en plan ama y señora. Me metía en la habitación de Ricard, y la Natàlia de los cojones dormía abrazada a mi gato, los tres enredados en unas sábanas amarillo limón, con una colcha amarillo limón sobre una cama amarillo limón con un cabezal amarillo limón y a juego con la cómoda pintada de amarillo limón rellena aún del papeleo de la tía vuela y de las cartas ácidas que le prohibí tocar. Destapaba a Ricard y le obligaba a salir de la cama a estirones. Yo lanzaba, contra la pared color hoja de roble seco, su cuerpo desnudo, firme y perfecto. Y lo estrangulaba contra la pared y le exprimía el cojín amarillo limón sobre los ojos. Él me dejaba hacer. Ella dormía como un lirón. Yo golpeaba la cabeza de Ricard contra la pared y lo estrangulaba.

Me parece que me da rabia haber alquilado el otro piso, echo de menos el patio y el sol de tarde, las plantas carnosas, el gato, el ruido de la escuela. E ir con Arnau al patio. Sobre todo es por Arnau.

Quizás le pida a Ricard que se vaya.

Lo enterraré en el patio entre las plantas carnosas. «La carne, carne quiere.» Je, je.

Habíamos quedado en el andén del metro, donde yo lo esperaba con

los cascos puestos escuchando Els nens eutròfics. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta, pero todo pegadito al cuerpo. La camiseta es una negra que reproduce el cartel de Some like it hot. Para reforzar la idea, me había vuelto a poner la cintita roja en la cabeza. Estaba allí sentada marcando el compás con una bota sobre el suelo. La bota era de lona fucsia con el cordón blanco sucio. La otra la tenía sobre la rodilla contraria y era azul. Combinaban con la cintita roja como el café y la sal. En la frase en que dice que derriban las paredes para hacer tumbas, en la primera canción, ya vi que fallaba algo, pero con el ruido del metro que llegaba, no lo pillé del todo.

Arnau bajó del metro con una camiseta de los Monty Phyton y me miró así como mira él, con esos occhi miei. A mí Arnau me gusta porque me mira, me besa y me coge la mano como una niña de quince pero me habla, me agarra y me folla como un hombre de cuarenta. Como me mira Arnau no mira Natàlia a Ricard, es más dura ella, con esos ojos verdes. Le pregunté a Arnau si tenía unos auriculares, para probar si era el auricular o el reproductor, lo que fallaba. Se probó mis cascos un momento y me dijo que estaba seguro de que era el reproductor pero aún así me dejó sus cascos, que estaban enrollados en el bolsillo de su pantalón. Se sentó a mi lado e intentamos conectarlos a mi MP3. Él decía que ahora se oía bien, pero yo decía que no. Debía de fallar la conexión, el sonido iba y venía. Cada uno se guardó su cable en su bolsillo y cogimos la línea lila hacia el Cinemim.

Una vez en el metro, cogidos a una barra, Arnau dijo: Te queda muy bien esa cinta roja. Y yo iba pensando qué haría si Natàlia venía preguntando por Ricard. Arnau señaló al Jack Lemmon de mi camiseta, me guiñó un ojo y me dijo: Nadie es perfecto.

He puesto dos clavitos en la pared del fondo, y entre el uno y el otro tiendo cada noche una toalla húmeda. La toalla humedece la pared y por la mañana está blanda y la pico mejor.

De momento paso cada día al otro piso a poner comida al gato.

Creía que ya no contaba con la bendición de la señora Mercè. Desde que voy (a la cama) con su niño y desde que él tiene un solo llavero (de Garfield) para las llaves de casa de ella y de mi casa, casi no la he visto y si la he visto me bufa o me rehúye con la cola erizada. Eso me recuerda a cuando me puse a trabajar de jardinera y la abueli torcía el

morro y me decía: Tu madre no habría estado contenta, de que no hubieses estudiado algo de provecho, tú no vas por buen camino, y después la culpa será mía, y no quiero que dejes de estudiar para cuidarme a mí. Yo no contestaba. A parte de que plantar, regar y podar me llenaba de silencio las horas más estridentes, era yo quien quería que me cuidasen, y ella eso lo hacía de maravilla.

Hoy Mercè ha bajado con una coca de escalibada para chuparse los dedos. No ha dicho ni una palabra. Me he quedado plantada en mi umbral, la bandejita en la mano, los pies juntos, y mi gracias sobrevolando el rellano en un bocadillo de esos de cómic. Cuando he querido decir pase, pase, ella ya estaba de espaldas a mí, arrastrando sus pies por el mármol blanco hacia las portezuelas del ascensor, que había dejado abiertas.

Le he llevado un trozo a Ricard y nos lo hemos comido juntos en su patio. El gato ha agradecido algunas migas. En cuanto me he levantado y he dejado a Ricard, me he dado cuenta de que cojeaba. Mientras avanzaba por el pasillo, Ricard, desde el patio, me ha gritado cuídate esa pierna y ve a hacerte una audiometría, Rac, que estás un poco sorda.

Después, poco antes de comer, me he tomado un zumo de tomate en la tribuna y he telefoneado a Arnau. Se me calienta la oreja con el móvil, se me va tensando el brazo, y no puedo cambiar de lado porque no oigo bien. Me ha explicado que el otro día en la tribuna de Mercè se desarrolló un interrogatorio que acabó con un: Si tú eres feliz, yo contenta. Pásame la regadera, hijo.

Al final he cogido el teléfono de Ricard, que no deja de sonar. Si la gatera ya estuviese acabada y fuese bien grande, pasaría directamente, a cuatro patas. Pero no hay manera, es un muro incorregible. In-co-rre-gi-ble. Y encima estoy coja, sobre todo por mi casa.

La llamada era de la ferretería. Les he dicho que está enfermo y que ya no volverá.

De vuelta por el pasillo he visto dentro de uno de los marcos falsos pintados en blanco sobre la pared negra un cuadro en blanco y negro que reproduce un ojo con calidad fotográfica y con unas pestañas con una curvatura que da vértigo.

ABRIL

No se puede morir escribiendo. Podría darse que un ataque al corazón te pillara escribiendo, pero sería casualidad. O no sé, puedes escribir algo que te toque tanto que te mueras escribiendo por el hecho de estar escribiendo. También puedes morirte de sueño de tanto escribir o que de tanto escribir te entren ganas de suicidarte.

Molière, muerto en combate, interpretando El enfermo imaginario. Claro que el ataque de tos era provocado por una tuberculosis que no estaba en el texto, pero es tan poético. Realidad y ficción. Cuando se tocan es como ponerse los dedos entre las piernas.

Hoy es el primer domingo de abril y esta mañana Arnau ha propuesto aprovechar que en el Museo Nacional la entrada era gratuita. Hemos cogido el funicular, que te deja a una distancia de un jardín y dos curvas sinuosas del museo. El jardín es un laberinto pero no es laberíntico. Arnau me ha cogido de la mano: Dame la mano, Quela. Cuando nos damos las manos, me gusta que la suya haga de hoja de col que envuelve la mía, que se desliza dentro de la suya como un feto, sin líquidos, en una sequedad aterciopelada.

Lo siento por Ricard, que está enfermo y nadie le cuida, pero es que yo tengo que hacer mi vida. Y hoy no me dolía la pierna y andaba de maravilla.

Hoy ya me he podido hacer una cola como toca, con la misma cinta roja. Arnau ha dicho: Qué bien que te queda, se te ve la curva de la cara. Y me lo ha dicho mientras el funicular subía, de pie los dos delante del cristal frontal, pasándome el dorso de los dedos por debajo de la curva en cuestión, allí donde todavía es más cuello que mejilla y más papada que mentón. Y unas cien mil enervaciones, como de hoja de hiedra joven, me han bajado del cuello hasta las rodillas pasando por la matriz, que se ha contraído. Y he bajado la frente, que, con una sacudida del funicular, ha ido a chocar contra su pecho.

El edificio del Museo Nacional no puede ser más feo. Bueno, vale, la Torre Gram es más fea, es verdad. Da igual, quería hablar de Marià Fortuny.

Me han encantado sus cuadros. Tenía una idea difusa de ellos pero

hoy me han impactado. Que se muriese tan joven debió de cambiar la historia de la pintura. Treinta y seis años y medio. Es que me ha impactado tanto cómo murió que he llegado a casa y lo he buscado en la Wikipedia: treinta y seis años y medio, como si yo me muriese de aquí a pocos años. Pero que podría haber sido el precursor de cambios que acabó haciendo algún otro me lo ha dicho Arnau. Y me ha dicho que dice la leyenda que murió intoxicado, lentamente autointoxicado, porque chupaba la punta de los pinceles para afinar la pincelada.

Ahora ya sé por qué Ricard está tan enfermo y ya sé cómo hizo las pestañas del ojo que pintó. Como no tiene espejos no se ve la mala cara que tiene. En la ferretería ya lo han sustituido y en el Guillaume le han dicho que pasan delante a una pintora, que ya les llamará él cuando quiera.

Me he cruzado a Natàlia por la Gran Vía y me he cambiado de acera. Y con el cambio, casualmente, he topado con una tienda donde he encontrado unos auriculares nuevos. Pero nada, lo que falla es el reproductor.

Y una mierda.

Vuelvo a estar medio sorda, ya lo sé.

Y una mierda, una audiometría, a cagar. Ya me la hicieron a los doce años y: No hay de qué preocuparse, señora, la niña está bien, es cuestión de aquí. Y el muy imbécil se señaló el puto cráneo podrido. Y dice: Y vaya al traumatólogo que la cojera también habría que estudiarla. Si no hubiese sabido que me ganaba un capón de la abueli y si no hubiese tenido la boca a la altura del esternón del médico, le habría escupido a la cara.

Al llegar a casa he buscado la cintita roja y la he quemado en la pila de la cocina.

Llovía. Llovía en serio. Hacía mucho que no la veía y de hecho ella ha hecho como si no me viese aprovechando que cerraba el paraguas, pero la he pillado delante del ascensor y no ha podido seguir disimulando. Llevaba un poncho verde pistacho sobre un vestido color de tortilla cruda y de patatas fritas onduladas. Zapatitos rojos con hebilla. Intentaba abrir las puertas del ascensor a golpes de paraguas y bajo el mismo brazo llevaba una barra de pan envuelta en papel de

seda. Colgando de la otra mano, una bolsa de plástico rellena de ovillos de lana roja.

Raquel: Buenos días. Ya abro yo, Mercè, tú pasa.

Mercè: Yo paso. Gracias. Me siento, ¿eh? (en plan aristócrata entrenada) Me siento yo.

Raquel: Sí, mujer, si cabemos las dos. Dame, que te cojo eso.

Mercè (aristócrata modo déspota, apuntándome con el paraguas negro, que chorreaba nubes condensadas): Tú no te sientas, tú no, fuera de aquí, tú de pie.

Raquel (en plan enfermera): Okey, tranquila, no me siento, ¿quieres que espere al próximo ascensor o puedo subir contigo?

Mercè (con morritos): Tú misma.

Raquel: La coca de escalibada, Mercè, para chuparse los dedos, ¿eh? Gracias.

Mercè: Calla, calla. Va, para arriba, dale al botón.

Raquel: Te acompaño al quinto y te ayudo con las puertas, ¿vale?

Silencio.

Mercè: No bendigo lo que hacéis tú y el niño, y no me hagas la pelota. Va, el botón, venga, para arriba.

Raquel: Para arriba.

Sacudida del ascensor.

Mercè: No mires la bolsa, niña, que es una sorpresa.

Y se ha abrazado al rebujo de ovillos rojos como una niña a quien quieren robarle su mejor muñeca.

Mi hermano no pintaba a pincel pero con lápiz sí. Chupaba los lápices para hacerse tatuajes de V, aquella serie de la tele en la que los alienígenas adoptaban una apariencia humana y se arrancaban la piel humana a tiras y debajo tenían piel de reptil. Lo que hacía Ricard de pequeño era elegir una zona del cuerpo, como por ejemplo el dorso de

la mano o el antebrazo (o en verano el muslo), y dibujarse allí el relieve verde y marrón de la piel de reptil, como si se hubiese arrancado la piel humana. Pero tenía que hacerlo con lápiz, claro, porque en el cole no podíamos usar rotuladores (los rotuladores los teníamos en casa) y porque donde más molaba pintarse de reptil era en el cole, que era donde podías chulearte. Consiguió que se pusiese de moda tatuarse piel de reptil con lápices de colores: verde y marrón, y también amarillo para darle textura. Y había que chupar la punta del lápiz para que la mina se fuese deshaciendo sobre la piel, porque seca no escribía más que sobre los papeles y sobre las paredes.

Con la misma técnica Ricard me pintaba los labios. Me decía haz así, Rac. Y yo, imitándolo, abría la boca y estiraba los labios; él chupaba la punta del lápiz, y me pintaba los labios de rojo a juego con la cintita que llevaba en el pelo y que todavía no me daba vergüenza llevar. Nos estábamos un rato. Y yo tenía la cara de Ricard, tan idéntica a la mía, a un palmo de la nariz, y sabía que no lo entendería nunca, a mi hermano. Y una vez también me hizo una raya negra en los ojos, con lápiz negro y saliva. Se emperró él pero me riñeron a mí, las maestras, porque decían que eso era peligroso.

No le dio tiempo a morirse intoxicado chupando puntas de colores y haciéndonos tatuajes.

No he sabido maquillarme nunca.

Estoy besando los labios rojos de Arnau en la esquina de la Ronda con la calle Estrecha, donde se funde con otra calle que viene de la plaza Redonda y que gotea coches de salida. Son como dos trompas o como dos cojones sacando sus huevos, salpicando. Ambas calles mueren en la Ronda en el mismo punto y son de sentidos contrarios. Cuando tengo que cruzar nunca acabo de saber de dónde vendrán los coches.

Estoy besando los labios rojos de Arnau en esa esquina y veo a Natàlia, que pasa, naranja, desenfocada y pequeña, caminando por el horizonte de su hombro. Él lleva una chaqueta de lana negra con trenzados grises y tiene una cremallera cerrada y la cosita esa de subirla y bajarla, la pieza metálica esa, esta descolocada. Es una chaqueta de punto gordo donde la cremallera no se ve porque queda arropada entre dos tiras de lana negra y carnosa. Pero el tirador sobresale entre los labios esos y me entretengo en meterlo para adentro, en guardarlo, en esconderlo, en evitarlo, en cerrarlo, mientras Arnau va repitiendo: Me lo he pasado muy bien esta tarde.

Yo digo: Yo también. Y es que es verdad que, si la palabra comunión tiene algún significado en mi lengua de atea, tiene que ser follar con Arnau, chupar a Arnau, acariciar a Arnau, ser de Arnau, dejarme hacer por Arnau, cerrar los ojos y oler a Arnau y comulgar con cada envestida de Arnau. Pero es que no sé cómo le diré que tengo un problema con Ricard. Por eso le escondo el tirador de la cremallera mientras repite: Me lo he pasado muy bien esta tarde.

Ricard ya no puede cuidar de él y el gato naranja ha aparecido en mi casa (arrastrando entre los dientes, todo ensalivado, uno de los cordones rojos y anchos de las zapatillas aquellas) y le estoy buscando un nombre. He quitado la toalla húmeda de la pared del fondo, ahora no sé si debería insistir con el pico y seguir con la gatera.

Las plantas carnosas del patio no hay manera de que se sequen del todo. Siempre llueve un día u otro.

He estado dándole vueltas a la palabra naranja (que se dice taronja en la lengua de la abueli) y he pensado en ponerle Tara. ¿O Tàron? Ahora no sé si es gato o gata. Pero Tara suena a defecto y a Lo que el viento se llevó.

Lavaré el cordón porque quemé mi cintita del pelo.

Sueño que estoy desnuda con Ricard desnudo en su casa, en la habitación en la que pinta, y que hay un borrador de un retrato de Natàlia pintado en la pared, con los labios como si estuviera dejando escapar el aliento. Un borrador, sin embargo, no evoca perfume de albaricoque. Llega a ser más narración que icono, pero eso es todo.

Sueño que entra mamá y la miro y pienso ¡oh!, ¡por fin!, ¡mamá! Después pienso mierda, mamá, y yo en pelotas. Mamá va vestida como el día del accidente, pantalón negro y camiseta celeste, y me mira después de más de veinte años de no verme y no me sonríe. Mamá mira a Ricard y se le acerca y le acaricia la mejilla y me pregunta sin mirarme si es mi novio. Ricard no me deja responder y le dice no, mi novia es esta. Y señala con el dedo el borrador de Natàlia que hay en la pared, sin mirarla. Mamá y Ricard no miran nada porque se miran entre ellos.

Yo podría irme o podría morirme y no se enterarían.

Estábamos a punto de cumplir diez años y a mi hermano le quedaban dos y pico de vida. Pero como no sabía que era su antepenúltimo regalo de cumpleaños, no le dejé apuntarse a la búsqueda, aquello siempre había sido cosa mía. Me gustaba hacerlo sola, conseguir una información privilegiada, estar en posición de ventaja durante un par de días, aunque solo lo supiese yo. Lo abandonaba ante la tele y le decía que iba a mear. Él decía las niñas siempre estáis meando y seguía mirando la tele como un bobo. Me adentraba en el pasillo y abría armarios y cajones, removía la ropa, apartaba enciclopedias, ollas exprés y tablas de planchar. Cuando encontraba los regalos envueltos los palpaba, calculaba su peso, los giraba, los sacudía y los escuchaba. Y me hacía la idea, a menudo poco acertada, a menudo exacta, de lo que recibiríamos al cabo de dos o tres días.

Aquel día hacían D'Artacan («uno para todos y todos para uno»), así que lo tenía chupado. Voy a mear, las niñas siempre estáis meando. El armario del pasillo, los armarios de la cocina, los cajones de las sábanas, el de las toallas, detrás de los abrigos, el armario de los papás, con cuidado de no dejar huellas en el espejo, detrás de las camisas, una escalera para subir al altillo del armario, detrás de las mantas y de la ropa de esquí. Muy frío. Aquel año debía de ser un regalo pequeño. Cajón de los jerseys, frío, cajón de los pantalones, tibio, cajón de los calcetines, caliente, cajón de la ropa interior. Muy caliente. Cajoncitos. Más caliente. Mesillas de noche. Me estoy quemando. Voilà.

Envuelto en papel azul con rayas doradas, tamaño de libro gordo, pero muy ligero. Al sacudirlo, cosas pequeñas se mueven en su interior. Toc-toc, madera. Tiene un asa. Ya sé qué es y supongo que es para los dos pero está comprado pensando en Ricard. Quiero guardarlo exactamente como estaba cuando veo debajo una revista de pintura. Impresionismo. Van Gogh. Se había cortado una oreja y me interesaba el personaje. Quiero hojearla y dejo el regalo en la cama y cojo la revista. Me interesa la pintura, aunque no tanto como al niño, y pinto en el patio cuando hace buen día y mamá guarda mis cuadros durante unos meses. Miro la revista del desorejado del derecho y del revés. Haré como que la encuentro en cuanto nos den el regalo y la pediré prestada, porque ahora hay que guardarla exactamente tal y como la he encontrado. En cuanto vuelvo la vista al cajón para volver a meterla, veo otra revista. Una vulva brillante, mojada, abierta, entre dos dedos de mujer con las uñas rojas. Unos pechos inmensos, una boca húmeda, una lengua limpia, unas pestañas pesantes. Guardo la revista de Van Gogh encima. Guardo el maletín de pintor infantil

envuelto en papel azul con rayas doradas, cierro el cajón de la mesilla de noche y me voy con Ricard a ver D'Artacan («corriendo gran peligro»).

El óleo en que resbalo cuando creo que resbalo

es el óleo que impregnaba el azul con que pintaba

el monstruo de las galletas

sobre un lienzo

justo antes de secarse y poco antes de guardarlo

poco antes de que ella lo tirase.

Al resbalar mi mano en la tuya,

la miro y es de óleo azul,

y al resbalar toda yo vida abajo,

me observo y soy de óleo azul.

Pincel paleta de pintor lienzo blanco bastidor

[y caballete.

Pintar en blanco.

Mácula en mudo.

Plato hueco tenedor de juguete cuchillo

[que esquinza el lienzo

ante un pecho mustio de mirar y no manar.

Pintar con leche.

Mácula en sangre.

Pintar un monstruo rojo y blanco y no avisar.

(Como poeta doy asco pero yo de pequeña pintaba al óleo y pintaba bien. Yo también pintaba bien. Yo también. Raquel pinta bien. Raquel pinta bien.)

Es verdad.

Es la realidad.

No me lo invento.

Yo no estaba. Ella me había dicho: no seas tonta, yo te doy el dinero y te vas. Los del grupo internacionalista del casal habían organizado un viaje al Nepal y ella estaba ingresada en el hospital de Vilavella. Y yo no dije: No, abueli, me quedo, me necesitas aquí. Le tomé la palabra. Y el dinero. Ella dijo que estaba segura de que le darían el alta en un par de días y de que la llevarían a casa en ambulancia, que no lo dudase. Oportunidades como esta, Raquel, se presentan una vez en la vida, ya nos veremos en casa cuando vuelvas, que estaré hecha una rosa.

No entendí que una abueli solo se te muere una vez en la vida ni que Nepal no desaparece del mapa de un día para otro. Ella lo sabía, que no me vería más. Lo he entendido no hace mucho, que no murió pensando mi nieta ¿dónde está?, ¿dónde está?, ¿por qué me estoy muriendo sola? Se murió feliz de haberme ahorrado el trago, riéndose por lo bajini. Me he perdonado hace poco, diez años más tarde. O quizás todavía no.

Al volver de mi viaje ella llevaba diez horas muerta y la tenían en el depósito. Alguien me dio una nota suya:

Raquel, bonita, déjame en el patio con las margaritas y sé feliz. Te esperamos en el cielo. No tengas prisa.

La incineré yo sola, con veinte años, llorándola y llorando a mis padres y a Ricard, que aún no los había llorado. Agarrando una carta

de sus primos gemelos de Mim, que ya estaban demasiado mayores y que habían escrito excusando su ausencia. También enviaron una corona de margaritas:

Descansa en paz, Teresa, tus primos no te olvidan.

No me dejaron quemar la carta con ella. Ni tampoco me permitieron meter en el ataúd aquella foto de nosotros cuatro (happy family) que acabé quemando al día siguiente (suerte de la fotocopia que ella ya había enviado a su primo de Mim), y que ella misma había salvado de la primera quema, el día aquel tan lejano en que me había dado el ataque aquel de querer quemarlo todo «frente al pelotón de fusilamiento», porque mi padre ya no estaba y no me lo había podido montar sola para ir «a conocer el hielo».

Repartí a la abueli en veinte partes iguales por las veinte macetas de las margaritas del patio, mezclada con lo que todavía quedase de los papás por allí.

Con la carta que enviaban a la difunta, mis tíos abuelos enviaron una nota breve para mí:

Ahora somos todo lo que te queda, hija, ya sabes dónde estamos, si alguna vez necesitas algo.

Y ya no tuve noticias hasta hace un año, que se murieron. Y aún peor, ellos no tuvieron noticias mías, porque yo no supe leer que en realidad ponía: Ahora eres todo lo que nos queda, ya sabes dónde estamos, si alguna vez nos quieres visitar.

Me he tirado el pelo para atrás y me lo he sujetado con el cordón rojo que trajo Tàron entre babas y que fregué a conciencia. Me he quitado el pijama y me he metido en unos vaqueros, una blusa lila y una rebeca celeste con botones amarillos y bordados blancos. He subido descalza y por las escaleras, cojeando un poco, haciendo equilibrios con la bandejita de las pocas pastas caseras que no se me quemaron.

Una visita formal sin avisar, porque si aviso no me abre la puerta.

No me he atrevido a llevarle la foto. La fotocopia, quiero decir.

Me ha recibido con gafas de pasta naranja y con el batín lila de rombos, apuntándome con las agujas de dos palmos, de donde colgaban lanas rojas que transitaban el suelo del pasillo hasta, supongo, su butaca de terciopelo color yema.

Me ha cerrado la puerta en los morros de un golpe seco y ha vuelto al cabo de tres minutos, sin gafas, sin pinchos, sonriente: Huy, hola, bonita, ¿cómo estás? ¿Vienes de visita? Ay, pero si llevas unas pastitas, ¿por qué te has tomado tanta molestia? Pasa, pasa, no te quedes ahí plantada, mujer, pasa, que hago un café.

He entrado con las galletas vacilando.

Lo he comprobado y sigue vacío, el portafotos de plata sobre la tele vestida de blanco.

En el Citroën verde papá pone la mano en el muslo desnudo de mamá, mamá me mira por el retrovisor y ve que no soy mi hermano. Tengo ocho años y me rasco las costuras de los vaqueros. Cuando él cambia de marcha, ella se estira el mapa sobre los muslos, como prolongación de unos shorts azules insólitos. La mano de papá topa con el mapa, concretamente con la frontera, y se retira hacia el volante. Abre la ventana y saca el codo izquierdo contra el viento. El codo de papá tiene durezas y yo a menudo me duermo acariciándolas y él nunca canta ni explica historias porque él se explica mejor con fotogramas mudos y tal.

Justo antes de señalarse los ojos para pedirle a mamá las gafas de sol, papá me mira por el retrovisor y sabe que soy yo y envía una sonrisa. Mamá le dice: No, están en la bolsa de atrás. Y él me hace un gesto a través del espejo, señalándose otra vez los ojos deslumbrados. Registro el bolso gris de mamá y busco las gafas del mudo, porque me las ha pedido él.

Mamá me dice: Raquel, chata, ya que estás, búscame las mías también, ¿quieres?

Raquel dice: Que las busque Ricard, las tuyas, que siempre lo hago todo yo.

Mamá: Venga, Raquel, no me hagas hablar más.

Raquel: Que te las busque él. Ten, papá, las gafas, te las abro.

Mamá: Pásame el bolso, hija, y deja en paz a Ricard, va.

Paso el bolso a mamá y me quito el cinturón. Guardo el cráneo y el ruido de la cabeza sobre el regazo de Ric, Ric me acaricia el pelo corto y me dice estás guapa, Rac, estás guapa. Entonces se quita la chaqueta y me dice ten, que te dejo mi chaqueta roja.

Desde allí tumbada, mientras me pongo la chaqueta de Ricard, digo: Mamá, ¿me dejas mirar el mapa, por favor?

Papá la mira y sin hablar le dice déjaselo, mujer, que yo ya sé dónde estamos.

Yo insisto: Va, venga, déjamelo.

Mamá dice: Lo tengo yo, ahora.

Y Raquel: Venga, por favor, si es un segundo.

Mamá dice: Que no, que no me oriento, Raquel, y tú lo arrugarás.

Berthe Bovary estira los bracitos hacia su madre.

Emma Bovary dice:

«—¡Déjame en paz de una vez! —dijo empujándola con el codo.

»La criatura cayó a los pies de la cómoda, contra la bandeja de cobre. Se hizo un corte en la mejilla y le salió un poco de sangre. La señora Bovary se precipitó para levantarla, rompió el cordón de la campanita, llamó a la criada desgañitándose», que es como romper el cordón umbilical y llamar a la suegra para que se haga cargo.

Que no me oriento, que no me oriento. Y una mierda no se orienta. Que pasa de orientarse y punto, eso pasa. Y que más valdría no haberme parido que no escucharme. «La muerte absoluta es no ser escuchado, no ser reconocido», que no lo digo yo, que también, pero que lo dijo Bajtín.

Ya sé cómo describir la mirada de Arnau y ya sé por qué me agarra el juicio como si fuese un trapo mojado que hubiese que estrujar antes

de tender al sol. Definitivamente, es por lo de la mirada asimétrica. No digo bizca ni sesgada, al contrario, no puede ser más directa. Viene directa hacia mí con microondas invisibles. Son microondas de neón naranja pero solo las veo yo.

Arnau está tumbado en mi cama, desnudo, con la cabeza apoyada en el cabezal de terciopelo verde (terciopelo sobre terciopelo) y con la sábana negra cubriéndole solo medio muslo (su peroné mide cincuenta centímetros), y yo vuelvo de la cocina con medio vaso de agua, descalza y desnuda, cojeando un poco y sin velos en la mirada. Él tiene los ojos, gli occhi miei, perdidos por la tribuna, atravesando la fina grieta entre dos de las cortinas blancas que me resistía a poner pero que fueron obligatorias en cuanto reconocí a Arnau como una parte de mí. Gira la cabeza, que descansa sobre el almohadón, mueve la pierna semitapada y Tàron maúlla, molesto por el roce. Tàron pone cara de ignorarnos, levanta la cabeza y vuelve la mirada hacia la calle. Arnau me sonríe y entonces lo compruebo: los dos ojos son absolutamente diferentes. Con una mano me tapo media perspectiva, guiño un ojo y le veo solo la media cara izquierda y veo una mirada de chico de Mim del siglo xxi , que podría ser de Luck Skywalker o que podría ser de un cantante de moda o de un modelo de anuncio de perfume, pero que en realidad es un ojo de Najwa Nimri, concretamente del personaje que hace ella en Los amantes del círculo polar, que se llama Ana, que es un nombre capicúa, y que habla todo el rato de círculos dentro de círculos. Táron salta de la cama y sale de la habitación. Guiño el otro ojo y muevo la mano para verle la otra mitad. Y mientras él me dice: Pero, ¿qué haces, Quela?, con una sonrisa, yo le veo el medio rostro de un egipcio que servía en la corte de Cleopatra a pecho descubierto.

Así que eso, que ya lo tengo claro. Arnau juega con ventaja y por eso tiene una mirada para la que no tengo palabras. Es que son dos. Es que se suman. Y es que hace trampa porque son dos contra una.

Oigo a Tara rascando la pared del fondo, que he descartado agujerear.

El flujo en que resbalo cuando en realidad resbalo

[es el flujo que es un hijo que mana

de mi entrepierna.

I es saliva.

Y te impregna las encías y el pene y todos los dedos

[que pasean por mis labios, mis pezones y mis cimas.

Si hubiesen recompuesto los pedazos de mi madre y hubiesen reconstruido una madre recosida de carne picada socarrada, habría sido una especie de hamburguesa con ojos, pero sin párpados. Y solo tendría ojos para Ricard. Y no necesitaría los párpados porque no se cansaría nunca de mirar a Ricard. Y ya no escribiría novelas ni guiones para las pelis mudas de papá. Sería tan consciente de la muerte que la ficción se la sudaría.

«Resolvieron, pues, impedir que Emma continuase leyendo novelas.»

MAYO

Arnau me regala un anillo con una espiral natural, del fondo del mar. Natural. Blanca sobre un fondo negro.

Plena primavera y me compro un lápiz negro para la raya de los ojos y un pintalabios rojo. No sé maquillarme. De verdad que no.

Una vez con seis años cogí sin decir nada un pintalabios de un neceser de la abuela y un colorete. Me lo llevé a casa a escondidas. No se lo dije ni a Ricard. Siempre lo llevaba en el bolsillo de los pantalones, con mi cintita roja, y cuando los papás se iban a dormir yo me colaba en el lavabo, cerraba con pestillo y me plantaba delante del espejo ovalado, plateado, con ganas de escupirle.

Me colocaba la cinta en el pelo destapándome la cara.

Me maquillaba.

Me miraba un rato largo.

Después me desmaquillaba y por la mañana me volvía a desmaquillar porque sabía que acabaría notándose.

Un día llamaron a la puerta del lavabo mientras yo hacía morritos a la Raquel del espejo. Un toc-toc flojito. ¿Sí? ¿Soy yo, qué haces? Era la voz de mi hermano. Déjame, me duele la tripa, déjame en paz. Pero, ¿qué haces, Rac? ¡Vete! Susurrábamos gritando y despertamos a nuestros padres, mecagoentodo, que vinieron a meter las narices: ¿Qué haces, Raquel? ¿Por qué cierras? Sal, venga, ¿qué pasa? Nada, no me pasa nada. Agua caliente en la cara. Venga, abre. Más agua caliente en la cara. ¡Un momento, ya voy! Toalla blanca manchada de rojo. Pero, ¿qué haces? ¡Nada! Toalla bajo el grifo, agua caliente, vapor, jabón líquido sobre la toalla y la puerta golpeaba el pestillo. ¿Estás bien?

Abrí la puta puerta y les tiré a la cara la toalla mojada, roja, enjabonada, y la cintita roja. Me miraron una cara mal desmaquillada con ojos de pescado hervido. Ya había cumplido siete y me moría de

ganas de arrancar los ojos de mamá y los de su bufón mudo de los cojones.

Me he despertado con la cabeza empapada en ginebra. El sol de la tribuna me deslumbra. Tara duerme y me ignora, la muy subnormal, y le doy un golpecito, venga, espabila. Desnuda, voy a buscar el pico a la habitación de la gatera inacabada y paso por el recibidor, donde no me hace falta el espejo para imaginar que llevo el pintalabios difuminado por el bigote y por la barbilla y que tengo los bordes de los ojos descosidos y ensombrecidos de negro rabioso. Cojo las copias de las llaves de casa de Ricard y entro sin avisar, con la mierda de cojera persiguiéndome. En su dormitorio, sobre los restos de la camiseta roja y las zapatillas que estaba segura de haber tirado, mordidas por el gato, todavía hay tirados por el suelo los papeles de la tía que él no llegó a tirar y que ahora recuerdo haber sacado ayer de la cómoda ácida de color amarillo limón. Descalza, por el pasillo, con la puta Tara pisándome los talones, llego al patio de luces. Abro el pestillo de la puerta de la caseta metálica del patio. Vacía, solo Ricard desnudo en su rincón con el pincel en la boca, con la melena tapándole los ángulos de la mandíbula y la polla que yo no tengo colgando. Le tiro el pico a un palmo de los huevos. Venga, sal, le digo, ve a picar un rato la pared.

No sé cómo contárselo, a Arnau. Paso las mañanas en casa con Ricard, que no ve a nadie más. Me dice que no quiere ver a nadie más y que no quiere vivir más en el mundo, lo dice así. Lo miro y lo veo como pixelado.

La veo en la uni, a Natàlia. Me mira de lejos y no se atreve a preguntarme. Me ve con Arnau y me aparta la mirada. He tenido que acercarme yo a decirle: Hola, ¿qué tal?, no nos hemos visto mucho por aquí, ¿verdad?

No tenía ni idea de que estudiase allí. ¿Cómo es que Natàlia también va a la uni?, le he preguntado a Ricard. Ricard está más delgado. Creo que no se come lo que le llevo. Se lo come el gato o lo aprovecha para pintar. O lo tira al váter, porque nunca hay basura en su casa. Le he preguntado a Ricard si sabía que Natàlia y yo íbamos a la misma facultad y el tío me dice que me la presentaste tú, Rac, ¿no te acuerdas?, en la barra del Dark. Yo lo estaba bañando con una esponja que le compré el jueves pasado, porque no quiero bañarlo con las

manos. Con las manos me baño yo y con las manos ducho a Arnau, no toco a Ricard. Ricard dice estábamos en el Dark, tú y yo, sin hablar, gintónic compartido, y ella apareció y te saludó y te dijo: Tú haces Literatura, ¿no? Tú dijiste: ¿Qué? Y ella: Sí, en la universidad, el grado de Literatura, en la UM. Y tú, Rac, preguntaste: ¿Nos conocemos?

Tenía razón Ricard, había sido así, pero hacía bastante tiempo y no me acordaba. He recordado que en el Dark a mí ella no me sonaba de nada pero que pensé qué tía tan guapa, melena naranja, rizada, ojos verde meloso. Aliento de albaricoque. Y que pensé que a Ricard le estaba gustando y que convenía hacer como que sí que la conocía, presentarlos, y dejarle hacer a él.

Total que, desde que Ricard no la llama, ella me mira a mí, de lejos, por el patio de la uni. Pero, ¿cómo es que no la había encontrado antes, por allí? ¿Dónde ha estado el resto del cuatrimestre? Aquí, me dice, aquí, he estado aquí pero no me has saludado nunca, y yo no he querido molestarte, porque te veía llegar con un chico o te veía sola y leyendo y no te veía con ganas de conversación sino con ganas de hacer como si no nos conociéramos, y lo he respetado. No he entendido por qué tendría yo que hacer como si no nos conociéramos. Le he dicho: Ay, pues perdona, ¿eh?, es que yo tampoco no te recordaba mucho. En realidad nos hemos visto. . . ¿dos veces? Okey, me dice, ya hablaremos. Y me he quedado en medio del claustro, manos en las tiras de la mochila, sucia y más grande que yo, viendo la melena y la nuca de Natàlia, entre naranjos y columnas de piedra, que siento que se haya enfadado, pero tengo órdenes de Ricard de no comentarle nada.

Arnau me recorre la curva desnuda de la cintura con la palma de terciopelo de la mano derecha. El ombligo me envía órdenes a la entrepierna y entre los labios sucede lo que sucede en una ostra viva cuando le acercas un dedo. Mírame, me dice. Recorro con los ojos el dibujo de pelos que le van del ombligo al sexo. Mírame. Tàron lo mira y cae la tarde y entre las sábanas negras pienso que ya gana la sombra en el patio de la otra punta y la caseta metálica de la terraza deja de ser un horno al sol. Mírame.

Arnau me dice: ¿Sabes que en Pieles&Perfumes hay gente que te enseña a maquillarte? No necesito maquillarme. Ya lo sé, que no te hace ninguna falta, que estás preciosa, Quela, pero lo dijiste tú, que no sabías maquillarte, y lo dijiste arrugando esto. Arnau me toca los dos surcos antiguos que tengo entre las cejas. Okey, le digo, ya iré.

¿Quieres que te acompañe? No, no, eso ni hablar.

Unos nudillos de yeso recubiertos de pergamino han dado tres toques en mi puerta y después, como coda, zapatillas lijando el rellano, clec-clec de portezuelas de ascensor, sacudida y para arriba. Me levanto de la cama descalza y con el pijama cuadriculado, verde y blanco, colección de primavera. Esperaba encontrar sobre el hidráulico geométrico del recibidor uno de esos sobres verdes con una invitación de color rosa y perfume dulce del súper, pero bajo la puerta no se había colado nada, así que la he abierto. Descansando sobre el mármol había un paquete con forma de cojín envuelto en papel de periódico y atado con un hilo de lana roja. Encima, una cartulina de color rosa con el perímetro recortando haciendo ondas y escrita con la letra cursi y elegante de Mercè. Me he puesto en cuclillas delante del paquete:

Haga el favor que tirar ya esa chaqueta roja con la que toma el fresco por las tardes en el patio de casa de su tía abuela, en paz descanse. Está medio descosida, ya no le cierra y ya no le llega al ombligo.

Me pongo de pie con el paquete en las manos y entro en casa. Cierro la puerta.

Resumo el pasillo.

Dejo el paquete sobre las sábanas blancas y me siento a su lado, mirando al frente, con las manos sobre las rodillas.

Me giro y lo miro sin tocarlo.

Me levanto a abrir las cortinas blancas y Tara se come un pétalo de margarita.

Vuelvo a sentarme en la cama al lado del paquete.

Me giro y lo miro sin tocarlo.

Tiemblo.

Recojo una lágrima que es el signo de admiración del ruido de mi cabeza, que no calla. ¡Calla! Me golpeo el cráneo. Respiro. Me pongo el paquete en el regazo. ¿Quién se ha creído que es, esta?, ¿la abueli?,

pero, ¿qué se cree?

Cierro los ojos.

Quiero a la abueli.

Quiero a mi mamá.

Abro los ojos y dejo de hacer el imbécil.

Deshago el lazo de lana que sujeta el papel de periódico mientras arrugo las cejas como un acordeón desafinado. Una lágrima peta contra un titular. Raquel hace teatro, Raquel interpreta su drama, Raquel se ha creído que es muy importante y que da pena, qué pena que daaaaa, solo porque todos se murieron como si fuese la única a quien se le muere alguien. No eres la única que llora, idiota, qué idiota eres, actriz macabra de obra floja con telón rosa de algodón de azúcar. ¡Abre ya el jodido paquete!

Abro el papel de periódico y Raquel ya sabe qué encontrará. Aparece una chaqueta roja y la despliega, la deja descolgarse pinzando los hombros: es de punto, de un punto perfecto, con ocho botones rojos, lisos, redondos, con puños que hacen como las faldas de las campanas, con un cuello de una redondez magistral, sin detalles ni volantes ni trenzas ni pompones pero de forma perfecta, de caída solemne y alegre, que le guiña el ojo.

Raquel se levanta y estira la chaqueta sobre las sábanas blancas y calientes y se entretiene en abrir cada uno de los ocho botones. Se quita deportivamente la camiseta del pijama y busca una de tirantes en el vestidor; encuentra una lisa, blanca, ceñida. Se la pone mientras anda hacia la cama y coge la chaqueta. Se la pone mientras anda hacia el espejo que hizo poner en el vestidor y se para ante él.

Un botón, dos botones, tres, ocho, saboreando cada uno de ellos mientras se mira el juego de dedos delgados y morenos y de las muñecas que bailan dentro de los puños de campana.

Me veo en el espejo y estoy perfecta. Las clavículas dibujan una barca que se mece en el cuello redondo de la chaqueta roja.

Ricard, le digo, mamá está muerta. ¿Qué mamá?, me dice.

Ricard viste calzoncillos y la camiseta roja esquinzada y yace en la

hamaca del patio con unas gafas de sol que le he comprado. Lo miro, sentada sobre la maceta boca abajo. Está más delgado y la melena le roza los hombros.

¿Por qué no te bebes el zumo?, pregunto. ¿Qué zumo? El que te he traído. Bébetelo tú, chata.

¿Por qué no entras en casa, Ricard? Porque me encierras en la caseta, porque vivo encerrado en la caseta y porque tú no me dejas entrar en casa. Sí que te dejo, me lo pediste tú, que te encerrase en la caseta. Pues enciérrame en la caseta. Si no quieres no te encierro, me da igual. No, no te da igual, enciérrame, te entiendo.

Ricard, mamá está muerta, ¿vale?, no pasa nada, creo que podemos hacer nuestra vida, creo que podemos ser amigos, ya no te odio, ¿eh?, ah, y te he tirado definitivamente aquellas zapatillas pringosas y la chaquetita de la abueli, que estaba muy viejecita, no te molesta, ¿verdad?, y no vuelvas a recoger las zapatillas de la basura, ¿entendido?

Reclina la frente hacia delante para mirarme por encima de las gafas de sol y decirme no tengo ni pajotera idea de qué cojones estás hablando, Rac.

Nos turnamos para usar el teléfono de la ducha

en un diálogo mudo y con el mando a derecha

[e izquierda.

Te quema mi agua caliente y la tuya me congela.

Nos secamos las cabezas, tú me secas la espalda

y te preguntas si habrá algo más erótico.

Me secas la entrepierna que a su vez se va mojando.

Tiramos las toallas con bordados

y pongo las rodillas separadas en el suelo.

Te sientas en el margen frío de la bañera.

Te tengo chorreando en la barbilla.

Te tengo entre los muslos, del codo a la muñeca.

Me tienes en las palmas, yo a ti en el paladar.

Me tienes en las yemas de índice y corazón

de tu mano derecha.

Nos turnamos para usar el teléfono de la ducha.

El espejo mudo me guiña un ojo desde detrás de

[tus hombros.

Nota para Ricard, colada por debajo de la puerta de la caseta:

Cuando digo mamá está muerta quiero decir que pensar en mamá y odiar a mamá y soñar con ella y hacer ver que tooooodo lo que nos pasa es porque mamá dijo o mamá hizo o mamá nos miró así o asá no soluciona nada sino que es como una piedra atada al cuello cuando yo nado en el océano y Arnau es un marinero con camiseta de rayas en una pequeña barca blanca.

Lo pensaba hoy mientras picaba la pared húmeda y Tara me miraba con pose de esfinge. Lo pensaba porque he descubierto que mojar la pared con la esponja que compré para bañar a Ricard facilita el trabajo. Y mientras lo hacía pensaba que, cuando yo era una niña y mamá nos bañaba, no me tocaba.

Cuando era más pequeña había tenido una esponja con forma de nube y cuando ya no lo era tanto mamá me pasó el muerto a mí y me hacía bañarme sola con instrucciones en directo. Se sentaba al lado de la

bañera, enfrente, sobre el váter, y me miraba y me decía restriégate aquí y restriégate allá, los dedos de los pies, el cuello, las axilas. Y señalaba con el dedo. Iba en ropa de calle y con zapatos de calle y me señalaba con el dedo. Restriégate aquí. Y yo quería ahogar a Ricard, que se le veía tan limpito, porque si ya no podía tocar a Ricard tendría que tocarme a mí. Después creo que ella jugaba a comerse los dedos de los pies de Ricard y yo recorría con el dedo la flor naranja del azulejo de la pared. Cerraba los ojos y los oía. Más tarde ella decía: Venga, Raquel, no te entretengas. Yo abría los ojos y ella estaba de pie con el capote blanco esperándome. Yo me levantaba chorreando y preguntaba por Ricard y ella insistía: Venga, no te entretengas. Y me envolvía y yo, como un puto gusano de seda volador entre sus manos de escritora intelectual sin sangre en las venas, iba a parar encima del váter, donde ella me secaba también sin tocarme. Y me ponía un pijama blanco con rayitas azul clarito que yo creía que me gustaba pero no, porque si no ahora no llevaría pijamas infantiles de gatitos y no estaría escribiendo sobre mamá, que está muerta, y no escribiría un diario en forma de novela ni una novela en forma de diario, haciéndome la escritora, como ella.

Por la noche me acercaba descalza a la puerta de mis padres, de puntitas, y el perfecto de Ricard se quedaba en la cama haciendo dibujitos de los suyos, que al día siguiente colgarían en la nevera con imanes de letras negras mayúsculas. Pegaba la oreja a la puerta de los papás. Mamá tenía dos modos: a. Hoy no tengo ganas, lo siento. b. Estoy preocupada por la niña, ¿seguro que no deberíamos buscar ayuda?

La ayuda fue que se muriese y que la abueli me comprase un camisón rosa.

Me ha dejado, Arnau, creo.

Se ha ido sin decir nada más y ha dejado la copia de las llaves de casa sobre la pequeña cómoda blanca.

Raquel, estás muy delgada, me ha dicho, y deberías ir al médico por el tema de la audiometría y por lo de la pierna, también. Me abraza por la espalda mientras corto lechuga y me palpa las costillas con las manos, sobre mi camiseta negra de tirantes. ¿Qué hago, corto la cebolla?, me dice. Estoy preocupada por mi hermano y se me quita el hambre, le digo. ¿Tienes un hermano? Me giro y atornillo las costillas entre los dedos de Arnau, macho y hembra, tornillo y rosca. Le miro la

pupila del ojo inmenso con pestañas inmensas que lleva dibujado en la camiseta: La naranja mecánica. Y digo: Estoy preocupada por Ricard, no come, chupa los pinceles, chupa los pinceles y no pinta. Raquel, ¿de qué me estás hablando? Ven, le digo.

He pensado que ya era hora de explicárselo todo, pero he pensado que tenía que verlo o que no se lo creería. Ven.

¿Tienes llaves de casa de Ricard?, ¿desde cuándo? Desde que me necesita para bañarse y para comer, pero no come, y quiere vivir encerrado en la caseta. Raquel, ¿de qué cojones me estás hablando? Ven, le digo.

Arnau ha puesto mejor cara al entrar en casa de Ricard. Al ver los colores de las paredes y los colores de los muebles ha dicho: Hosti, qué guapo, ¿no? Se ha asomado a la habitación que toca a mi casa y ha dicho: ¡Ah!, por aquí tiene que entrar Tara, ¿verdad? Ven, le digo.

Arnau ha visto de pasada la cocina, el dormitorio, el saloncito. Ha visto el estudio de Ricard, el retrato de Natàlia, y el retrato de Tàron, y el de su ojo. Él no sabe que es su ojo. El patio. La caseta. El candado. Está aquí, le digo. Venga, Raquel, hostia, que me estoy asustando.

He abierto el candado diciendo: Ricard, tenemos visita, no te asustes, ¿eh?, es un amigo. He abierto la puerta metálica. Ha entrado la luz a la caseta y yo he dejado la puerta libre para dejar que Arnau echase un vistazo.

Ha mirado dentro.

Ha vuelto a sacar la cabeza afuera.

Raquel, si es una broma me lo tienes que decir ahora porque estoy acojonado, ¿vale?, ¿de qué cojones me estás hablando?

Y ella, con la espalda apoyada en la caseta, con las manos aplastadas por las nalgas, con los ojos clavados en las rodillas, que sobresalían de la falda rosa ridícula, con las puntas de los pies juntas, con los talones separados, con un llanto de puto parvulario, como siempre que lloro, que parezco imbécil, ha dicho: Me lo dijo él, que lo encerrase, me lo dijo él.

Raquel, ha dicho Arnau, ¿seguro que no deberías buscar ayuda?

JUNIO

En el Museo Nacional han vuelto a abrir las salas del gótico. Primer domingo de mes.

Yo miro las pinturas con los brazos colgando y fuera el calor raja los cráneos, cae como las líneas verticales de mi falda roja, fucsia, naranja e infernal. Larga hasta los pies. Salgo de las sandalias sin dejar de mirar el cuadro, de puntillas, tshsshh, y me sale humo de las plantas candentes de los pies al dejar el peso sobre el suelo, tan blanco y pulido.

Si cierro los ojos puedo imaginar las manos de Arnau cogiéndome la cintura y su voz dictándome a mis espaldas los nombres de los santos y de los ángeles. Me ha dejado, Arnau, creo. No me extraña. Soy mala. He aprendido a llorar con los ojos cerrados y es como llorar pedacitos de cristal y llorar sangre. Una expiración y abro los ojos. Me acaricio la pierna coja dolorida.

San Miguel Arcángel, de Blasco de Grañén, mediados del xv. No me mira. Ni arruga las cejas para matar. La distribución del lienzo deja la pierna del príncipe de los ángeles por delante de la pata del dragón.

El pie justo por delante del pie.

El zapato rojo del vencedor tapando el tobillo negro del vencido.

Las tres garras negras del demonio sobresaliendo justo por detrás de las puntas de los escarpines del prota.

Las uñas amarillas del malo escupiendo la verdad: el héroe no es más que un asesino demoníaco disfrazado de ángel rubio atravesando con una lanza la barbilla de un dragón con cara de hombre.

No puedo dormir. No como. No voy a clase, no aprobaré ni una, perderé el curso. He perdido a Arnau.

Estoy semisorda. Voy coja.

Ha caído una granizada de verano ensordecedora sobre la caseta

metálica del patio.

No soy digna de Arnau. No le cojo el teléfono.

Soy mala con Ricard.

No es cierto. Mamá no quería más al niño ni hubiese querido que yo fuese un niño. Mamá solo creía que no teníamos que hacer que todo el mundo lo tocase con la mano. Todos somos iguales, decía cuando yo aún no había desaprendido a escoger la ropa que quería llevar, no quieras hacerte ver, hija, que eso es de niñas obtusas. Gris. Azul. Marrón. Verde. Verde grisáceo.

No le cojo el teléfono. No debo cogerle el teléfono. No soy digna de Arnau.

Ahora me toco yo pensando en ti, Arnau Mes Yeux. Echo de menos sus manos. Raquel echa de menos tus manos, y no es digna y no te coge el teléfono. Tus manos son velas de barco, pirata, capitán, Occhi Miei.

Velas blancas en un barco, crema y pastel de manzana, espuma de envolver vidrio, plástico de ese de bolas, terciopelo del más fino, nata en brazo de gitano, sábanas imberbes blancas, ríos de copos de nieve, nidos de algodón de azúcar, olor a silencio corto, miaus y crujidos de nueces, pizza yanqui enharinada, reloj de arena parado, arena desértica y dunas, cerrar los ojos y hacerte caricias con las pestañas en las yemas de los dedos, con las mejillas dormidas.

Hace ya muchos días que no voy a mirar cómo está. De hecho hace días que no salgo de casa. Casi ni salgo de la cama, que tengo vestida de negro. No le llevo comida pero da muy igual porque tampoco se la comería. Ahora cuando da el sol por las tardes la caseta metálica debe de hacer un efecto todavía más de horno y Ricard debe de rostirse. Tara me mira y me pregunta ¿por qué no vas?, ¿de qué tienes miedo, idiota? De encontrármelo muerto, pelona, que encontrármelo muerto, respondo acariciándole las cejas con las yemas de los diez dedos. Ella cierra los ojos y arranca un motor interno como diciendo ¿y qué más da, Raquel?, ¿no ves que da igual?

Yo necesitaría un corifeo para entenderlo, entender que hace días que

debe de estar muerto y que no pasa nada, que no tenía a nadie que lo pueda echar de menos, excepto yo. Tara me dice si quieres un corifeo, cuenta conmigo.

Creo que Tara me puede ayudar a hacer un buen agujero en la tierra del patio.

Y entonces llevaré a la práctica la técnica narrativa de la elipsis.

Elidiré del texto la parte en que recorreré el pasillo color pistacho, en que saldré al patio y abriré el candado, elidiré el chirrido de la puerta, la luz entrando y deslumbrando los ojos abiertos del cadáver de Ricard, las manos de Raquel abortando un grito, los pasitos de los zapatitos ridículos de Raquel colándose en la caseta como si estuviese sorprendida, como si tuviese miedo, como si fuese supermegachupiguay porque sabe aguantarse el llanto en un momento taaaaaaaaaaaan difícil y todo eso.

Lo elidiré y lo narraré desde el momento en que Tara acabe de allanar la tierra húmeda del patio sobre el cadáver de mi hermano.

Cuando Tara ha acabado de allanar la tierra húmeda del patio sobre el cadáver de mi hermano, yo ya esperaba de pie con la manguera en la mano para hacer una regada por encima. Compraré unas semillas de alguna planta carnosa para repoblar la zona, que está bien abonada. Después he dejado caer el culo al suelo y he cruzado las piernas como un yogui y Tàron ha venido a dormir sobre mi falda, roja con mariposas blancas. Antes de acariciarle la cabecita me he frotado las palmas terrosas de las manos sobre las rodillas.

¿Por qué hemos tenido que acabar así, Tàron, si yo lo único que quería era que tuviésemos una gatera y que pudiésemos ir de un piso a otro sin salir al rellano? Después de tres días y cuatro noches de intervalos de pesadilla y vigilia, después de veintisiete llamadas perdidas de Arnau, después de cinco idas a la cocina (desnuda y descalza, con los ojos cerrados) a añadir comida para Tara, por fin respondo al teléfono.

A: Quela, ¿cómo estás? Quela, ¿puedo ir? Quela, tenemos que hablar. Quela, bla, bla, bla.

R (desde la cama y rodeada de pelotones de sábanas negras): Calla, calla un momento, ¡tengo que decirte una cosa!

A: Okey, te escucho. Pero. . . ¿seguro que no quieres que vaya?

R: Lo he matado, Arnau, lo he matado, lo he asesinado, lo he dejado morir de inanición y de calor, y lo he enterrado en el patio, Arnau, lo he matado.

A: Raquel, tía, ¿de qué cojones me estás hablando?

R: De Ricard, Arnau, hostia, de mi hermano. . ., que lo he dejado ahí en la caseta porque me daba rabia y se me ha muerto. Te lo dije, ¿eh?, ¡te avisé y no hiciste nada!

A: Raquel, voy.

R: Ni se te ocurra.

Me despiertan los golpes en la pared. Ricard quiere entrar, Ricard hace toc. . . toc. . . toc. . . en la pared y no recuerdo dónde dejé el pico de Tim Robins y toc. . . toc. . . toc. . . toc. . . Toda la punta santa noche. . . toc. . . toc. . . toc. . . Es él, que quiere entrar, Ricard quiere entrar en mi casa, quiere acabar la gatera y tener una vía directa hacia mí y no sé dónde está Tàron. No puedo dormir con el puto toc. . . toc. . . toc. . . No me atrevo a ir y decirle que pare y que se vuelva al patio.

En vez de darme sueño Balzac me espeluzna. Dice:

«—¿Será sin duda por consideración a los cardenales, a los obispos y a los abades que hay aquí —se preguntó Sarrasine— que ella se ha vestido de hombre, que lleva una redecilla en la cabeza, el pelo crespo y una espada al cinto?

»—¿Ella? ¿Qué ella? —respondió el anciano al que se dirigía Sarrasine.

»—La Zambinella.

»—¿La Zambinella?»

Un castrato. Era un castrato, hostia, pobre Sarrasine, enamorado y patético.

Rachelina la castrata entre sábanas y párpados y roce de páginas viejas. No. Ricardo il castrato haciendo toc. . . toc. . . toc. . . Castrato

él.

«¿Tienes hermanos que se te parezcan? ¿No? Bien, ¡entonces muere!»

Cuando volvía a la cocina por sexta vez (Tara es un pozo sin fondo) han llamado de nuevo a la puerta. He pensado en la policía y en la ambulancia de un centro psiquiátrico, porras, camisas de fuerza, camillas e inyecciones para dejar idiota. Es solo una órbita, señores. He andado paso a paso sobre los hidráulicos geométricos, sin flores, sin hacer ruido, como si cada planta de mis pies fuese una mecedora de papel secante. He acercado la oreja sana a la puerta y mi pendiente ha hecho un ruidito contra la madera (que los agujeros para los pendientes me los hice yo a los trece años y que los pagó la abueli y tú ya estabas muerta, gilipollas). Soy yo, me dice un susurro. Como cuando éramos pequeños y yo me maquillaba mal y a escondidas y él me decía que le abriese la puerta del lavabo. ¡Vete!, ¡vuelve a tu tumba!, le grito. Soy Arnau, Raquel, ¿quieres hacer el favor de abrir la puerta?

Abro la mirilla y veo a Arnau. Abro la puerta y dejo el culo desnudo en el suelo polvoriento del recibidor.

Él entra, limpio y afeitado, labios de fresa, camiseta blanca, vaqueros hasta las rodillas, zapatillas blancas y azules, y se sienta delante de mí. Me aparta la cortina de pelo de delante de los ojos, me sube la barbilla y me dice: Necesitas una ducha, venga. Se levanta y tira de mis brazos, me levanta y tira de mi muñeca hasta el cuarto de baño. Entra en la ducha, Raquel, venga, colabora, colabora un poco, hostia, no seas infantil. Arnau abre el agua fría y me mete una repasada de espuma y de agua y de agua y de más espuma con sus propias manos. Me seca y me dice: ¿Quieres que intentemos hacerte la raya de los ojos? Me mira y ve que no. Venga, tira para la tribuna que te llevo un café cargadito. Raquel camina hasta el vestidor y se pone unas braguitas limpias y un vestidito corto y blanco, avanza por la habitación hasta la tribuna y abre las cortinas y se sienta en una de las mecedoras delante de las flores mustias. Fuera hace buen día y pasan pocos coches. Los cristales están sucios. Huele a café y en la cocina Tàron maúlla a Arnau, que le pone más comida. Arnau trae dos tazas de café y se sienta en la otra mecedora y Raquel pregunta la hora. Las siete. ¿De la mañana? De la tarde, burra, de la tarde, venga, explícame a quién has matado.

—A Ricard —dice ella mirando la taza llena.

—¿Quién era, el tal Ricard? —pregunta él mirando a Tara, que se chupa los morros.

—Ya lo sabes.

—No lo sé. ¿Quién era?

—Mi hermano.

—Tu hermano.

—Sí, mi hermano, ¿qué pasa?

—Que no habías dicho nunca que fuese tu hermano. Hablabas de un chico que te había alquilado el piso, ¿no? Uno que se enteró de que lo alquilabas cuando no lo sabía casi nadie y que te encontraste un día por la calle y que siempre llevaba la misma camiseta. ¿Estás segura de que era tu hermano?

—Sí.

—Ya.

Silencio. Tres minutos de silencio. Dos estiramientos de gato. Un bostezo de Arnau y una picada de mosquito.

—Raquel.

—¿Qué?

—Venga, hostia, no me jodas.

—¿Qué? —mirando la taza vacía.

—Que tú no estás tan pirada, tía, baja el telón y cuéntame lo que se cuece en esa cabeza que tienes de narradora flipada.

—¿Qué? —dejando la taza en el suelo.

—El telón de terciopelo rojo y bordados dorados que tienes escondido en el techo. Bájalo, yo aplaudo, sales a saludar y nos dejamos de hostias. Ahora mírame y dime en serio que el tío de ahí al lado, el que vivía aquí desde hace meses, era tu hermano. Cuéntame que lo encerraste en la caseta, que se murió de hambre y que lo has enterrado en el patio. Mírame y dímelo. Venga

—Ya lo sé.

—¿Qué sabes?

—Nada. Eso.

—Raquel. ¿Sabes o no sabes que el día que abriste la caseta y que yo asomé la cabeza. . .? ¿Sabes o no sabes que allí dentro no había nadie? ¿Lo sabes o no?

—Ya lo sé.

—Raquel. ¿Alquilaste el piso a alguien?

Raquel lo mira y no dice nada. Tiene las rodillas delante de los labios.

—Raquel. ¿Tienes un hermano o no?

—Sí, un hermano sí. Un hermano muerto.

—Raquel. ¿Hay alguien enterrado en el patio o no?

—No.

Raquel se da un beso en las rodillas, se abraza las rodillas, humedece las rodillas con las pestañas. Arnau se levanta, le ahueca el pelo y dice: ya nos veremos. Y riega las plantas, tía, que estas flores dan pena.

Tu masculinidad y mi feminidad,

dos sorpresas metidas en un pastel de boda.

Y tu feminidad, mi masculinidad,

la tuya a lengüetazos, nata y azúcar,

la mía, en dos bocados, pan con tomate.

Creo que aquí la gracia está en que tú,

sin hacer casi esfuerzo, casi sin despeinarte,

me arrancas gestos finos con toda la finura,

me hago niña, y mujer, me hago señora,

y quiero ser princesa de tu cuento,

y todo lo haces como una matriarca, hijo rebelde,

vaquero hecho y derecho, una cheerleader

cuidándome con las yemas de tus dos blandas

[manos,

perdonándome errores con tus manos seguras,

y con esa sonrisa como de medio lado,

como de Humphrey Bogart.

JULIO

Me despiertan los tocs de Ricard en la pared. Que me deje en paz ya, hostia puta, ¿no?

Tara deja la cabeza sobre el otro cojín y no se despierta. La panza le sube y le baja.

Me vuelvo a poner el vestidito blanco, salgo al rellano cojeando y dejo la puerta abierta. Espero que se desocupe el ascensor. Lo llamo. Me subo. Subo al quinto.

Llamo a la puerta y Mercè me recibe con una sonrisa: Ah, mira, a ti te andaba yo buscando, un momento, no te muevas. Me quedo descalza en su puerta, chupándome las manos para restregarme las legañas mientras ella frota el pasillo con las suelas desgastadas. Mercè vuelve: Mira, nena, te he comprado esto. Me entrega un paquetito de semillas de naranjo, citrus sinensis. Ahora baja y mételas en la tierra aquella del patio que estuviste removiendo tanto y riega un poquito, ¿eh?, hala, no te entretengas, que hoy hace bueno.

Cuando me he despertado, efectivamente, las semillas estaban sobre la mesilla.

¿Dónde puedo encontrar a Natàlia?

La uni se ha acabado. El Dark está demasiado oscuro. El móvil de Ricard.

El móvil del Ricard.

Ha ido más o menos así:

R: ¿Natàlia?

N: ¿Ric?

R: Soy su hermana.

N: Ya.

Pausa.

R: ¿Podemos vernos?

N: ¿Por qué?

R: Para hablar de Ricard.

Pausa.

N: Oye, Ric, o como quieras llamarte: Ya vale, ¿eh, chata? Déjame en paz, que estás como una puta cabra.

R: Quiero que me expliques cosas de Ricard.

N: Ric. . . Mira, bonita, te he querido, y he intentado entenderte, y no me importa salir con un chico, con una chica, con un trans, o con quien sea que me guste, pero paso de esquizofrenias locas. (Pausa.) No estás tan pirada, Ric, lo sé de sobras, que te enteras más de lo que quieres aparentar. Vives en una puta peli. Pero el resto nos lo tomamos en serio, ¿sabes? (Pausa.) Y hazme un favor: sal de mi vida, ¿quieres? Te pega más el niño ese.

R: Natàlia.

N: No sé ni cómo te llamas.

R: Raquel.

N: Flipa. La tía se llama Raquel. Pues tú dirás, Raquel.

Pausa. Resoplido.

R: ¿Podemos vernos por última vez?

N: ¿Por última vez? ¿Última? ¿Por qué? ¿Para probar? ¿Para jugar a qué? ¿Para conocerte mejor? ¿Para jugar a papás y a mamás? ¿A mamás y a niños? ¿O a mamás y a niñas? ¿Para ver si todavía te gusta? Pues ya te lo digo yo, Raquel, guapa: Te gusta. Te gusta irte a la cama con mujeres, te gusta sobar tetas y te gusta abrir las piernas de las mujeres y meterles dos o tres dedos bien adentro, bien húmedos, y sacarlos, y meterlos, y sacarlos, y meterlos, rápidamente, y te correrías solo haciendo eso, solo de pensarlo, sin que te tocasen, y

también te gusta que te chupen, y hacer tijeras, eso te encanta. Te gusta el sudor que hay entre los muslos y las nalgas. Te gusta dar bocaditos y chupar ombligos. Te gusta. Te gusta todo eso. Y más.

R: Natàlia.

N: Y otra cosa.

R: Natàlia.

N: No sé con otra, pero para estar conmigo no hacía falta fingir que tenías tanta pluma. Con el pijama de gatitos y la cintita roja también me hubieses gustado, idiota.

R: Natàlia.

No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano.

—Arnau —le he dicho en cuanto lo he visto entrar—, ayúdame a remover la tierra del patio y a poner estas semillas de naranjo, que no quiero hacerlo sola, que me parece que me saldrá una mano de zombi, o yo qué sé.

—Un momento, un momento, ¿no tienes que decirme nada más?

—Podrías ayudarme también a acabar la gatera.

—No. Ni gateras ni pollas. Y yo no te ayudo a nada. Esto parece Psicosis, tía.

—No, no, que yo lo sabía, que era un juego, hombre. Como para pasarme la pantalla y seguir tirando.

—A mí nadie me pidió jugar.

—¿Quieres jugar?

—¿Acaso no se ha acabado, el juego?

—No lo sé.

—Pues haberme invitado cuando todavía se jugaba.

—Habrías dicho que no.

—Por supuesto, que habría dicho que no.

—Pues eso.

—Pues eso. Que no hacía falta fingir que había alguien más.

¿Qué tengo que hacer? ¿Ir a disculparme a la ferretería? ¿Prepararme los exámenes de setiembre? ¿Buscar novia? ¿Pedir disculpas a Arnau? ¿Ir a vivir al piso de la tía abuela? ¿Quedarme aquí? ¿Acabar la gatera? ¿Tirar el muro abajo? ¿Recoger del suelo del dormitorio de Ricard el papeleo y las cartas de la tía y volver a meterlas en la cómoda ácida? ¿Y escupirme en la cara la carta que no me atrevo ni a ojear? ¿Vender los dos pisos? ¿Cortarme el pelo? ¿Comprarme una cintita roja y aprender a maquillarme de una jodida vez? ¿Hacerme la depilación definitiva? ¿Soy bisexual? ¿Voy al pueblo a visitar las cenizas de toda la parentela y planto las semillas en las margaritas del patio de la abueli? ¿Pintar los dos pisos de colores? ¿Conservar los cuadros de Ricard, que son míos? ¿Hacer la exposición en el Guillaume de mis fotos de pies, que son suyas? ¿Averiguar si es gato o gata? ¿Preguntar a Mercè de una puta vez si me quiere hacer de abueli? No. ¿De mamá? ¿Deshacer la chaqueta roja y rehacer el ovillo?

Mamá me dijo: ¿Me acompañas al súper, Raquel? Ya estaba en el recibidor con el carro en la mano (era horroroso, de cuadros marrones) y estaba cogiendo las llaves de casa. Le dije: Que te acompañe Ricard. Ella no me respondió y se fueron juntos.

Calculaba que tardarían por lo menos una hora. Habían pasado dos años y yo me había decidido a volver a buscarla.

La revista seguía allí y todavía hoy no sé si era de mi padre o de mi madre. De los dos no creo. No sé a quién le ponían unas mujeres tan tópicas (quién quería imaginar que era suyas, o quizás quién quería parecerse a ellas), pero descarté, ya en aquel momento, que mis padres tuviesen una revista porno para mirarla juntos, para jugar a abrir una página al azar, o a decir un número del uno al cuarenta para elegir la práctica del día riendo y dándose codacitos. Esos ya no jugaban a papás y a mamás, ni a mamás y a cuñadas, ni a médicos y a enfermeras (o enfermeros), ni a profes y a alumnos, ni a capos y a secretarias (o secretarios), ni a monjes de clausura y a monaguillos, ni viceversa. Ni follaban, ni se chupaban, ni se daban besos con lengua, ni se tocaban. Estaban tan ocupados en no ser nada, en ser de dos grises tan iguales, que aquello ya no tenía gracia, creo. Él creía que ser un macho era ser machista y ella pensaba que ser femenina era ser tonta del culo. Eso lo pienso ahora.

Y allí estaban aún. La vulva brillante de la cubierta, mojada, abierta, entre dos dedos de mujer con las uñas rojas. Los pechos inmensos, la boca húmeda, la lengua limpia, las pestañas pesantes. Páginas de felaciones, penetraciones, sesentainueves y cunnilingus. Penetraciones anales. Dobles penetraciones. Sesentainueves lésbicos. Consoladores. Prótesis. Esposas. Una boca ensalivada con una lengua en punta recorriendo el labio superior. Una mujer a cuatro patas, con una única liga, vista desde detrás, separándose con la mano derecha los labios de la vulva y sonriendo a la cámara desde el hombro izquierdo.

Raquel, de doce años y tres días, se encara al espejo del armario de sus padres. Se saca la cinta roja del bolsillo de los vaqueros y se arregla el pelo hacia atrás. Se pone la cinta. Así. Saca la lengua y se ensaliva los labios. Abre la boca. Mucho. Casi desencaja la mandíbula. Saca la lengua, plana. La contrae, en punta. Plana, en punta, plana, en punta. Se le seca la lengua y cierra la boca. Se ensaliva la lengua y los labios. Abre la boca y saca la lengua en punta y se recorre el labio superior.

Se quita la camiseta y se quita las botas y los vaqueros. Se mira el pecho plano. Se pellizca un poco los pezones mirando el reflejo en el armario. Se recorre el labio superior con la punta de la lengua. Se mira las bragas, blancas, con agujeritos minúsculos que dibujan cenefas verticales hasta la altura del ombligo. Los calcetines le quedan fatal, se quita los calcetines. Pone las manos en la cintura como un supermán, se mira a los ojos. Se tumba en la cama de un salto, boca abajo, y hojea la revista.

Tiene la tripa sobre la colcha azul y los pies le bailan sobre las nalgas. Apoya la barbilla en la mano izquierda mientras con la derecha va

pasando las páginas. Aquí la tenemos, la mujer a cuatro patas, con una única liga, vista desde detrás, separándose con la mano derecha los labios de la vulva y sonriendo a la cámara desde el hombro izquierdo. La recorre con el dedo. Le recorre los muslos y la vulva. La vulva. La vulva. Le recorre la vulva con la yema del índice derecho y chupa el papel. Lame la espalda de la mujer con su lengua plana, en punta, plana, en punta. Lame las nalgas de la mujer. La nalga derecha, la nalga izquierda. Le lame los muslos y le lame la vulva. Le lame el coño. El coño. El coño húmedo. El papel húmedo. La yema del índice sobre el papel húmedo. La yema del índice sobre el coño húmedo.

La Raquel de doce años y tres días da media vuelta sobre la cama de sus padres y, panza arriba, se quita las bragas, que tira contra el espejo. Tiene las rodillas contra el pecho y de un estirón se arranca la cintita del pelo. Estira la pierna izquierda y deja el muslo derecho a su alcance. Se entretiene en deshacer el nudo de la cintita. Después se la ata al muslo, bien fuerte, bien fuerte. Se gira otra vez boca abajo y se pone de cuatro patas. Abre un poco las rodillas. La vulva le apunta al espejo. Con la mano derecha se separa los labios. Gira la cabeza por la izquierda y sonríe al espejo.

Y ¿sabes qué he notado?, me decías.

Tu flujo explotando

así contra mi boca.

Y ¿sabes qué más noto?, me decías.

Que el clítoris se te va endureciendo,

y yo, con mi lengua, aún más duro,

a ver quién es más chulo.

Y siempre gana él.

Quiero a Arnau. ARNAU.

AGOSTO

He llenado como unas diez bolsas de basura. La camiseta roja o los gajos que quedaban. Ollas, vasos, platos, cubiertos de casa de Ricard, todo fuera. Pinceles con pintura seca. Pinceles con saliva seca que no sé cómo no he acabado poniéndome enferma de verdad. Lienzos, sábanas, cojines, colchones, todo fuera. He recogido del suelo del dormitorio el papeleo y las cartas ácidas de la tía y he vuelto a guardarlo todo en la cómoda de color amarillo limón. La última vez tuve que pillar una borrachera, así que lo he metido todo en su cajón original sin mirarlo, ahora no. He barrido los dos pisos. Los he fregado dos veces. He quitado el polvo. He elegido algunas piezas de ropa de Ricard que me encantan y que me pegan mucho y he tirado el resto. He ordenado mi ropa en el vestidor y he añadido, bien plegada, la que traía del piso de al lado. Me lo he pensado mucho después de tirar los lienzos usados pero al final he conservado los que quedaban en blanco y no he repintado las paredes del piso de la tía. Dejo las molduras vacías dibujadas en las paredes, el retrato de Tara, que me quedó de profesional, y el ojo de Arnau Occhi Miei, con esa pestaña que corta la respiración. En el estudio dejo el retrato de Natàlia Aliento de Albaricoque y algunos borradores atronados que no quiero olvidar que hice, aunque preferiría hacerlo. He barrido hojas muertas del patio y de la tribuna. He plantado las semillas de naranjo que me compró Mercè y las he abonado. He regado y ahora ya me duele un poco la pierna y me he sentado un rato ante el intento de gatera. A pensar.

He pensado. He pensado y he decidido que mi masculinidad es como un cuadro, como una foto, como un espejo que merece un marco. Un marco dorado. Me seduce casi, casi, tanto como tu feminidad, Arnau.

He picado hasta que el mango del pico me ha hecho ampollas en la mano y entonces he picado con la mano izquierda hasta que he acabado una gatera perfecta, rectangular, a ras de suelo. He tomado medidas, 38 de ancho, 23 de alto, give or take.

Deben de faltar unas tres o cuatro semanas para que aparezcan las plántulas de los naranjos, las primeras muestras de vida sobre la

tumba de Ricard (y ya lo sé, que es un sepulcro metafórico y que Ricard está vivo en mí y toda la pesca). He querido contar a Mercè que le hice caso, he pensado que se alegraría de saber que planté las semillas.

No me he atrevido a llevarle la foto.

He golpeado la puerta $3 \times 7 = 21$ veces (toc-toc-toc, siete veces) y eran las nueve de la noche y ella nunca sale pasadas las seis. Se veía luz en la lamparita de pantalla que tiene al lado de la ventana que da al rellano. En ese momento yo ya había percibido un silencio muy incómodo de llovizna percutiendo la claraboya de encima de la escalera. Una voz adolescente me ha dictado al oído una frase para hacer caligrafía: Las abuelis siempre se van sin avisar. Las abuelis siempre se van sin avisar. Las abuelis siempre se van sin avisar. Las abuelis siempre se van sin avisar. Las abuelis siempre se van sin avisar. Basta.

Me he tumbado en el suelo y he mirado por debajo de la puerta esperando ver dos pies arrastrándose desde el lavabo o doce pies de gato aterciopelados o algo así. Hoy hace un día gris, la claraboya solo chupaba grises, y yo tenía delante una línea horizontal anaranjada. Y un hidráulico florido y de soslayo. Todo quieto.

Me he levantado para llamar $3 \times 3 = 9$ veces más y he bajado a casa a telefonear a Arnau, que tiene llaves de casa de Mercè.

Él estaba de birras con unos colegas del Puerto y ha llegado resoplando y con el aliento dulce. Ha subido por las escaleras, llovido y con los dos ojos muy abiertos. Yo estaba esperándolo con Tara en el rellano de Mercè, sentada como una pocahontas. No me ha hablado, solamente una leve sonrisa, y ha abierto la puerta, inmediatamente después de llamar solo dos veces y sin intervalos.

Hemos entrado llamándola.

Ella estaba en su butaca de terciopelo amarillo yema, desnuda, con la cabeza gacha y las manos en el regazo. Los tres gatos la velaban desde la mesilla de mármol y Tara se ha sumado. Arnau se ha agachado a llorarle las rodillas, de rodillas. Yo he tocado el hombro blanco de la camiseta de Arnau y no he sabido llorar. He dejado caer la vista sobre una carpetita de notario que había sobre la mesa de mármol, al lado de los cuatro gatos, en paralelo a la esquina, ante el cuerpo de Mercè, inanimado, porque su almita ya debe de estar dando saltitos por las nubes, claro, y por eso cae una llovizna.

A los diez minutos, Arnau ha querido buscar en la caja de fotos que ella pocas veces le dejaba mirar para averiguar si le quedaba familia o si conservaba amistades de algún tipo. Pero en aquellas fotos ya solo quedaban pedacitos donde salía ella misma. Por noche vieja no nos hicimos ninguna foto. Y sigue vacío, el portafotos de plata sobre la tele, vestida de blanco.

Le he señalado a Arnau el testamento. Lo ha abierto, y seguía de rodillas. Ahora el piso es suyo. Entonces ha llorado mucho más aún, como un niño a quien le dan la razón cuando no quiere tenerla, y ha estampado el testamento contra la tele. Los gatos han levantado la vista y él se ha ido.

Yo he cerrado la puerta al salir y me he guardado la llave, que todavía estaba en la cerradura. He bajado a casa y he buscado en Internet qué coño se hace en estos casos y he preparado la incineración de Mercè, que la pago yo. Después he llamado a Arnau y le he explicado el procedimiento a su contestador automático. Y he abierto el cajón de arriba de la pequeña cómoda blanca que hay junto a la puerta de salida de mi casa y he cogido la fotocopia de la foto familiar.

Cuando he subido a hablar con Mercè me he encontrado a sus tres gatos dormidos en la mesa y a mi gata en su regazo desnudo, hecha un ovillo naranja, y he pensado en mi chaqueta roja. Me he sentado en el sofá a velarla con mi foto en la mano y le he explicado que he plantado las semillas de naranjo sobre la tumba de Ricard. Que Ricard era un hermano que yo había tenido de pequeña y que había muerto en un accidente de coche y que había vuelto a despedirse, o mejor dicho a que me despidiese yo, y que ya se había muerto del todo y que ya estaba. Ella no me ha mirado pero ahora que ella está en el cielo, al otro lado, en el otro mundo, que ha pasado a mejor vida, o como se diga, no puedo engañarla. Ahora ella también lo sabe todo. Y está con mis padres y con la abueli y lo sabe todo. Le he dicho muy en serio que eso no se hace, morirse así, porque yo tenía muchas cosas que contarle, pero que estuviese tranquila, que los tres gatos serán bienvenidos en el patio de luces.

Abueli, yo ya sé por qué escribiste aquella carta a la tía, ya sé que era para que la encontrase yo tantos años más tarde, ya lo sé, ¿verdad que era eso? He estado tentada de bajar a mi piso interior, a casa de mi hermano, la de tu prima, a registrar su papeleo de la cómoda ácida y buscar la carta que siempre me obliga a emborracharme; tentada de subir a intentar leérsela a Mercè (e intentar no beber), a ver si ella me entendía como solo tú me entendiste cuando me dejaste quedarme la chaqueta roja después del accidente. Pero, abueli, creo que todavía no

estoy preparada.

Me he levantado y he cogido el portafotos vacío de plata que había sobre la tele, cubierta de su sotana blanca. Lo he abierto y he colado nuestra foto de familia. Lo he puesto entre los dedos estrujados de Mercè y le he dicho: Llévale esto a mi abueli, que está en una mecedora sobre una nube del fondo a la izquierda, y dile que Ricard ya no está porque yo necesito espacio y que tú me has hecho una chaqueta nueva. Mercè me ha mirado desde el otro lado y me ha dicho mira, chata, el portafotos te lo regalo, pero de eso te encargas tú. He pensado en dejarlo sobre la tele, visto que tenía que heredarlo Arnau, pero me ha parecido de mal gusto por mi parte y me lo he bajado a casa y lo he puesto sobre la cómoda blanca del recibidor.

Tampoco es que ahora tenga que cerrar el piso interior como si fuese el pasaje del terror, ¿no? Ahora tampoco hace falta que todo sean faldas con mariposas blancas, zapatos rojos con hebilla y pijamas de gatitos, ¿no?

Me pone, lo reconozco, pero no tengo bastante con mirarme al espejo y ver la niña que no fui y me haré ecléctica, que suena que te cagas. Porque la androginia es una salsa agridulce que me chupo los dedos y los chupo a quien la compre, quien la coma y quien la use de lubricante. Pero yo tengo un empacho en el ADN. Mira que llegamos a ser imbéciles.

Ricard se dio cuenta en cuanto llegó: habitaciones de dos colores aquí dos colores allá. Y yo todo blanco, en plan fina y educada, que si no fuese ningún color sería negro pero, como es una mezcla desgraciada de todos los colores, pues es blanco. Blanco empastrado. Ahora he pintado de color chicle las puertas de mi casa. De momento es todo.

Hoy me gusto más sin pendientes y con la cola despeinada, con vaqueros mal cortados (a ras de rodilla, depilación perfecta, las manos en los bolsillos), con zapatillas de bota mal atadas y camiseta imperio blanca en plan Tony Soprano (mafioso de New Jersey de pequeña pantalla que va enseñando los pelos del pecho y una medalla de oro, pero basta de ficción). Me miro al espejo mientras me ato la pulsera de cuero y pienso que me llamo Raquel, no está tan mal, joder, peor sería llamarme Trinity, por más que la vida sea una caverna húmeda y platónica, en plan Matrix.

Ahora me siento en la cama, las botas no me llegan al suelo. Cogeré el

móvil, es el primero de la agenda y no hay que pensárselo demasiado, no me quiero echar atrás, ahora no, ahora para adelante. Sin excusas: Arnau, pim pam, se lo diré directamente.

Ya está. Ha aceptado para el jueves.

Parece que se va recuperando de la muerte de su madrina. Ya hace dos semanas. Nos vamos recuperando. Nos.

Voy algo coja a buscar la cámara de Ricard, mi cámara, que ya está en mi casa, sobre el microondas, y vuelvo a sentarme en la cama con los pies colgando. Encuadro en picado. Clec. Tobillos de ninfa perdidos en unas botas de Michael Jordan. Llamaré al Guillaume para llevar la colección.

Me he sentado un rato ante la gatera y ha salido Tàron hecho un asco. La he cepillado y se ha dormido a mi lado hecha un ovillo. Me he tumbado boca abajo ante el agujero y he mirado la habitación del otro lado, que Ricard y yo nunca pintamos. Dos nichos vacíos y blancos a lado y lado de la gatera. Ricard y yo, no. Yo. Yo. Yo y punto.

Faltan nubes, paisajes verdes con amapolas y espejos, muchos espejos. Y alguna tormenta en un rincón.

Y esta gatera debería ser de 60 de ancho por 2 metros de alto, así que hay que seguir picando.

Tengo tiempo hasta el jueves.

Viernes.

El vientre de Arnau, preñado de mí, sube y baja a mi lado, cubierto con la sábana verde pistacho. Ahora creo que este color es el que mejor queda con el cabezal de terciopelo rojo, sí. Y con el naranja. Cuando se despierte quizás se vaya y no vuelva a verlo, no lo sé.

Llegó ayer por la noche, puntual, con dos macetas pequeñas, dos lantanas. Para tu patio, dijo, y para tu tribuna. Y sonrió porque, dijo, ambos veníamos en son de paz (lo decía porque íbamos vestidos de blanco, los dos, pero ahora veo que eso fue un error como lo de pintar mi piso de blanco, pero daba igual porque en seguida estaríamos desnudos).

Dejamos las plantas en el recibidor y fuimos a cenar a la cocina. Yo había preparado un quiche lorraine, una ensalada de espinacas y unos tagliatelle carbonara. Había comprado unos helados de Hello Kitty, una silueta rosa de cabeza de gato sobre un palo, unos helados de fresa recubiertos de un jarabe más rosa aún con sabor a chicle.

Arnau es juguetón, y permite que la gata descongelada le chorree por los labios, y me mira y me sonríe de medio lado. Se recorre el labio superior con la lengua en punta. Yo levanto el culo y saco la lengua plana por encima de la mesa y le limpio los extremos, el extremo izquierdo del labio superior, el extremo derecho del labio superior. Su helado se acaba antes que el mío. Se levanta y rodea la mesa en pocos pasos. Me coge los hombros por detrás y pasa la cabeza por mi derecha y con los dientes persigue la media Hello Kitty que me queda, que yo hago ir huyendo de lado a lado, riendo. Me meto el helado en la boca y él me echa el pelo hacia atrás con las dos manos planas sobre mi cráneo ruidoso y me chupa una mejilla de abajo arriba con la lengua plana y mi mejilla se alarga. Se me escapa un suspiro y digo: Pórtate bien. Y dice: No. Y digo: Venga, siéntate, que te cuento algo. Y él vuelve a sentarse delante de mí.

—He acabado la gatera.

Arnau pone las manos en los brazos de la silla y estira la columna hacia arriba.

—Voy a verla.

Y se levanta. Me levanto y lo sigo.

Él sale al recibidor y gira a la derecha para entrar en la habitación de la gatera. Entre y hace: Uala. Se queda en el centro y da una vuelta de 360 grados, lenta, sobre sí mismo.

He pintado el cielo azul y pocas amapolas sobre una gran extensión verde. Hay un espejo perfectamente redondo en el centro de cada pared y una pequeña tormenta pintada enfrente de la gatera. Hay gatitos dando saltos por el prado, gatitos blancos y negros y azules y a manchas marrones, y un columpio que nace en la moldura del techo azul y sobre el que he pintado a Tara bien sentada y bien cogida de las cuerdas con sus manitas peludas. La gatera ha quedado descentrada, más cerca del fondo de la habitación que de la puerta, y es de 60 de ancho por 2 metros de alto. Una moldura de talla dorada la enmarca. Vista desde aquí, mi masculinidad es como un cuadro con líneas de fuga, todo un hogar simétrico que tengo guardado en un marco

dorado. No hace falta querer ser mi hermano. No hace falta querer ser mi hermano.

Arnau da cuatro pasos y se asoma a la otra habitación y ahora dice: Uauuu. Hay espejos rectangulares. En la pared de la gatera y en la de enfrente van del zócalo a la talla de flores del techo. En la pared de la puerta y en la de enfrente se extienden de derecha a izquierda. Hay una pared azul oscuro y luminoso con estrellitas amarillas, una pared con planetas, naves espaciales y galaxias lejanas, una pared con un fondo oceánico de tiburones y medusas y un submarino rojo y una pared amarilla con gatos en diferentes posturas (modelo esfinge, modelo acaríciame, modelo menudo sueño, modelo me limpio) y huellas de gato, Tàron en el centro.

Entra y se sitúa en el centro de la habitación y me mira, yo todavía estoy al lado de la gatera, mirándolo desde mi casa. Desde donde él está, mi feminidad es como un cuadro con líneas de fuga, todo un hogar simétrico donde intento entenderme dentro de un marco dorado.

—Oye, sobre lo de mi hermano. . .

—Calla y no lo estropees, guapa, que me parece haber entendido algo y solo puedes empeorarlo.

—Que no estoy loca, que era un juego, que lo necesitaba, Arnau. . .

—Que sí, de puta madre. Va, calla.

Entonces se me acerca. Levanta un pie para superar la base dorada de la gatera y vuelve a este piso. Me coge por los hombros y me gira y me coloca mirando a la pared y con su cuerpo empuja el mío contra la pared. Tengo la cabeza girada a la derecha, con la mejilla izquierda contra el azul, y me levanta el pelo con fuerza y me canta al oído: Yo ya sé lo que te gusta, déjame a mí. Tiene aliento de níspero. Me levanta el vestido blanco y me baja las bragas lo justo para que quepa su mano. Con el índice y el corazón me acaricia los labios y los labios se van humedeciendo más, y más, y me mete dos dedos adentro, adentro, mientras siento su polla imponiéndose contra la curva felina de mi espalda. Mete los dedos y los saca con una cadencia minada de pausas y mete los dedos y los saca y saca mi flujo y curva los dedos para alcanzar mi clítoris y hace círculos, círculos, círculos sobre mi clítoris mientras los pechos se me aplastan contra el muro de la gatera y mete los dedos y los saca con una cadencia minada de pausas y de lengüetazos contra mi mejilla derecha que se alarga y con los dedos

hace círculos, círculos, círculos sobre mi clítoris, y círculos, y círculos, y no se cansa y hace círculos cada vez más rápidos y más pequeños hasta que doy tres gritos que hacen temblar la pared de la gatera.

En cuanto me recupero me giro y avizoro sus ojos y me quito las bragas sin dejar de mirarlo a los ojos, que son tan distintos. Dejo caer el vestidito y ya estaba descalza y me miro el cuerpo en el espejo de la pared de enfrente y se gira a mirarme el cuerpo en el espejo de la pared de enfrente y veo el espejo y Arnau parece otro porque es tan asimétrico que dentro del espejo es otro. Me acerco a su imagen en el espejo de la pared de enfrente y lo lamo de arriba abajo. Vuelo a lamerlo de arriba abajo y cierro los ojos y, cuando abro los ojos, él ya no está. Arnau no está en el espejo, Arnau no está en la habitación.

Atravieso la gatera. Arnau está tumbado en los ladrillos hidráulicos de flores desabotonándose la camisa. Chs, chs, chs, le digo, ¡quieto! Él se para y yo voy a desabotonarle la camisa a cuatro patas y a morderle los pezones mientras él suspira. Le arranco la camisa. Le robo las sandalias, los pantalones cortos y los calzoncillos. Le meto la punta de la lengua en el ombligo y doy vueltas con la lengua dentro de su ombligo. Lo lamo con la lengua plana sobre el ombligo y bajo con la lengua hacia el interior de los huesos de las caderas. Le levanto los huevos con una mano y lamo por debajo y por los lados, entre los muslos y los huevos, y entre los huevos y el agujero del culo. Me coge la cabeza y le quito las manos y le pego los brazos al suelo, sobre las flores modernistas. Le levanto los muslos y le chupo los muslos y le chupo entre los muslos y los huevos, y entre los huevos y el agujero del culo, una y otra vez. Le muerdo los muslos por dentro y le muerdo los inicios de las nalgas bajo los muslos. Le muerdo la tripa, le muerdo los pezones, le muerdo los labios rojos y le lamo los párpados desiguales. Sitúo mis muslos a los dos lados de su muslo izquierdo y cabalgo su muslo izquierdo. Cabalgo. Cabalgo. Mi rodilla topa levemente con su entrepierna, bajo sus huevos, y él tiene los ojos cerrados y la boca abierta. Me muevo hacia abajo, su rótula se mueve bajo mi clítoris y yo meto los dedos entre sus nalgas y acaricio su sudor, que huele a soja, y después le lamo los huevos y me meto un huevo y otro huevo en la boca.

Me levanto y rodeo los tobillos de Arnau con las manos y lo arrastro hasta la gatera. Paso solo yo al otro lado y me arrodillo mientras él se levanta aún en aquel lado y me coge la cabeza y le cojo la polla y me la meto en la boca y la muevo con la mano y la chupo, la chupo, la chupo, la chupo y la sacudo mucho, mucho, y él me coge la cabeza con fuerza y mi coño me chorrea muslo abajo antes de que él empiece a suspirar y a decir: No aguanto de pie, Raquel, no aguanto de pie. Se

mete en mi casa y se tumba sobre los dibujos geométricos del suelo y todavía de rodillas me agacho curvando la espalda de gata y sigo chupando más, más, más, la muevo con la mano, muevo su piel y chupo con la lengua en punta, plana, en punta, y con la punta de su polla me recorro el labio superior y Arnau dice: Quiero que me folles, Raquel, fóllame, venga, ¿aún tenemos condones? Pero yo ya no puedo parar, no puedo parar, no hay quien me pare ahora, yo no puedo parar ahora, ahora no, Quela, no pares, no pares, ahora no pares, ¿eh?, no pares, no, sigue, sí, sigue, me ordena Arnau, y su polla segura, tierna, dulce, dura, salada y descarada me escupe en la cara. Me separo de ella y abro mucho la boca y saco mucho la lengua y con las dos manos extiendo la leche de Arnau por toda, toda, toda, mi cara, por mi cuello y por mis pechos.

A los cuatro minutos pienso y digo que creo que queda alguno en la mesilla de noche. Me levanto del suelo y salgo. Voy descalza e intento no despertar a Tara al abrir el cajoncito. Vuelvo y me meto de nuevo en la habitación de la gatera, Arnau me espera mirando al cielo. Pónmelo tú, Quela, que me encanta que me lo pongas tú, y fóllame ya, venga, fóllame ya. Se lo pongo, me lo meto dentro, me ayudo con la mano y él ayuda con la suya. Me lo follo de rodillas y me coge el culo con fuerza y me hace moverlo más rápido. Giramos el uno sobre el otro y ya lo tengo encima. Se me folla y le cojo el culo con fuerza y lo hago moverlo más rápido. Me suplica: Pégame en el culo. Y yo obedezco y lo domino. Se me folla cogiéndome los tobillos y subiéndomelos y separándome los tobillos y sale de mí separándome los muslos y me lame el clítoris con la lengua plana y me lame, me lame, me lame, y se separa de mí y me mira de lejos, desde ahí arriba, y me mete aquellos dos dedos y los saca y los mete y los mete y los mete mientras con el pulgar dibuja aún círculos, más círculos, más, más círculos inmensos sobre mi clítoris pero no quiero volver a correrme ahora y me escapo riendo y a cuatro patas gateo hasta el marco dorado y salto a la otra habitación, me pilla por un tobillo y me dejo pillar y me la mete otra vez, ahora desde atrás, y soy una gata en celo con los diez dedos de las manos bien abiertos sobre las flores del suelo entre naves espaciales y él es un cohete interestelar y me sacude, me coge por la cintura y me sacude sobre su polla y pasamos así un rato, cohete contra gatita, y él explota y tiemblan las paredes y la pared de la gatera y la gatera.

Cae como un peso muerto con el pecho sobre mi espalda, los dos boca abajo, y le doy una tregua, pero breve. Y salgo de debajo suyo como una lagartija y repto a su alrededor y me pongo sobre él y me abro de piernas sobre sus piernas y le lamo el culo, le lamo entre las nalgas con la lengua en punta y le lamo el sudor y me siento sobre sus nalgas

de manzana perfecta y cabalgo sus nalgas a sacudidas y mojo sus nalgas y él se gira debajo de mí y le cabalgo el pecho y le cabalgo la boca, cabalgo, cabalgo, y él saca la lengua y le cabalgo la lengua y me come y mueve la cabeza, mueve la cabeza, mueve la cabeza.

Cuando caigo rendida a su lago, me abraza.

Me desperté al cabo de una media hora y, al abrir los ojos, Arnau me miraba desde mi feminidad, sentado y enmarcado en dorado.

—Ven.

Gateé hasta atravesar la gatera.

—Túmbate a mi lado —me pidió—. Ven.

Y le metí el hocico en la axila. Y él me rascaba la cabecita.

Tardó unos minutos en hablar.

—Quela, mira, yo confío en ti. Tú sabrás lo que tienes que hacer. El rollo del fantasma ese que tenías por casa, o lo que fuese, no hace falta que me lo expliques. . . Apáñate con un psiquiatra o algo.

Levanté la cabeza para mirarlo.

—Que no era un fantasma. Que era yo, otro yo. Es que no se me ocurría nada más. Y quería escribirlo.

—Que sí, hostia. Que me parece perfecto el juego como terapia, y la escritura también. Y que lo llames obra de arte. Solo digo que te has pasado de la raya. ¿Y la novia qué?

—También yo, quiero decir, que me la tiraba yo. Es por lo de las órbitas. Cuando se quiere vivir doble hay que inventarse una parte.

—O sea, que te ibas a la cama con otra persona y encima vas de creativa.

Volví a hundir el hocico entre su pecho y su brazo.

—¿No es más sencillo decir que eres bisexual?

Ya no levanté la cabeza.

—No me siento así.

—Pues ya me explicarás.

—A ratos me siento un hombre y me siento un hombre hetero. Muy hetero.

—¿No es lo mismo?

—Me da igual si es lo mismo. —Cogí aire y levanté la cabeza—: Yo creo que no. Pero si quieres, puedes llamarme bisexual. Si quisiera una etiqueta esto sería un aforismo en lugar de una obra narrativa. La vida, digo. Cuando la escribo en el diario.

—Una obra narrativa, dice.

—Ríete si quieres. Me da igual.

—Y creo que se llama androginia, lista. Porque transexual tampoco, ¿no?

—No. Pero he estado pensando y si quieres puedes llamarme ecléctica, ¿qué te parece?

—Psé.

A los cinco minutos vino Tara a lamer los pies de Arnau.

—Oye, Quela.

—¿Qué?

—Que si quieres, puedes tratarme como a una mujer cuando quieras. No me enteraré de la diferencia.

Lo miré extrañada y me guiñó un ojo.

—¿No estás enfadado?

—¿Lo dices por los cuernos que llevo o porque explicas cuentos?

—Por lo de los cuentos.

—Sí, por los cuentos sí, la verdad.

—Si te enseño la cicatriz que tengo entre la realidad y la ficción, ¿me perdonas?

—Eres desesperante. ¿Qué coño dices ahora?

—Que si te explico todas las verdades y todas las mentiras. Que si me perdonas.

—No lo sé, ya veremos. Ya lo veremos.

Leerás la carta y no te emborracharás. Leerás la carta y no te emborracharás. Leerás la carta y no te emborracharás. Leerás la carta y no te emborracharás. Leerás la carta y no te emborracharás. Leerás la carta y no te emborracharás. Quería copiarlo cien veces pero estoy haciendo la gilipollas. Podría emborracharme antes. Sé que ya sé lo que pone, que no se trata de leer sino de asumir. Se trata de copiarla. Se trata de interiorizarla y obligarme a escribir letra a letra lo que pone. La copiaré cien veces. No, no estoy preparada.

No estoy preparada.

Si yo ya lo sabía, ¿qué he descubierto? He descubierto que si me miro desde fuera con ojos de abuela doy pena. He descubierto que me doy pena. No quiero darme pena, me da pena darme pena, solo me miro el ombligo, solo tengo una mierda de puto gran problema y no sé nada de la vida de Arnau ni de la vida de nadie. Todo es un ombligo inmenso, mi puto ombligo inmenso.

Venga.

Ya he atravesado la gatera y he recorrido el pasillo pistacho de la tía hasta su cómoda ácida y he sacado el papeleo y he encontrado la carta que guardaba, he encontrado la carta que la abuela le envió el día antes del entierro. La carta. Me tiembla la mano.

Venga, va.

Voy al patio y la copio allí. No, al patio no. Voy a la tribuna y la copio allí.

Va.

Moranda, 24 de mayo de 1988

Querida Raquel,

No sé por dónde empezar y es mejor decirlo tal como es.

Mi único hijo nos ha dejado, la vida se le ha escapado del cuerpo a los treinta y cinco años. Ha habido un accidente fatal en la autopista y solo me queda mi nieta.

Te escribo a ti, pero tú ya se lo contarás a Ricard, que no sé cómo decirle que se os ha muerto el ahijado. Tú sabrás decírselo bien. Siento cargarte a ti con la noticia de esta manera.

Los incineraremos mañana, y la carta os llegará dentro de unos días. No he querido telefonearos hoy para evitar que vinieseis. Habríais cogido el primer tren y me consta que no estáis para viajes, ya. Y también te confieso que no estoy para visitas. Hablaremos más adelante, o ya iré a visitaros.

Ahora tengo suficiente con levantar el ánimo a la niña, que, además de cojear por el golpe y estar algo sorda desde la explosión del coche, no me habla. No me habla porque hemos incinerado solo dos cuerpos o lo que quedaba de ellos, que ya eran cenizas, imagínate. Según ella, no nos hemos esforzado bastante en buscar los restos de su hermano para incinerarlo y repartir por las macetas de margaritas de mi patio sus cenizas con las de sus padres. Y dice que a lo mejor aún está vivo. Me dijo algo como: «Ricard puede estar muriéndose de hambre en cualquier cueva perdida, sin ropa ni nada, muy delgado, y vete a saber si se hace mayor y vuelve a buscarme y me hace la vida imposible». Dijo algo así y ya no ha hablado más. ¿Te lo puedes crees?

Así que no sé qué hacer. Intentaré quitárselo de la cabeza con tacto, pero en casos así una nunca sabe si no serían mejor un par de bofetadas. Ahora se irá unos días de campamento y desconectará un poco, solo espero que no vuelva de allí con su Ricard de la manita diciendo que se lo ha encontrado bajo un árbol. Cuando llegue intentaré hacerle entender que ya es muy mayor para eso. ¡Qué imaginación! Quiero pensar que no es ninguna enfermedad, sino más bien un entretenimiento, pero ya se pasa de la raya y estoy preocupada, la verdad. Es un juego que me ha preocupado siempre, pero me da escalofríos que todavía continúe. Una cosa es ser hija única y tener un compañero de juegos imaginario y otra es dejar de hablar conmigo porque le angustia pensar si está vivo o muerto y porque considera que a mí no me preocupa lo suficiente.

Ahora que la niña se ha instalado conmigo tengo que ser fuerte y echar para adelante. Poner interés en la cocina, en ayudarla con los deberes del colegio y en comprar buenas novelas para niños.

Escríbeme pronto, Raquel, y cuéntame cómo os encontráis y cómo os habéis tomado la noticia. No os enfadéis porque no os haya llamado.

Un abrazo de tu prima,

Teresa.

Un compañero de juegos imaginario me cago en todo hostia puta no entendisteis nada no entendisteis nada si vosotros supieseis lo que yo he pasado yo yo yo y mi ombligo si supieseis lo que yo he pasado no tenéis ni puta idea ninguno ni tíos ni abueli ni papá ni la gilipollas de la mierda de madre que me tocó y que era un puto trozo de mármol sin refinar qué mierda que estés carbonizada y que no estés enterrada para ponerte una lápida encima e ir ante tu tumba a dar palmas a tu alrededor y a gritar viva la lápida que te sepulta viva la lápida que te sepulta quiero a Ricard quiero a Ricard Ricard me entendía Ricard me acariciaba la cabeza por las noches.

La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo. La cabeza por las noches me la acariciaba yo.

En mi pausa he hecho diez respiraciones profundas con los ojos cerrados.

Cuando los he abierto tenía por fin el corifeo ante mí. Siempre he pensado que sin un buen corifeo, por más vueltas que le demos, no se asientan las ideas. Por primera vez en la vida, he querido escuchar a mi corifeo. Suponía que tendría forma de pensador griego, un hombre con el pelo blanco y con una túnica, y sin calzoncillos, pero sin querer me he imaginado que era Táron (que creo que como testigo de todo lo ocurrido resultaba el corifeo más verosímil) y que tenía una batuta. Y dirigía el coro de los tres gatos de Mercè.

Estaban de pie, bailaban de espaldas a las flores de la tribuna, de cara a mis pies descalzos, que colgaban de la mecedora. Abrían los bracitos en las notas largas y tenían una voz fina y aguda que daba risa y que me ha parecido oír por las dos orejas. Decían oh, oh, oh, Raquel, Raqueeeeel, nosotros te entendemos y tú tambiéeeeen. Lo han

repetido entre ocho y diez veces. Y no he querido hacerles cantarme nada más porque seguir rimando con la e me parecía muy patético. El mensaje estaba claro. Tara ha bajado la batuta y les ha dicho: Podéis volver al patio, gracias.

Después Tàron se ha puesto en plan esfinge mirándome muy serio. Se ha lamido las manos y se ha peinado los bigotes. Ha tosido un poco y se ha mirado la cola, que venía a rodearle las patas de delante. Entonces Tara ha dicho: A ver, chata, solo tres cositas. La primera: mi más sincero agradecimiento por la gatera, que te ha costado un año pero es de agradecer. Soy la envidia del patio de luces, cuando les digo que mi casa ahora llega sin obstáculos hasta la calle, y que veo pasar macarras en cochazos y perritas marilyn siempre que quiero, sin tener que pasar por el rellano. Segunda cosa: te perdono por lo del nombre. Ya sé que no quieres saber si soy un gato o una gata y te lo respeto, esta es tu casa y me parece correcto el tema de los dos nombres, que además son cortos y me pegan, y siempre que sea ahora uno ahora otro y no un solo nombre intermedio de ni fu ni fa. La tercera cuestión, un favorcito: si no es mucho pedir, ¿sería posible tener un plato de bolitas de esas de pienso en cada cocina, como antes? Para algo tenemos dos, ¿no? Entonces Tara ha dejado caer los párpados en plan Ane Igartiburu y ha dado el discurso por acabado. La verdad es que me esperaba mucho más, de un corifeo. Algún tipo de argumentación filosófica o algo.

Ahora me levantaré y llevaré al Guillaume mi colección de fotos de pies y me cago mil veces en el paralelismo de Roland Barthes entre la fotografía y la muerte. Antes tendré que armarme de valor porque ahora, cada vez que salga de casa, me disparará a la retina la fotocopia de la foto del triángulo familiar que tengo en el portafotos de plata sobre la cómoda blanca del recibidor.

Claro que, de vez en cuando y si me lo pide el cuerpo, también puedo salir por la gatera.

AGRADECIMIENTOS

A Josep Maria Fonalleras, Mita Casacuberta, Vicenç Pagès, Imma Merino y Eva Vázquez por creer en La gatera. A Guillem Terribas, Izaskun Arretxe y Marina Penalva por hacerlo posible. A todos los que al leerla pasaron la voz. A Isabel Ráfols y Pere Sureda por coger el testigo. A Juan Carlos Moreno, Eva Perarnau y Yannick Garcia por su apoyo durante la traducción.

Sobre La gatera

Cuando Raquel hereda dos pisos en la ciudad, un dolor antiguo que parecía enterrado resurge. Cuando en el patio de luces aparece un gato, Raquel se obsesiona con la idea de abrir una gatera que conecte los dos pisos para que el gato pueda moverse con libertad. Esa pequeña puerta pensada para gatos se convierte en una puerta de entrada al interior de Raquel. La relación con una vecina anciana, un joven universitario y un misterioso artista propiciarán una serie de sucesos inesperados. El diario de Raquel nos mostrará un trauma familiar pasado cuya onda expansiva llega hasta el presente.